

LOS OYÓ TODO BARBASTRO...

MAGTHAS / TESTIMONIO

Monjes del Instituto del Verbo Encarnado

LOS OYÓ TODO BARBASTRO...

Vida y martirio de los beatos mártires
benedictinos del Pueyo



Monasterio del Pueyo – 2015

Imprimatur:

R.P. Miguel Santiago Soler, IVE

Superior Provincial

© Registro de Propiedad Intelectual

MAGTHAS Ediciones

INSTITUTO DEL VERBO ENCARNADO –

PROVINCIA NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

© Diseño de portada: MAGTHAS Ediciones

ISBN: 978-84-944246-3-2

Depósito legal: HU 307-2015

Impreso en España – *Printed in Spain*

1ª edición:

Octubre 2015 – Monasterio del Pueyo – Barbastro

Instituto del Verbo Encarnado

N-240, km 164 – AC 96 – 22300 – Barbastro

monasteriodelpueyo@ive.org

*«La vida de los justos está en las manos de Dios,
y ningún tormento los alcanzará.
Los insensatos pensaban que habían muerto,
y consideraban su tránsito como una desgracia,
y su salida de entre nosotros, una ruina,
pero ellos están en paz,
porque aunque la gente pensaba que cumplían
una pena,
su esperanza estaba llena de inmortalidad».*

Sabiduría 3, 1-4

PRESENTACIÓN

El p. Plácido Ma. Gil Imirizaldu, O.S.B., testigo favorecido de los momentos más importantes de la vida de los benedictinos del Pueyo, recogió un testimonio del mismo día de su muerte, según el cual estos héroes acudieron a la muerte «como a una fiesta» («juerga» en el lenguaje profano del triste autor de la frase). Por su parte, el p. Alejandro Pérez Alonso recoge en su *Informe* esta confirmación, de parte de un testigo del traslado de los monjes a su lugar de martirio: «los futuros mártires gritaron ¡Viva Cristo Rey! con una energía singular en comparación de la manifestada por las víctimas de noches anteriores». Por eso bien puede aplicarse a ellos –como a todos los mártires de entonces, ciertamente– aquello que preguntaba y respondía el p. Gabriel Campo Villegas respecto de los mártires claretianos en su obra *Esta es nuestra sangre*:

«Pero, ¿es verdad que iban cantando en el camión de la muerte?»

– Todos cantaban. Los oyó todo Barbastro. Y eran inocentes, como ángeles. No hacían más que rezar, sufrir y perdonar».

El beato padre Mauro Palazuelos y sus 17 compañeros, benedictinos mártires del Pueyo de Barbastro, han dado a nuestra ciudad del Vero, y a España y a la Iglesia, un testimonio elocuentísimo, imposible de ser silenciado, aun cuando su muerte se haya tratado de llevar a cabo en secreto, en un recodo alejado del camino a Berbegal. La sangre de los mártires grita, y en primer término nos grita a noso-

tros, porque estos mártires son nuestros, son de Barbastro y de todos los barbastrenses.

El objetivo que nos proponemos con este pequeño volumen en su honor, es ser ecos de ese grito, de ese canto postrero que debe oírse en todo el Somontano, y en las almas.

Nos hemos servido de los estudios y relatos de quienes conocieron a los mártires y dedicaron su vida a los trabajos en favor de su glorificación: el p. Plácido Gil, el p. Alejandro Pérez Alonso y el p. Benigno Benabarre, que gentilmente ha accedido a darnos como Prólogo una sencilla pero muy devota página. Allí señala dos de nuestras más importantes fuentes, que son su propio libro *Murieron cual vivieron*, sobre la vida de cada mártir, y el resumen de los titánicos estudios del p. Alejandro Pérez, *Informe sobre los mártires benedictinos del Pueyo, en Barbastro, sacrificados en 1936*, centrado en los momentos supremos de la prisión y la muerte de los monjes.

A estos hay que agregar el valor inestimable que tiene la crónica del p. Plácido *Iban a la muerte como a una fiesta*, con toda la fuerza que comunica a su texto el tener un origen *de visu*.

Y por último, algunos elementos nuevos que surgen del trabajo de investigación de archivo (en los monasterios benedictinos de Leyre, Valvanera y Montserrat) y de los documentos oficiales del Proceso de beatificación.

Esta pequeña obra tiene entonces finalidad de difusión, pero es también un tributo que los monjes del Instituto del Verbo Encarnado queremos brindar a los patronos de nuestra rama monástica. Monjes de diferentes monasterios han trabajado devotamente en estas páginas: a los pa-

dres Javier Salvador María Ansaldi (Monasterio del Pueyo), Tristán Manuel María Gelonch Villarino (Monasterio del Pueyo) y José Ignacio de los Ángeles Berarducci (Monasterio Beato Charles de Foucauld, de La Marsa, en Túnez) debemos la redacción del esbozo biográfico de cada uno de los mártires; el p. Jason Jorquera Meneses (Monasterio de la Sagrada Familia en Séforis, Israel) preparó el texto sobre la prisión y vida carcelaria; y los padres Emanuel Ansaldi y Juan Manuel Corazón de Jesús Rossi, también del Pueyo, hemos escrito lo demás, y también hemos revisado todos los otros textos, corrigiendo, agregando o quitando, unificando criterios sin que se pierda la riqueza propia de cada uno de los autores. Por esto nos hacemos responsables *in solidum* de todo lo contenido en las páginas que siguen.

Páginas que dedicamos a la honra y gloria de Dios, y a la veneración de la Santísima Virgen del Pueyo, y a sus mártires, que merecen todo y mucho más que esto... porque merecen no solamente nuestro reconocimiento sino también la entrega de nuestra vida a su mismo ideal, y merecen que todos los barbastrenses escuchemos su testimonio y lo imitemos y decidamos, a partir de su ejemplo, no apartarnos ni a derecha ni a izquierda del camino que nos señala con su Pasión y con su Cruz nuestro Señor Jesucristo, el único que tiene «palabras de vida eterna» (*Jn* 6, 68).

PRÓLOGO

En el año 1986, el padre Alejandro Pérez Alonso, monje de la Abadía de Nuestra Señora de Valvanera, Logroño, publicó un excelente libro sobre la masacre de los 18 monjes de la Comunidad benedictina del Priorato, entonces benedictino, ahora extinto, de Nuestra Señora del Pueyo de Barbastro, ocurrida en agosto de 1936. Modestamente, el p. Alejandro publicó su obra con el título: *Informe sobre los mártires benedictinos del Pueyo, en Barbastro, sacrificados en 1936*. El libro se limita a describir la muerte violenta de todos y cada uno de los 18 monjes a manos de exaltados comunistas-anarquistas-socialistas, sin previo juicio alguno. No era necesario, pues bien se sabía que eran «frailes». Y esto bastaba para eliminarlos. El libro describe su muerte heroica, pero no dice nada de su vida.

Impulsado por ese libro, y por el hecho de haber vivido seis años con 15 de los 18 monjes, yo publiqué en 1991 un grueso volumen de 359 páginas con el título *Murieron cual vivieron* sobre la vida de todos y cada uno de ellos. Ambos libros tenían un mismo propósito: promocionar la causa de la beatificación, estancada en Roma.

Felizmente conseguida ésta el 13 de octubre del año 2013, los padres del Instituto del Verbo Encarnado, nuevos custodios del Santuario del Pueyo, y devotísimos de sus mártires, han decidido publicar otro libro sobre los mismos, con un capítulo sobre su beatificación, y ofreciendo al lector piadoso el Oficio y Misa propios de los mártires.

A la vez que doy gracias al padre Superior don José Giunta, por invitarme a escribir este Prólogo, le felicito a él y su Comunidad por el entusiasmo con que han tomado el culto a los mártires y la difusión de su devoción.

Y a los mártires pido con toda mi alma que nos alcancen del buen Jesús la gracia de servirle tan bien como lo hicieron ellos.

P. Benigno Benabarre Vigo, O.S.B.
Manila (Filipinas)

10 de Agosto de 2015, fiesta de San Lorenzo.

Capítulo 1

EL PUEYO DE BARBASTRO

*«Montaña de Dios, coronada por la crestería blanca de los Pirineos,
aupada sobre el alma abierta de estas llanuras del Alto Aragón,
podío a las puertas mismas de la Gloria.
Afiánzanos en Jesucristo tu Hijo, que vive y reina con el Padre
en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos».*

(De una antigua oración a la Virgen del Pueyo)

Nombre

La palabra «pueyo» procede del vocablo latino «pódium», que, a su vez, deriva del griego «podion», que significaba una altura o elevación del terreno. El *podio olímpico* ha conservado el sonido y grafía de la palabra griega. En catalán y en valenciano se dice «puig» o «puche»; en francés y en vasco-navarro «puy»; en italiano «poggio».

Descripción geográfica

Fray Roque Alberto Faci, carmelita y autor de una historia de la devoción mariana en Aragón, describe nuestro Santuario con mucha gracia, allá por el 1739: «Media legua de la ciudad de Barbastro hay un montecillo redondo, al que la naturaleza vistió y adornó de varios árboles silvestres, pero muy hermosos, para que fuera Santuario de Nuestra Señora, llamada “del Pueyo”, tomando el nombre del mismo montecillo, al que los naturales, en lengua anti-

gua, llamaron “Puyo” o “Pueyo”, como en otros de esta región se ve».

El «Pueyo de Barbastro», a sólo 5 km de la ciudad homónima en dirección a Huesca, alcanza 603 metros sobre el nivel del mar y constituye un peñón de roca caliza, de figura cónica, que se yergue solitaria, en la llanura vastísima del Somontano.

Aislado en medio de la anchurosa planicie del Alto Aragón, surcada por el Cinca, el Vero y el Alcanadre, es el Pueyo el mirador de más amplios y despejados horizontes de toda la provincia de Huesca, y pocos rivales le superarán en España.

Desde su cima es fácil delinear el mapa de todo el Somontano barbastrense. Forma en su conjunto como un grandioso anfiteatro. Lo cierran a lo lejos, escalonadas unas tras otras, las Sierras de Guara, Sobrarbe, Usón, Estadilla y Ribagorza. En último término se levantan los más altos colosos de los Pirineos: la Brecha de Roldán, las Tres Sorores, tocadas siempre de nieve, las Tucas, a la vera del perpetuamente verde valle de Bielsa, la Peña Montañesa, el Cotiella, los Montes Malditos, con su picacho más elevado, el Aneto –de 3404 metros–, el Pico Posets entre Benasque y Plan, la enorme mole del Turbón... y ya, más lejos todavía, como esfumándose en la neblina, los Pirineos Catalanes. Todo ese imponente paisaje, mirando al Norte y Nordeste.

Al Este y al Sur van siguiéndose en fértiles campiñas las llanuras de Selgua y de la Litera, que se dilatan hasta Lérida, hasta Fraga, hasta los Monegros, y se adentran en la provincia de Teruel, cuyos montes se divisan en los días más claros. Hacia el sol poniente descubre la vista, especialmente en los limpios atardeceres otoñales, la silueta del

Moncayo, y más cerquita los altozanos de la Sierra de Al-cubierre y de Huesca, con el histórico pináculo de Monte Aragón, evocador de legendarias epopeyas.

Desde su cumbre se divisan más de 60 pueblos, de algunos de los cuales hasta las casas se podrían señalar.

Aunque le faltaría un gran río o lago para rematarlo todo, sin embargo, la llanura que se divisa en su alrededor no tiene nada de triste. La cubre por doquiera el verdor de los viñedos, de los olivares, de los trigales; pinos y carrascales en los terrenos no cultivados. En tiempo de primavera son los almendros en flor y los extensos campos de pan llevar, verdes con la alfombra de la creciente mies que se dilata por hondonadas, altozanos y barrancales.

Un detalle curioso es el fenómeno que se produce en varios días de noviembre y diciembre, cuando la ciudad de Barbastro se encuentra sepultada en densas nieblas, y en el Santuario del Pueyo brilla el sol en su mayor esplendor, reflejando al mismo tiempo sus rayos sobre aquel plano movedizo. La niebla avanza y retrocede y se encrespa como las olas del mar, haciendo aparecer al Santuario como un navío que atraviesa el océano, o como un islote a flor de agua, que levanta la cabeza para ver lo que pasa en la superficie.

Por todo esto es que el Pueyo parece que está más en contacto con el Creador y con sus obras que otros puntos de la tierra; ya que en esta soledad se puede decir que tiene un lenguaje especial con que Él habla al alma y la saca por algunos ratos de este mundo, especialmente en un día claro, levantándola a las celestes regiones.

Aquí todas las bellezas naturales están predicando a su Hacedor; razón por la cual, seguramente, Dios quiso que en los últimos lustros de su historia moren aquí también

los monjes, para que con sus voces y corazones eleven, en la sublime salmodia diaria, la alabanza de toda la creación, la adoración más perfecta al Dios del Cielo y de la Tierra.

Historia

A mediados del siglo XI encontramos a los moros fuertemente establecidos en Huesca, Pertusa, Barbastro, Fraga y Lérida, formando estas plazas como un cinturón de acero, que imposibilitaba el paso del ejército cristiano. La reconquista había comenzado en San Juan de la Peña y en Sobrarbe. Los reyes aragoneses iban empujándola hacia abajo, hacia el llano. Era preciso cortar el cinturón; y eso se propuso Sancho Ramírez al poner sitio a Barbastro en 1065. Estratégicamente era esta plaza la más importante, a «causa de estar Barbastro como briso corazón del cuerpo de la morisma, rodeada de muchos castillos y cubierta de grandes defensas» (ABARCA, *Anales históricos de Aragón*). Uno de estos castillos y de los más bravos era el Pueyo de nuestra historia. El mismo año de 1065 quedó Barbastro en poder de los cristianos, que la volvieron a perder en 1076. No obstante, el poder de los árabes estaba ya quebrantado, y los cristianos habían aprendido el camino del triunfo. Murió heroicamente Sancho Ramírez en el asedio de Huesca, y le sucedió su primogénito Pedro I, que reconquistó dicha ciudad y se dispuso a recuperar también la de Barbastro. En agosto de 1098 desalojó de la morisma por vez primera la plaza fuerte de Calasanz y en el invierno de 1099-1100 se arrojó sobre Pertusa y la ganó. En la primavera de 1101 entraba vencedor en Barbastro, que desde entonces sería siempre cristiana, como cristiano y mariano había de ser desde aquel momento el Monte del Pueyo.

Por ese entonces era Obispo de Roda San Poncio, monje benedictino francés de Santa Fe de Conques en Rourgue, y antiguo Abad de San Victorián (al norte de Barbastro). Este Obispo consiguió de Roma el permiso para trasladar la sede episcopal desde Roda a Barbastro, cosa que efectuó el mismo año de 1101, siendo así el primer prelado en la naciente sede.

Nos encontramos, entonces, en el momento culminante de la aparición de la Virgen en el Pueyo.

No existe documento alguno de la época; pero la opinión más aceptada y plausible es que ocurrió en aquel año de 1101, bajo la prelación de San Poncio y en tiempo del rey d. Pedro I.

El documento «testigo» más antiguo que se conoce es una poesía extensa, en hexámetros latinos, del siglo XVI; el original está perdido, como muchos otros documentos del Santuario, a causa del tiempo, las guerras y los constantes cambios de habitantes; contamos con una versión latina, algo corregida de mano del p. Román Ríos, O.S.B. y reproducida en su *Historia documentada del Santuario y Monasterio de Ntra. Sra. del Pueyo de Barbastro* (1934); y con la traducción que había realizado d. Vicente Blasco de Lanuza (en el s. XVII) en el tomo I de sus *Historias Seculares y Eclesiásticas de Aragón*, libro 5, cap. 34.

En el antiguo Oficio de lecturas en honor a la Virgen del Pueyo se relata el suceso de un modo bien conciso y bello, y no deja de tener la fuerza de la «lex orandi»:



Imagen antigua de Ntra. Sra. del Pueyo, destruida en 1936.

«La clementísima Virgen, según atestiguan los antiguos monumentos, habiéndose aparecido una noche en medio de suavísimas melodías, a un piadoso pastor por nombre Balandrán, entre los ramos de un almendro, en un monte que dista cerca de una legua hacia el occidente de Barbastro, le declaró que desde entonces aquel cerro le quedaría consagrado, ordenándole que allí se le levantara un templo, y prometiendo abundantes gracias a los que allí imploraran su auxilio. Sin vacilar creyeron los barbastrenses el relato, confirmado por la

buena fe del testigo, y por un admirable resplandor que salía de su rostro, que quedó divinamente radiante después de la aparición. Subieron, pues, al cerro en suplicante procesión y hallaron una efigie de madera de la Santísima Madre de Dios, posada en las ramas de un almendro; la cual veneraron, de hinojos en tierra, y dadas a Dios y a su Madre Santísima las gracias debidas por tan singular beneficio, colocaron la Imagen en el altar mayor del templo, edificado por voluntad de la Virgen. Por lo que toca al pastor Balandrán, a quien la Santísima Virgen se había aparecido, fue ordenado sacerdote, y se quedó al servicio del Santuario. La fama de los prodigios prontamente difundió

da corroboró la verdad de la aparición y propagó la devoción a la bienaventurada Virgen del Pueyo de tal suerte, que este templo es considerado como uno de los principales santuarios, etc.».

¿Qué sucedió luego?

Como sabemos por la tradición, San Balandrán fue el primero de los priores (capellanes), seculares y regulares, que han estado al servicio del Santuario de María.

La historia documentada (escrita) empieza algo más tarde.

En el año 1251 Jaime I el Conquistador fecha en Lérida un decreto, en el que, a ruegos de su esposa, doña Violante, establece una capellanía en el «Pueyo de Barbastro». Dota la capellanía de abundantes beneficios para lo que eran los tiempos: «doscientos sueldos jaqueses».

Desde entonces, habrá siempre en el Pueyo un capellán, que regentará la ermita, o el Santuario, que más tarde se levantaría.

Porque la «ermita del Pueyo», con su espadaña y su campana, resultaba insuficiente. Había que pensar en agrandarla... y así surgió el templo románico, con su pequeño claustro.

La devoción a la Virgen del Pueyo, aprobada en un principio por el Obispo San Poncio, había arraigado fuertemente y se había extendido, no sólo en la ciudad de Barbastro, sino por toda la diócesis y por el ancho Somontano. Un puñado de pueblos vecinos comenzó un movimiento de romerías hacia el Santuario que no se cesaría ni en los peores tiempos de guerra y persecución a la fe.

El auge de las romerías fue por el siglo XVI, en que se contaban no menos de 40 pueblos romeros. Hoy día siguen subiendo, y con gran devoción, alrededor de 15; y se mantienen algunas de las costumbres y ritos de antaño, como el portar y bambolear las flamantes banderas de cada pueblo, haciendo alarde los hombres más fornidos de su pulso y brío; acompañan al pueblo el cura y la autoridad de cada ayuntamiento, y son recibidos en el Pueyo, al pie de la escalera del Santuario, por el Prior o alguno de los capellanes auxiliares del mismo. Allí tiene lugar el tradicional «beso de cruces» y la incensación. A continuación todos suben al Santuario para participar de la Misa solemne y al finalizar, saludar y venerar a la Madre del Cielo, la Santísima Virgen del Pueyo. No falta luego una comida de hermandad en la hospedería del Monasterio, y por la tarde el rezo del Santo Rosario y la despedida de la Virgen con procesión (sólo algunos de los pueblos), canto de los «Gozos» y otros himnos marianos y populares muy piadosos y conmovedores.

Pero sigamos con la historia del Santuario, que dejamos a medio construir.

Los edificios que actualmente integran el Santuario son de diversas épocas y estilos. La iglesia se construyó en el centro de la explanada sobre una prominencia rocosa, con piedra arrancada del mismo Pueyo. Lo más antiguo es la nave, estilo gótico primitivo, que data de finales del siglo XIII y principios del XIV; articulada en cinco tramos separados por gruesos arcos apuntados de perfil cuadrado, que arrancan desde el suelo.

Las piezas centrales de las bóvedas, llamadas claves, están decoradas con las barras de Aragón, el escudo de

Barbastro o el almendro. Una gran verja de hierro separa la nave de la cabecera actual, ya que la original ocupaba el espacio donde se halla el coro, con lo cual se cambió la orientación del templo, mirando hacia el noreste. El presbiterio, de planta poligonal, se cubrió con una cúpula hemisférica, sobre pechinas, en las que se puede ver los escudos del patrocinador de la reforma: el Obispo Alonso de Requeséns. Sólo quedan algunos restos de la pintura con que la decoró en 1786 Diego Gutiérrez, a causa de la quemadura que el templo sufrió en la revuelta antirreligiosa de 1936.

A fin de satisfacer a los fervorosos fieles, que deseaban venerar de cerca la imagen de Nuestra Señora, en el siglo XVIII se construyó tras el altar un camarín o pequeña capilla a que se accede desde el presbiterio por sendos pasadizos. El interior se decoró con pinturas que la tradición atribuye a F. Bayeu. En las mismas se representan algunos misterios de la vida de Jesús y María (Anunciación, Visitación, Navidad y Epifanía), y las cuatro virtudes cardinales personificadas, de gran calidad artística.

Un hecho memorable

En el año 1843, durante los periodos de «desamortización», un grupo de prohombres barbastrenses, que habían constituido la «Sociedad del Patrimonio de Nuestra Señora del Pueyo», consiguió recuperar el Santuario para la ciudad del Vero gracias a una rápida galopada entre dos ciudades.

La política del estado liberal pretendía vender en pública subasta los terrenos del clero y recaudar fondos para el erario público. Uno de los bienes subastados serían los

terrenos del Monasterio del Pueyo. Estaba previsto sacarlo en pública subasta primero en Huesca y unas horas después en Barbastro. Pero un grupo de vecinos de Barbastro se confabularon para impedir que estos terrenos cayeran en manos de personas o empresas ajenas a la ciudad. Así, se recaudó dinero y se decidió participar en la subasta con el fin de que estos terrenos sigan siendo de la Virgen y para los peregrinos. Pero para ello había que saber cuál era la cantidad ofertada en Huesca, para horas más tarde subir la cifra en la subasta a celebrar en Barbastro. Se estableció la siguiente estrategia: un jinete barbastrense acudiría a la capital para conocer la cifra pujada y después recorrer a caballo la distancia de vuelta. A lo largo de los más de cincuenta kilómetros se prepararon varios caballos para permitir al jinete llegar antes del final de la puja que se celebraba en Barbastro.

Así se recoge este hecho en las memorias de la Sociedad: «Temerosos los amantes de la Virgen del Pueyo que cayendo las subastadas fincas en poder de manos especuladoras, acaso irreligiosas, arrasarian su hermoso carrascal para lucrarse de su inmenso valor, talarían sus ricos olivos, destrozarian sus campos y acaso derribarian el mismo alcázar de María para venderse sus materiales, privando así a esta ciudad del consuelo de verse presidida por la mejor de las Madres, concibieron el proyecto de adquirirlas y conservarlas, deseosos a todo trance de conservar el culto de la Virgen en el tradicional esplendor; y, desde luego, *se unieron unos cien en perpetua sociedad, aunque sufriesen sus intereses a cambio de consumir el laudable propósito a Gloria de María del Pueyo*».

Más adelante, el mismo documento detalla la hazaña: «Para mayor seguridad se envió en comisión un sujeto de la empresa a la capital, el cual enterado del resultado de la



Documento histórico de la *Sociedad del patrimonio* (E. ALBERT)

subasta lo avisase urgentísimamente para mejorar la manda que allí hicieran los socios aquí en Barbastro, si el aviso pudiese llegar antes de las dos tocadas. ¡Cosa imposible al parecer! Apelando a todos los medios se apostaron nueve soberbios caballos, los mejores de Barbastro, en diferentes puntos cubriendo todo el camino; y como en Huesca saliera lo primero rematado el Patrimonio del Pueyo, sin perder un solo instante, montó el primer caballo un curtidor, socio también, llamado Felipe Tremosa, que, cambiando sin parar los nueve hermosos corceles, consiguió llegar aquí antes de dar las dos, en cuya hora legal se mejoraron las mandas hechas en la capital, sin opción de obstáculo alguno, quedando gozosa Barbastro de haber logrado lo apetecido».

Así, con esa gallardía, Barbastro recupera y custodia la Casa de María, dejando para todas las generaciones un testimonio precioso de piedad y fervor marianos.

La musa popular recogió en bellas coplas el entusiasmo que este hecho despertó en el alma de los buenos barbastrenses:

Cuando en Barbastro se supo
que el Santo Pueyo vendían,
«¡a salvarlo, –gritó el pueblo–
aunque nos cueste la vida!...»

En Barbastro y comarca
todo es placer y alegría
desde que se ha rescatado
tu hacienda, Virgen María.

Capítulo 2

EL PUEYO, CENOBIO RELIGIOSO

Pasado el tiempo, llegan años difíciles para la Sociedad del Patrimonio, y, en parte a causa de las malas cosechas, en parte por el estado muy ruinoso de los edificios, ya no pueden mantener dignamente el Santuario.

Deciden, pues, recurrir a los monjes benedictinos, para que fundando en este sagrado Monte un cenobio, puedan conservar el Patrimonio de la Virgen y fomentar la devoción y el culto a la Madre de Dios.

D. José Deas, Abad de Montserrat, tras largas conversaciones con la Junta de la Sociedad del Patrimonio del Pueyo y asegurarse de que el Pueyo tenía condiciones suficientes y decorosas para acogerlos, autorizan la traslación de la comunidad de Treviño (existente desde hacía algunos años en la localidad de Adahuesca) al Pueyo, junto a otros monjes de Montserrat, el 13 de diciembre de 1889.

Aquí comienza la vida monástica en el Pueyo de Barbastro, que había sido hasta ahora solamente Santuario mariano. Los monjes cumplieron su compromiso de un modo ejemplar. Sea en la atención del Santuario y de los peregrinos, sea en el cuidando de los edificios y accesos que se hallaban en un estado lamentable, como en la calidad de la vida monástica, que fue realmente modélica y de las más observantes de España.

En el año 1892 fue elevado a la categoría de Priorato, y pocos años más tarde, sobre todo de la mano del p. Ro-

mán Ríos (predecesor inmediato del Prior mártir, el beato Mauro Palazuelos), aspiraba naturalmente a ser Abadía.

Los monjes ofrecían todos los días a Dios el sacrificio de alabanza. No menos de trece momentos distintos de oración comunitaria salían del corazón y de los labios de estos hombres de Dios cada día. Era esta su ocupación primera y fundamental, la de la oración. Además, según las circunstancias, predicaban en los pueblos de los alrededores y dirigían ejercicios espirituales en el Monasterio y fuera del mismo; y de cuando en cuando ayudaban a la recolección de las cosechas y otras labores manuales. Los mejor preparados en las ciencias seculares y eclesiásticas, continuaban la formación de los juniors (monjes jóvenes seminaristas, preparándose para el sacerdocio) y de los colegiales (niños que estudiaban humanidades haciendo sus primeras armas en la vida monástica).

Un dato, que nos puede hacer valorar la grandísima labor apostólica de estos monjes, y que nos habla del cenobio podiense como verdadero centro de irradiación cristiana comarcal y regional, nos lo proporciona el p. Román Ríos: en sus ocho años de priorato contabiliza más de cincuenta tandas de ejercicios espirituales y aproximadamente dos mil predicaciones; todo esto teniendo en cuenta que eran sólo cinco o seis los monjes que se dedicaban a estos ministerios.

Además, el Monasterio del Pueyo contribuyó con sus vocaciones al sostenimiento de florecientes misiones benedictinas en Filipinas y Australia. Hacia 1933 nos encontramos con casi 40 monjes y más de 20 niños colegiales, los cuales se preparaban para ser monjes en el futuro.

Fue el Pueyo a su vez, y amén de foco espiritual, un auténtico centro de la cultura. Con gran esfuerzo se logró

tener la biblioteca más importante de la Provincia de Huesca, contando más de 25.000 volúmenes, de las más variadas materias y lenguas.

Este florecer monástico se coronó en el año 1936 con el glorioso martirio de casi toda la comunidad de monjes que en ese momento moraban en el Pueyo. En los próximos capítulos de esta sencilla obra apreciaremos los detalles de tal acontecimiento, y podremos conocer las vidas y características de cada uno de los beatos mártires podienses.

Al finalizar la contienda revolucionaria y antirreligiosa, otras comunidades de monjes intentaron continuar en este lugar la vida monástica, pero no pudieron echar raíces. Tras el paréntesis amargo y cruel de la guerra –con las secuelas de destrucción y muerte–, benedictinos de Valvanera vinieron a hacerse cargo de lo que, maltrecho y ensangrentado, había quedado en el Pueyo. Se iniciaba otra vez la vida monacal y el culto a la Virgen florecía de nuevo. Al cabo de unos años Valvanera se vio incapaz de seguir manteniendo la comunidad del Pueyo.

Otros hijos de San Benito vinieron a reemplazarlos. Nada menos que desde Viña del Mar, de Chile. Pensaron hacer del Pueyo una casa vocacional. No pudo ser. El índice de vocaciones había descendido notablemente en España y no se podía contar con almas generosas que, ininterrumpidamente, salvaran el Atlántico y llegaran hasta las playas del Pacífico, para ejercer allí el ministerio sagrado o proseguir su vida monacal.

Así es que en 1962 el Santuario fue puesto en manos de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María (claretianos), que ya se encontraban en Barbastro. Ellos también, luego de varios lustros de grandes trabajos en fa-

vor del culto y de la Casa de la Virgen del Pueyo, entregaron nuevamente el Santuario a la Diócesis.

Actualmente y desde el 30 de agosto del 2009 nuestra Congregación toma el cuidado de la Casa de María: el Instituto del Verbo Encarnado. Monjes como los benedictinos, trabajamos en restablecer el esplendor del culto con el canto diario del Oficio Divino; en conservar el Patrimonio de la Virgen, con el cultivo de los campos y demás frutales del mismo; y en la atención de los peregrinos que acuden a diario a los pies de la Santísima Virgen del Pueyo, buscando consuelo, refugio y amparo.

Cerramos estos capítulos introductorios encomendando a Nuestra Señora la obra que tenemos por delante:

Virgen pura y sin igual,
del Pueyo, Reina adorada;
sed siempre nuestra abogada
en esta vida mortal.

Capítulo 3

LA COMUNIDAD BENEDICTINA EN 1936

Enrique Albert Artero, en su *Síntesis histórica del Santuario del Pueyo de Barbastro* (2004), señala cinco épocas, que coinciden con los sucesos más importantes de los que hemos narrado hasta aquí. La primera época abarca desde la aparición de la Virgen hasta la desamortización y subasta (1101-1843), la segunda es la de la Asociación del Patrimonio del Pueyo de Barbastro (1843-1890), la tercera encierra la formación y el esplendor benedictino del Pueyo, e incluye el momento sublime de la inmolación de sus moradores y la ocupación comunista del edificio (1890-1938), la cuarta corresponde a la restauración benedictina (1938-1962) y la última, que llegaba hasta la fecha de edición de la Síntesis, era la referente a la comunidad claretiana.

Antes de entrar en detalle en las semblanzas de cada uno de nuestros mártires, amerita detenernos un poco más en el señalado tercer periodo, del cual ya hicimos mención en el capítulo anterior, el cual constituye el contexto próximo –al menos el contexto monástico y religioso próximo– de los sucesos que queremos contar.

El propio Enrique Albert da este acertado juicio histórico al comenzar a narrar esta época de la historia poniéndose: «Fue una suerte para el Pueyo el que una orden religiosa de las más antiguas y respetadas de Europa fuera llamada a socorrerlo en un momento de graves dificultades. Por su organización interior, similar a la de una ciudad, con jerarquías, Abad o Prior, Mayordomo, etc., como por su intendencia, que les permite tener bienes en común

para el Monasterio pero no a título individual, imprimieron desde el primer momento *una huella sensible de su espiritualidad y de su trabajo*, que pronto habría de notarse en la evolución del Monasterio y, superando una tras otra todas las dificultades, construyeron con sus propias manos la práctica totalidad del conjunto monacal que hoy conocemos, sin descuidar su patrimonio anexo que no dejaron de fomentar ni engrandecer».

Más que una suerte, debemos precisar que fue la Providencia de Dios la que les preparó el Pueyo a los benedictinos y los benedictinos al Pueyo.

De entre los muchos priores que tuvo el Monasterio en este tiempo, antes del beato Mauro Palazuelos, nombrado en 1934, es justo destacar a tres, a quienes la historia debe honor. El primero es el fundador, el barcelonés padre *Rosendo Casanovas y Frías*, sacerdote que llegó al Pueyo desde Adahuesca en 1889, con 49 años, a la cabeza del primer grupo de monjes y precedido por una fama de gran predicador que se había extendido ya por todo el Somontano, que atravesaba de un punto a otro de su geografía andando a pie. Al padre Casanovas se debe el primer acondicionamiento de los edificios del Santuario para la vida monástica del grupo original de cenobitas benedictinos, y también la *restauración del camarín*, por entonces muy deteriorado. Ocupó el cargo hasta 1899, año en que lo sustituyó el segundo gran Prior del Pueyo, el padre *Mauro Planas*, nacido en Sabadell y procedente desde la riojana Abadía de nuestra Señora de Valvanera. A este Prior, que duró 10 años en el cargo, hasta 1909, debe el Santuario una grandísima mejora en su infraestructura; lo detalla Albert: «Llegó al Pueyo en marzo de 1899 e inmediatamente, en abril, comenzó dos importantes obras para el Monasterio, construyó la gran cisterna de la plaza y la

misma plaza situada en el lado norte. Terraplenó, construyendo para ello un altísimo muro de contención, la llamada plazoleta meridional donde está situada la estatua del Corazón de Jesús, obra del escultor Vallmitjana, terminando el pretil con la artística verja de hierro, que fue forjada en el mismo Monasterio por el hermano Jaime Rovira. Más tarde construyó el edificio de la hospedería, sufragado en parte por un cuantioso legado dejado al Pueyo por un venerable benedictino y párroco de la ex Abadía de Fitero de Navarra, d. Joaquín Aliaga. Él trabajaba habitualmente como un peón más en todas estas obras que se hacían a fuerza de pólvora y dinamita. A él se debe también la construcción de la carretera que conduce desde la Ermita de San José hasta el Monasterio».

A estos dos primeros importantes Superiores del monasterio del Pueyo siguieron otros que continuaron su obra, dando al Monasterio un importante vigor y gran estabilidad tanto edilicia como comunitaria. En sus años se concluyeron las obras exteriores del edificio de la hospedería y se fundó el Colegio de niños para las misiones de Australia, Filipinas y el propio Pueyo.

En 1925 fue elegido para Prior un monje navarro, el p. *Román Ríos*, a quien el p. Benabarre que lo tuvo como Superior, describe como un «hombre de recia formación clásica; de amplia experiencia humana y religiosa; de exquisita sensibilidad artística, y monje por los cuatro costados... se caracterizaron sus años de gobierno por una entusiasta fiebre constructora y renovadora. Todo era, no sólo conveniente, sino necesario para hacer del viejo Santuario un Monasterio benedictino moderno». En sus años se inauguran dentro del Monasterio la Sala capitular y un oratorio privado, y hacia afuera se proyecta y ejecuta la obra monumental que es la actual escalera de ingreso al

Santuario, que implicaba todo un nuevo acceso y fachada, dejando el claustro antiguo, por donde antaño se ingresaba a la Casa de María, como un lugar para la clausura y recogimiento de los monjes. También a estos años se debe la creación de la tienda de los recuerdos. Recuerda el p. Benigno Benabarre que tanto él como sus compañeros, muchos de ellos luego mártires, ayudaban en la construcción de la magnífica escalera de acceso transportando hasta el Pueyo piedrecillas que recogían en el cauce del río Vero.

Además de estas principales, recoge Enrique Albert otra serie de mejoras que corresponden al periodo de este esmerado Prior: «En el interior del templo se derribó el antiguo coro y se sustituyó por el actual, más espacioso y apto para las ceremonias del ritual benedictino. Entre 1927 y 1929, sobre planos del monje de Montserrat p. Celestino Gusi y con la ayuda de albañiles venidos de Manresa, se levantó la nueva ala de los edificios monasteriales, en estilo neorrománico, con la combinación de piedra y ladrillo y las características ventanas de ajimez que hoy conocemos. En estos nuevos edificios, inaugurados por el Administrador Apostólico de Barbastro el 11 de julio de 1929, festividad de San Benito, se incluyen el nuevo refectorio, la cocina, despensas, sala de recibir, refectorio de los niños oblatos, las salas de lectura y los corredores de celdas para la comunidad y huéspedes. El edificio queda rematado con un torreón».

A todo esto hay que sumar otras reformas en los altares laterales del templo, la instauración de un colmenar, y la adquisición de nuevos terrenos, entre los que se contaba el «Mesonet», hoy destruido y por un día también santuario, según diremos.

Y por sobre todo la formación humana y monástica que legó a la comunidad del Pueyo, y que dio frutos de martirio. «Él nos infundió a todos gran amor a Dios y a la Orden benedictina», dirá el p. Benabarre. Esta es la mayor gloria de este gran Prior, que fundó para este fin en 1926 el *Boletín de información benedictina*, revista de actualidad e intelectualidad monástica que llevaba camino de hacerse un nombre entre las publicaciones de la orden en España.

Su priorato acabó no de la mejor manera, ya que las muchas obras comenzadas y las sequías, además de las incomprendiones de algunos (según Enrique Albert), lo movieron a presentar su renuncia en 1934, la cual le fue aceptada siendo reemplazado en el cargo por un monje de la Abadía de Valvanera, que por entonces contaba 30 años, Mauro Palazuelos Maruri.

Ya referiremos todo lo concerniente a dom Mauro. Digamos aquí que a este Prior le cupo la mayor gloria, por designio divino; la gloria de la obra del amor más grande, que es «dar la vida por los amigos» (*Jn* 15, 13). A su llegada se encontraba con una comunidad de monjes mayores que él y apretujada económicamente. Decidió llevar adelante una labor más espiritual y religiosa que material o humana, poniendo los fundamentos necesarios en sus súbditos para una fidelidad hasta el extremo, convirtiéndose en guía y sostén de la comunidad mártir. Fue el elegido por Dios y por la Virgen Santísima para esa función, y la desempeñó con hombría y santidad.

El p. Benigno Benabarre ha recogido en su libro *Murieron cual vivieron*, en el capítulo 6, una serie importante de testimonios sobre la ejemplar observancia monástica que se vivía en el Pueyo en los años y meses previos a su testimonio entero. Además de su trabajo y su estudio y

apostolado, que hemos señalado en el capítulo anterior, digamos aquí que no hay objeción alguna de importancia que pueda argüirse contra el espíritu religioso de caridad, de obediencia, de silencio, de humildad, de pobreza, de trabajo, de celo por el Oficio Divino, de amor a la orden, y en definitiva, de ejercicio de todas las virtudes. No hay objeciones, digámoslo, a la estremecedora afirmación que hizo el mártir beato Lorenzo Ibáñez a su compañero Rafael Lacambra, antes de separarse para siempre en este mundo: «A mí, si me matan, moriré como he vivido».

Como todo monje, los mártires del Pueyo ya vivían de cara a la muerte y al encuentro con Dios, lo cual no quitaba que tomasen las precauciones prudentes según las circunstancias. De hecho, ya intranquilos por el cariz anticristiano que tomaba la situación a nivel nacional, habían decidido en capítulo el día 8 de marzo de 1936, quedar en casa pocos —y éstos provistos de dinero y trajes de seglares— y enviar lejos a los colegiales con su Prefecto el beato Raimundo Lladós —lo cual se ejecutó yendo éstos a Lumbier, en Navarra— y a otros religiosos, juniors (seminaristas de votos temporales) y hermanos, y algunos sacerdotes. El Abad Visitador, dom Antonio Marcet, a quien se presentaron las decisiones para ser rubricadas, las aprobó solamente en parte, juzgándolas, según el p. Alejandro Pérez Alonso, «no de perentoria urgencia».

Sobre fines de junio volvieron al Pueyo los colegiales y su Prefecto, probablemente para rendir los exámenes y participar en las celebraciones importantes en honor de San Benito, con Profesión perpetua del joven de 21 años, beato Aurelio Boix Cosials, y tonsura otorgada al mismo de parte del Obispo de Barbastro, beato Mons. Florentino Asensio Barroso. Por entonces ya no era prudente que volvieran a salir, pese a que ya los monjes sabían lo que podría

ocurrirles a todos. Llegado el 18 de julio, día del levantamiento nacional en África del Gral. Francisco Franco, la comunidad estaba compuesta por los siguientes miembros:

Padre Mauro Palazuelos Maruri (Prior)
Padre Honorato Suárez Riu (Subprior)
Padre Mariano Sierra Almázor
Padre Leandro Cuesta Andrés
Padre Santiago Pardo López
Padre Raimundo Lladós Salud
Padre Fernando Salinas Romeo
Padre Domingo Caballé Bru
Padre Ildefonso Fernández Muñiz
Padre Anselmo Palau Sin
Padre Ramiro Sanz de Galdeano

Junior d. Rosendo Donamaria Valencia (Diácono)
Junior d. Lorenzo Ibáñez Caballero (Subdiácono)
Junior d. Aurelio Boix Cosials (Tonsurado)
Junior d. Rafael Lacambra Puértolas
Junior d. Dionisio Carcavilla Marco
Junior d. Gabriel (Joaquín) Irache Macaya
Junior d. José Calasanz Bagüeste

Hermano d. Hilario Simón
Hermano d. Lorenzo Santolaria Ester
Hermano d. Lorenzo Sobrevía Cañardo
Hermano d. Ángel Fuertes Boira
Hermano d. Vicente Burrel Enjuanes
Hermano d. Miguel Sáiz Portugal

Colegial Pablo Sanmiguel
Colegial Miguel Gil
Colegial Luis Brualla

Colegial Emilio Irurozqui
Colegial Jesús Moreno
Colegial Juan San Martín

A los cuatro juniors (o seminaristas) que no habían hecho Profesión perpetua (también el junior d. Andrés Burgos Blanco pertenecía a la comunidad del Pueyo pero no se encontraba entonces en el Monasterio) se les autorizó salir ya echada la suerte, como también a algunos de los hermanos, y en general a todo el que tuviera donde refugiarse cerca. Hubo casos particulares que se irán relatando a continuación; y hubo un destino común de quienes decidieron permanecer en el Santuario y velar por su joya y su tesoro, ante quien desahogaban día y noche sus almas, que era la Santísima Virgen del Pueyo, su madre.

Adelante retomaremos la historia común y particular, pero antes es preciso presentar un boceto del cuerpo y el alma de cada uno de estos grandes en la fe, cada uno con sus defectos y su lucha personal por la santidad, que llevaron adelante confiadamente y que les permitió a su tiempo verse listos para el sacrificio más radical, el de sus propias vidas, porque estaban confiados en Dios para llevarlo a cabo, y estaban seguros de en quien se habían fiado (cf. 2 *Tim* 1, 12), porque «la esperanza en Él no defrauda» (*Rom* 5, 5).

Capítulo 4

SEMBLANZAS DE LOS BEATOS MÁRTIRES

I. Beato Mauro Palazuelos Maruri

«Yo quiero suponer que jamás su hermosa voz de tenor entonó tan viril y sonoramente la Salve como al despedirse de su amada Virgen del Pueyo instantes antes de ser acribillado a balazos en la noche del 27 al 28 de agosto de 1936».

(P. Benigno Benabarre)

Abel-Ángel Palazuelos Maruri nació el 26 de octubre de 1903 en Peñacastillo, provincia de Santander, y fue bautizado pocos días después, el 31 del mismo mes. Cuando todavía era muy joven ingresó en el Monasterio de Valvanera, pasando luego al Monasterio de Samos, donde realizó su Noviciado, al término del cual emitió sus votos temporales, el 3 de septiembre de 1920. Posteriormente, el 31 de octubre de 1926, sería ordenado sacerdote como monje de Valvanera. Luego de su ordenación, fue enviado por dos años a la Abadía de Buckfast, en Inglaterra, para aprender inglés y apicultura.

Ya en 1934, el 9 de marzo, lo encontramos desempeñando el oficio de Prior del Monasterio del Pueyo, cargo en el que lo encontrará el glorioso martirio, a la edad de 32 años.

Nuestro p. Mauro perteneció a una familia muy numerosa y rica en virtudes, familia muy religiosa y honrada. Su padre, Ramón Palazuelos, estuvo casado dos veces, siendo Abel-Ángel el menor de los doce hijos del segundo matrimonio, con Cristina Maruri, la cual, calificada alguna vez como «otra Santa Teresa», velaba celosamente sobre sus hijos, a quienes repetía constantemente la frase «antes morir que pecar».

Cuando el siervo de Dios contaba con sólo dos o tres años de edad marchó su familia a Maliaño (Santander), pueblo de su padre, donde permaneció unos seis años. Luego se trasladó a la ciudad de Santander. Allí recibió por primera vez a Jesús Sacramentado, el 27 de abril de 1913, en el Colegio de los pp. Salesianos, al que acudía en calidad de alumno externo, y oía Misa todos los días. Por las tardes acudía al templo de los pp. jesuitas para el rezo del Santo Rosario, actuando él como cantor.

Humilde y piadoso, traslucía además su inocencia. Admiraba y tenía por ejemplo a Santo Domingo Savio, mostrando ya desde niño singular devoción a la Santísima Virgen María.

Como se deja vislumbrar, respiraba en su familia un ambiente muy religioso.

Sus padres conocían íntimamente a los monjes del Monasterio de Nuestra Señora de Valvanera, en La Rioja, en cuya hospedería vivieron una temporada mientras d. Ramón actuó como contratista para las obras de la carretera que conducía a aquel Santuario. Cuando comunicaron al menor de sus hijos que en dicho Monasterio riojano recibían postulantes para religiosos, «loco de contento y fro-tándose las manos, se ofreció gustoso». De este modo, el 2 de octubre de 1914, cuando aún no había cumplido los 11

años de edad, comenzó a cursar Humanidades en el recién fundado Colegio de niños de Valvanera.

La vida monasterial y los estudios no resultaron, pese a su primer entusiasmo, tan fáciles y halagüeños como él creía. Quienes fueron los responsables de su formación consideraban años más tarde que en su tiempo de colegial era apático e indolente, así para lo espiritual como para lo



científico, casi vago para los estudios, al punto que estuvo al borde de ser despedido, hecho que no se llevó a cabo por ciertas consideraciones que la Comunidad guardaba hacia sus padres.

Incluso refieren que más de una vez tuvieron que castigarlo, incluso con vapuleos, para que reaccionara y que sólo le gustaba leer cosas amenas que no precisaran atención ni esfuerzo. Era, no obstante, jovial y buen compañero.

Recibió el sacramento de la confirmación en la ciudad de Calahorra, el día 26 de agosto de 1919, administrado por d. Juan Plaza García, Obispo titular de Hippo.

Terminadas Humanidades en Valvanera y madurado por la educación ese carácter un tanto accidentado, pasó al Monasterio de Samos (Lugo) para realizar el Noviciado. Allí vistió el hábito benedictino y cambió su nombre de pila por el de Mauro. El 8 de septiembre de 1920 emitió sus

votos temporales, prosiguiendo sus estudios en orden al sacerdocio. Pasados dos años, volvió a Valvanera para culminar su formación.

En 1925, el 2 de febrero, hizo allí la Profesión solemne.

Hay testimonios que refieren que durante el tiempo de Noviciado y Juniorado en nada se distinguió d. Mauro, hasta que en cierta ocasión, y a causa de un decaimiento y depresión física que le tuvieron inutilizado para todo durante una temporada, salió esmerado en todo lo referente a las virtudes monásticas.

Ordenado sacerdote en Santander el 31 de octubre de 1926, cantó Misa solemne al día siguiente en la iglesia de las Madres Bernardas de aquella misma ciudad.

En cuanto a los estudios, a pesar de que en los cursos superiores suprimió su indolencia primera, era considerado como de nivel medio, sin notable profundidad. Poseía, sin embargo, una cultura general en diversos ramos que, unido a su carácter agradable y festivo, volvía gratas e interesantes las conversaciones a su lado.

Cultivó, además, y con gran entusiasmo, la apicultura. Para perfeccionarse en este ramo fue enviado en noviembre de 1926 a la Abadía de Buckfast, en Inglaterra, donde permaneció dos años. A su regreso impulsó el colmenar en Valvanera, dio diversas conferencias sobre apicultura y publicó periódicamente en la prensa provincial «Diario de la Rioja», páginas apícolas muy curiosas e instructivas.

En Valvanera, además de seguir puntualmente la observancia monástica, cuidó de la tienda de recuerdos, enseñó Matemáticas, Geografía e Historia a los colegiales. Y a

pesar de su juventud fue decano de la comunidad, es decir, uno de los consejeros del Superior.

Quienes conocieron al p. Mauro lo describen así: «de estatura alta, cabeza más bien pequeña, pulsos de las sienes muy entrantes, cuello largo, nuez saliente, nariz de aletas amplias, orejas no muy salientes». Y en cuanto a su carácter se dice que era «de natural muy festivo y optimista; bueno, muy comunicativo, muy gracioso, jovial y alegre, muy humilde y ameno; a su lado todas las conversaciones eran animadísimas». Su trato, especialmente con los jóvenes, era como de verdadero padre, padre joven, pero padre y compasivo.

Tras las prórrogas legales y sorteos correspondientes, le tocó cumplir con los deberes militares en Ceuta y Tetuán (África) en calidad de capellán auxiliar, servicio que le ocupó desde noviembre de 1928 hasta marzo de 1930.

Nombrado Prior Administrador del Pueyo el 6 de febrero de 1934, hizo su ingreso en Barbastro y en el Monasterio el 9 de marzo del mismo año, acompañado por el visitador, p. Antonio M^a Marcet, a la sazón Abad de Montserrat. La tarde de ese mismo día tomó posesión canónica de su cargo.

Como Superior de la comunidad podiense dio muestras de un espíritu excelente. Él mismo escribía entonces a un condiscípulo suyo: «una vez en el puesto, mi deber, mi único deber es *orare, laborare, et nunquam deficere*. Ruegue por mí para que siempre y en todo no busque yo más que la gloria y la voluntad de Dios».

Era un alma dada enteramente a Dios por la oración. Se comentaba entre sus monjes que pasaba muchas noches en vela ante el Santísimo. En efecto, el monje campanero

le sorprendió muchas veces en el coro al toque de maitines y antes de entrar en él la comunidad. La Santa Misa la celebraba con tal unción, que uno de los que le sirvieron de monaguillo dice que le atraía y gozaba ayudándole en el Santo Sacrificio.

Fueron apreciadas en él la humildad, la sencillez, la simpatía y el fervor religioso. Fue estimado y querido de todos sus monjes y reputado por ellos como un religioso digno y perfecto. Cada vez era mayor el contento de sus súbditos sobre su dirección y prudente administración; y sobre todo, por el alma y fervor que ponía en la dirección espiritual de la Comunidad.

Afirma d. José Grau Barón, Deán de la Catedral de Vitoria y anteriormente canónigo de Barbastro, que se trataba de «un alma enteramente de Dios». Y d. Rafael Lacambra, súbdito suyo en el Pueyo hasta dos o tres días antes de su prisión, lo califica de «santo y piadoso hasta más no poder» y «ejemplar dechado de virtud». Lo reafirma también d. Aurelio Boix en una carta escrita a su hermano: «la Providencia nos deparó un padre amoroso en nuestro nuevo p. Prior: estamos todos edificados de su mucha virtud».

A su llegada al Monasterio del Pueyo, éste atravesaba una gran crisis económica, que el nuevo Prior tuvo que enfrentar. Bajo la dirección del p. Román Ríos se habían llevado a cabo ingentes obras de restauración y ampliación del Santuario y Monasterio, acompañadas de años de cosechas mediocres y de los gastos de consumo de una treintena de personas que componían la comunidad benedictina, más los criados asalariados.

También aquí fue ejemplo para la comunidad con su pobreza de espíritu. Para todos quedó bien claro que el

Pueyo era pobre y que el nuevo Prior tenía un riguroso sentido del voto de pobreza.

Se conservan cartas, datadas en esos años, testigos de la dicha pobreza, aprovechadas hasta en los ángulos de las mismas hojas, sin quedar parte alguna en blanco.

Poco más de dos años duró el ejercicio de su paternidad sobre la comunidad del Pueyo. En una de sus últimas conferencias, que en 1936 dirigió a la Comunidad, leyó y después glosó varios pasajes del Libro Primero de los Macabeos en el que se describe la desolación del Pueblo de Dios. Con toda probabilidad lo hacía para armar espiritualmente a sus monjes con el escudo de la fe ante las desgracias que entonces sufría la Iglesia en España.

El 19 de julio el p. Mauro envía un monje a Barbastro para que inspeccionara la situación política. Al día siguiente recibe del padre de uno de los juniors noticias trágicamente alarmantes. Convoca, entonces, nuevamente a capítulo para tomar oportunas medidas de seguridad. El 22, a eso de la media tarde, suben a por ellos dos motoristas de los «rojos» y, amenazando destruir el Santuario si oponían resistencia, los obligan a desalojar el Monasterio. Fueron interrogados por los milicianos sobre las armas que supuestamente escondían, a lo cual el p. Prior salió en defensa de la comunidad, ofreciendo su cabeza si es que hallaban alguna de las supuestas armas.

De los días de la prisión nos limitamos aquí a decir que fue el p. Mauro «guía y sostén de la comunidad mártir», como reza una de sus letanías. Así lo atestigua d. Manuel Laplana, quien fuera compañero de prisión por varios días: «jamás se lo veía a él triste ni preocupado por el martirio, más bien una alegría grande por dar la vida por la fe, que no podía disimular». El mismo recuerda esta frase re-

petida varias veces por nuestro mártir: «¡Qué felicidad y qué dicha más grande la nuestra el poder dar la sangre por Cristo!; de aquí al Cielo; ¡alegrémonos!».

Fue verdadero apóstol y padre de aquella población reclusa. Como buen pastor de su grey, el p. Mauro fue siempre delante de la misma tanto en la observancia monástica de cada día como en el camino hacia el calvario.



El gran mérito suyo fue haber sabido conducir bien a su comunidad en tiempos tan calamitosos y haberse ganado la confianza de la inmensa mayoría hasta las mismas puertas del Reino de Dios.

Su amor filial por la Madre del Cielo, lo llevó, instantes antes de su paso a la Gloria, a entregarle el último adiós con el canto devoto de la *Salve*.

A las puertas del cementerio de Barbastro y mirando a su Madre en lo alto del Pueyo, entregaba su vida por Cristo, siendo acibillado a balazos por un furioso miliciano, el cual confesaría luego que, desde aquel día, jamás volvió a salir por la noche con ningún piquete, pues la última mirada del p. Prior

le atormentaba constantemente, llegando incluso a no poder conciliar el sueño; «mi crimen no tiene perdón» repetía constantemente. Sin embargo podemos estar seguros de que el p. Mauro habrá intercedido con largueza por su joven ejecutor, pues en todo momento recordó a sus hermanos monjes el precepto evangélico del amor a los enemigos, instándoles al perdón para quienes los llevaban al suplicio.

II. Beato Honorato Suárez Riu

Para el año 1902 tuvo Torres del Obispo, pueblo situado entre Graus y Benabarre (provincia de Huesca y diócesis de Barbastro), la dicha de ver nacer a un grande de la vida monástica. El 5 de febrero Ángela Gracia, unida en matrimonio con Manuel, daba a luz a Antonio Suárez Riu.

Desde mediados del siglo XIX, era Torres un pueblo en esplendor, pues contaba con siete fábricas de aguardiente y sus sendos molinos de aceite y harina, además de ser rica en agua.

Manuel, padre de Antonio, oriundo de la Puebla de Castro, se estableció allí como alpargatero, oficio que, tras su matrimonio, simultaneó con el de carretero (transportista).



Ángela Gracia, la madre de Antonio, había sido adoptada por un veterinario apellidado Riu, de quien recibió el

apellido que transmitió como segundo a sus hijos. En su casa, que aún conserva el mote popular de «Casa Francisca», parece que siempre hubo fonda y café, negocios que, notablemente ampliados y mejorados, continúan siendo la base de la economía familiar.

Dios premió la generosidad del matrimonio Suárez Riu con siete hijos: tres varones y cuatro mujeres. De los varones, uno, José, fue sacerdote diocesano (estado en que, lleno de años, murió en 1989); otro, Antonio (Honorato), consagró a Dios su vida como monje benedictino en el Pueyo.

De niño reunía cualidades que movían a quererle: vivaracho y alegre, muy aplicado y listo en la escuela; cariñoso y obediente a sus padres. Desde muy pequeño actuó de monaguillo en la parroquia, siendo tan apreciado por el Rdo. d. José Gistau, a la sazón párroco de Torres de Obispo, que este solía pedir «que no falte Antoniet», mostrando con ello lo bien que se desenvolvía en el oficio el pequeño Antonio.

En su casa dirigía el Rosario, y sintiendo afanes de predicador, se subía a veces a la cama, y desde allí dirigía sus sermoncitos.

El mismo d. José Gistau enterado que en el Monasterio benedictino del Pueyo admitían niños como postulantes a monjes, lo comunicó a la familia del futuro monje, y éste, con el consentimiento de sus padres, aceptó gustoso la propuesta. Marchó al Pueyo cuando contaba con once años de edad, y en unión de un paisano suyo y compañero de infancia, Mariano Palau Sin.

Realizó en el Pueyo de Barbastro sus estudios secundarios, terminados los cuales, al cabo de cuatro años, fue enviado a Montserrat para hacer allí su Noviciado, el 18 de agosto de 1918. Concluida la prueba, emitió sus votos temporales, como monje del Pueyo, el 20 de agosto de 1919, cambiando el nombre de pila por el de Honorato.

Atendiendo a sus buenas dotes para la actividad intelectual, sus Superiores lo enviaron al Colegio (universidad) internacional benedictino de San Anselmo en Roma para realizar allí sus estudios en orden al sacerdocio. Algunos meses después, debido a síntomas de tuberculosis, debió volver a Montserrat, donde seis años más tarde, el 6 de junio de 1925, recibiría el Orden Sacerdotal.

El p. Honorato era un hombre de ricas cualidades humanas y espirituales, brillando además por la elocuencia sagrada y el don de consejo. El p. Román Ríos le califica como «alma selecta, amable y alegre; muy popular entre la comunidad». El buen talento natural y su aprovechamiento en los estudios superiores hicieron de él una personalidad muy completa.

Desde muy joven se le confiaron muy diversos cargos que desempeñó con éxito: profesor de Latín, Oratoria Sagrada, Filosofía, Teología y Moral. También estuvo durante unos cuatro años como rector del Colegio u Oblatorio monástico, en el que, en su tiempo, llegaron a estar entre 40 y 50 aspirantes a monjes (de entre 11 y 15 años) para las misiones de Australia y Filipinas y para el mismo Pueyo. Se desempeñó allí como un delicado padre de tan numerosa y distinta familia.

Se cuenta, además, que poseía gran don para la música, dotado de muy buen oído y voz. Con el p. Anselmo Palau Sin, originario del mismo pueblo y de su misma

edad, y finalmente unidos también por la misma vocación y destino, se emulaban mutuamente. El p. Anselmo era director del coro. El p. Honorato se lucía algunas veces como solista.

En el momento de estallar la persecución religiosa, era Subprior, Mayordomo y Prefecto de jóvenes profesos. Como lugarteniente del Prior, le tocaba estar al frente de la comunidad durante las ausencias de éste y ejercer una prudente vigilancia para que se respetase del mejor modo la observancia monástica.

En una casa pobre como el Pueyo, el oficio de mayordomo era muy comprometedor. Procurar que no faltase nada de lo esencial para sobrevivir era su gran cometido.

De puertas afuera la gente lo conocía como gran predicador, de palabra fácil y gesto elegante. Predicó en muchos pueblos de la provincia y también fuera de ella. Muy probablemente el último sermón lo predicó en Benabarre el día de la Virgen del Carmen, 16 de julio de 1936.

En aquella misma ocasión se llegó por última vez a su pueblo, vecino de Benabarre. Allí le dijo su madre, preocupada por su vida: «Marcha, hijo mío, al extranjero, y así quizás no te matarán», a lo que respondió imbuido ya del ideal del martirio: «No, mamá», y señalando el cielo con la mano, añadió: «¿Le parece poco hermoso morir por Dios y subir al cielo?».

Refiere por otra parte d. José Larrosa, por entonces médico de Albelda (Huesca), que el p. Honorato, algún tiempo antes de la detención de la comunidad, pasó por su domicilio y les dijo: «Vengo a despedirme de ustedes porque nos matarán a todos los religiosos». Ante estas pala-

bras, d. José, le ofreció la casa como refugio, pero el joven monje respondió: «Yo permaneceré en el Monasterio».

Este ideal martirial se mantuvo constante en él, y no dejaba de influir en los demás. El 20 de julio del 36 dijo a los juniros: «Esta tarde vienen por nosotros». Quienes iban a venir eran los esbirros del Comité revolucionario de Barbastro. Cayó demasiado dura la noticia para aquellos jóvenes, algunos de los cuales, en una primera y fogosa reacción, pidieron armas para defenderse. El p. Honorato, guiado por su ideal, les explicó que en el Pueyo no había armas y les remarcó: «Aquí vinimos para hacer a Dios entrega de nuestras vidas; da lo mismo sea una u otra la forma en que hayamos de hacerla», y también: «la vida monástica es un martirio continuo. Si nos cogen y martirizan, no cambia mucho si no es en mayor gloria y seguro premio».

Días después, en la prisión, hacía un calor sofocante; por eso, cuando en lo más fuerte del día descansaban los monjes, había que entretener a los colegiales. Todo estaba previsto por el p. Prefecto, pues además, siempre aparecía algún monje dispuesto a perder su tiempo de descanso para dedicarlo a los chicos, siendo el p. Honorato de los más asiduos. Les hablaba del martirio y de la alegría que producía pensar en ir tan pronto al encuentro del Señor. A veces lo hizo coincidiendo con la ejecución de algún grupo de claretianos, que se hallaban en la misma prisión. Tenía especial predilección por la Virgen; había vivido en efecto muchos años en un Santuario mariano y predicado con frecuencia de su «Joya».

Mantuvo, en este tiempo de cautiverio, espiritual amistad con d. Marcelino de Abajo, sacerdote vallisoletano de gran espíritu, quien antes de su muerte, el 13 de agosto,

se había despedido de los monjes, abrazándolos con emoción.

El p. Honorato murió el 28 de agosto con el resto de la Comunidad, fusilado en el camino de Berbegal, al lado de un cerrillo, y enterrado en el cementerio. Algún testigo certifica haber oído en el camión su voz entusiasta, dando a Cristo Rey los últimos «vivas» de su toda inmolada vida religiosa.

III. Beato Mariano Sierra Almázor

El p. Mariano era, en julio de 1936, el monje más anciano de la comunidad con 67 años; y el de mayor antigüedad en cuanto a la Profesión monástica y a la ordenación sacerdotal. Venerable, pues, en años y en méritos.

Nació en Alquézar (diócesis y provincia de Huesca) el 25 de febrero de 1869. Es Alquézar una villa medieval, que jugó un papel importante durante la dominación mora y la reconquista cristiana del pre-Pirineo aragonés. Allí estuvo –y aún se conserva en parte– el gran castillo que defendía la ruta del Río Vero, cuya ciudad más importante es Barbastro. Contiene además restos que datan de la época romana. Pueblo, éste, destinado a ser recia cuna de nuestro p. Mariano.

Ingresó de niño en el Monasterio de Sta. María de Treviño, fundado hacía poco, no lejos de su pueblo, por una pequeña colonia de monjes de Montserrat.

Pronto concluyó sus primeros estudios, pasando después a la Abadía madre, en donde hizo la Profesión monástica para el Monasterio de Treviño, cuya comunidad,

secundada por el refuerzo de algún otro monje, se trasladó muy pronto al Pueyo de Barbastro.

Nuestro p. Mariano emitió sus votos temporales en Montserrat, en 1886, y fue ordenado sacerdote el 17 de diciembre de 1892. Fue, por lo tanto, el primer monje profesor del Pueyo.



Poco después de su ordenación presbiteral fue enviado a Samos como maestro de novicios. Y ya en 1898 comenzó su vida conventual en el Pueyo. En 1925, al fallecer el p. Andrés Munárriz, le tocó sustituirlo por unos meses en el cargo de Prior, hasta la llegada del p. Román Ríos, con quien ejerció el cargo de subprior por algunos años.

Durante cierto tiempo residió en el «Mesón» donde vivían los jornaleros, criados y el pastor, para administrar mejor el Patrimonio de la Virgen.

Entre los distintos servicios ejercidos por él, cabría destacar su labor docente, impartiendo Geografía, Caligrafía y alguna otra materia más a los aspirantes. Igualmente, en los «tiempos fuertes», como la Cuaresma, solía ayudar a los párrocos de los pueblos vecinos que solicitaban su inestimable colaboración. Los viajes solía realizarlos a pie o montado en un pollino.

El p. Román Ríos describe su fisonomía (heredada en parte de sus antepasados árabes): «de complexión morena, tenía los ojos negros que destellaban fuego, especialmente cuando estaba enfadado; su pelo era de color negro-azabache; era impetuoso y fértil en recursos; su carácter era un tanto difícil, como podrían atestiguar por experiencia los priores del Pueyo».

Había aprendido, igualmente, a fuer de esfuerzos a dominar su ardiente carácter. En efecto, la gente conocía su amabilidad y cordialidad en el trato. En fin, el recuerdo que se tiene de él es el de una persona sencilla, profundamente humilde y amable; el de un monje ejemplar.

Por otro lado, Joaquín Irache, fino estudioso del carácter de los monjes del Pueyo, hace notar cómo el p. Mariano era «magno» en todo, cuidadoso de cada detalle: en su hábito, en su andar, en su calidad de decano; no admitía malas formas. Su oposición a lo que creía inútil despilfarro lo enfrentó con el Prior Ríos, que iba preparando el Monasterio del Pueyo para que llegase al rango de Abadía.

Actualmente se conserva en uno de los archivos martiriales una caja que contiene algunos cigarrillos pertenecientes seguramente al p. Mariano, y que con toda probabilidad han sido armados también por él, con las plantas de tabaco que cultivaba en uno de los huertos del Monasterio. Si bien no fumaba en público, sin embargo llevaba tiznados los dedos pulgar e índice, pues aprovechaba el cigarrillo hasta el máximo imaginable.

Como ya se ha dicho, era el más anciano de todos, y a la vez aquél por quien la Comunidad más sufrió, ya que fue detenido con anterioridad a la misma.

Es ya el año 1936. Con motivo de la fiesta del Carmen, fue enviado el 15 de julio al pueblo de Salas Altas, para presidir la celebración en el convento de las monjas carmelitas. Aprovechando la ocasión, entró en casa de unos amigos en Barbastro, donde se habló de la situación tan congestionada que políticamente se respiraba. El p. Mariano se despidió con estas palabras: «Si no nos vemos más, hasta el cielo».

El día 21 del mismo mes, yendo por la carretera vestido de hábito, fue alcanzado por un camión de milicianos, que se dirigía en dirección a Huesca. Detenido el vehículo, lo hicieron subir en él, conduciéndolo seguidamente a la cárcel municipal de Barbastro. La detención fue presenciada por casi toda la Comunidad, desde el mismo Monasterio. Fue el primer golpe que los benedictinos sufrieron en su propia carne.

Luego de apresada la comunidad, el 26 de julio, sobre las 3:50 de la madrugada, lo subieron al p. Mariano al Pueyo para que informara sobre unas «supuestas armas», que se creían ocultas en el Monasterio. Lógicamente, y haciendo honor a la verdad, negó la existencia de tales artefactos. Sin mediar palabra, dispararon varios tiros de fusil, simulando que lo iban a matar. Y fue tal la impresión recibida, que cayó desplomado al suelo, víctima de un desmayo.

Días más tarde, el p. Mariano fue sacado de la cárcel municipal y conducido a la prisión habilitada en el Colegio de los pp. escolapios, donde se hallaban ya sus hermanos de Comunidad. Pudo ser por deseo suyo, o bien por algún plan del comité. Lo cierto es que nuestro monje experimentó una gran alegría al verse de nuevo entre los suyos: se le veía radiante. Además, dado lo mucho que había sufrido

y el cansancio que arrastraba, se le procuraron los alivios posibles, aunque para entonces ya se habían llevado los colchones. Pero aquella dicha iba a durar poco, muy poco.

Un día de primeros de agosto, hacia la media noche, se abrió de golpe la puerta del lugar donde se encontraban los monjes, perturbando la precaria paz y el silencio que acompañaban su descanso, mientras un fuerte grito, que despertó a más de uno, se dejó oír con fuerza: «¿Dónde está Mariano Sierra?». Y así se lo llevaron sin que el resto de los monjes volvieran a verlo más.

Consta que el p. Mariano fue ejecutado el 9 de agosto, al amanecer, juntamente con el Sr. Obispo, beato Florentino Asensio Barroso, y enterrado en el cementerio (aunque su cadáver no llegó a identificarse), acabando así su glorioso combate en esta tierra. Era el tercero de los monjes del Pueyo que daba así solemne testimonio de su fe y amor a Dios.

IV. Beato Raimundo Lladós Salud

Nacido el 15 de diciembre de 1881 en el seno de una familia muy numerosa, labradora humilde y fervientemente católica, nuestro padre Raimundo creció en un ambiente religioso y sencillo, terreno propicio en el que fácilmente germinó su vocación. Enriqueciendo este ambiente las demás vocaciones sacerdotales y monásticas con que contaba su familia; junto al toque providencial de haber nacido en Llusás, lo que, antes de la impía desamortización, fue propiedad del Priorato benedictino de Meyá; de hecho, el matrimonio de Antonio y Teresa, contó de entre sus diez hijos, con un sacerdote diocesano, mártir él también en la

persecución religiosa del 36 y otro sacerdote monje de Montserrat, tres en total.

De la infancia de «Toñet», como lo llamaban los de la casa, nos llegan vivas memorias gracias a las notas biográficas que escribió su hermano, el p. Gerardo. Cuando aquél sólo contaba con cinco años, la familia Lladós Salud abandonó el pueblito leridano para establecerse en Barcelona, buscando una mejor educación humana y religiosa para los hijos.

Ya en Barcelona, el pequeño Antonio comenzó sus estudios en el Colegio de los claretianos de la calle de Gracia, obteniendo todos los años las mejores calificaciones. También su vida espiritual llamó la atención de sus Superiores y profesores. «Su piedad, devoción y frecuencia de sacramentos, su asiduidad y singular constancia en ayudar todos los días a Misa con su hermano menor Miguel» no podía pasar desapercibida. Junto con una serie de virtudes que lo acompañarán toda su vida: la humilde sujeción a sus Superiores y el trato afable y caritativo con sus semejantes, a quienes procuraba complacer, aunque esto significase alguna molestia para él.



El sueldo de un empleado de almacén de pinturas no era suficiente para sostener una familia numerosa como la de los Lladós Salud, y por eso el padre con la ayuda de sus

hijos realizaba trabajos de cestería en busca de un plus para ayudar a la economía doméstica. El hijo mayor daba una mano después de sus clases en el seminario conciliar y los más chicos, Toñet y Miguel, después de un rato de juegos, en el que no faltaban predicar y «decir Misa» usando una copa de vidrio y un devocionario, preparaban por las tardes los materiales que usaría su padre.

Las cestas confeccionadas durante la semana se vendían en el mercado, después de la Misa dominical a la que asistía la familia completa. A los domingos se sumaba la alegría del catecismo y de las funciones religiosas del oratorio de la iglesia de San Felipe Neri, junto con las visitas a las familias amigas, entre ellas la de los padres benedictinos de Montserrat Manuel Adell y Ángel Salud.

No es de extrañar que unido de ese modo a los moradores de esa Santa Montaña, declinase, con doce años, la invitación de los padres claretianos, para incorporarse en las huestes de San Benito en Montserrat. Allí, luego de tres años de Colegio, tomó el hábito el 7 de febrero de 1897 y dejando su nombre de pila adoptó el de Raimundo de Fitero, el Santo fundador de la orden de Calatrava, compuesta de mitad monjes obedientes al toque de la campana, mitad soldados obedientes al toque de la trompeta. Dicen que el nombre impone carácter y en nuestro Raimundo se verificó la regla. A lo largo de su vida religiosa no deshonró en lo más mínimo el gran nombre que le habían impuesto.

Terminados sus estudios mayores fue ordenado sacerdote el 9 de junio de 1906 en la misma iglesia-oratorio de San Felipe Neri a la que asistiera cuando era niño. Su gran talla espiritual y humana hizo que a lo largo de su vida religiosa ejerciese casi siempre cargos de importancia y que

implicaban la responsabilidad sobre otras almas. Recién ordenado ejerce la docencia en su mismo Monasterio como profesor de Latín y Filosofía. Pero como eso era poco para su espíritu activo se dedicó también al cuidado de los enfermos, «a los que trataba con exquisita solicitud».

El capítulo Provincial de 1911 vio en este joven sacerdote al ideal para ejercer la función de Maestro de novicios, renovando posteriormente el nombramiento en 1914 y 1917. El p. Román Ríos confesó años después que el p. Raimundo tenía una «aptitud extraordinaria» para dicho cargo.

Uno de sus novicios, el hno. Hipólito Calvo, nos lo describe así: «Mientras estuve en el Noviciado, tuve ocasión de ver los grandes ejemplos de caridad y humildad del p. Raimundo, ejemplos que practicaba con todos los novicios sin excepción, como lavar los pies, barrer celdas y el comedor, limpiar retretes... Su celo por la salvación de las almas era muy grande, sin descuidar la suya propia. Sus conferencias, avisos y consejos espirituales estaban llenos de doctrina, e iban acompañados de una unción verdaderamente paternal y apropiada a los novicios. Todo su interés era el adelantamiento de las almas en el camino de la perfección. Siempre se mostró muy solícito del bien espiritual y temporal de los demás; en particular manifestó esta solicitud con los enfermos, a fin de que no les faltara nada de lo necesario. Él mismo les presentaba varios servicios, como arreglarles la celda y llevarles la comida. Muy riguroso consigo mismo, era siempre muy indulgente para los demás. Lo mismo en la adversidad que en la prosperidad, conservaba siempre el mismo temple». Pocas cosas nos quedan para agregar a la descripción de un alma tan grande a la vez que tan humilde.

Cesó en sus funciones de Maestro de novicios por problemas de salud, pero recuperado al tiempo fue nombrado Prefecto del Colegio de postulantes, que funcionaba a los pies de Montserrat en la granja «Can Castells». También en los colegiales de ese tiempo quedó impresa la imagen de ese padre que «sabía ganar el corazón de cada uno».

Luego de siete años de rector del Colegio y de muchos más de probada experiencia en la guía de almas, fue nombrado Prior del Monasterio del Miracle, donde debería ser ejemplo y guía no ya de niños y jóvenes sino ahora de monjes maduros e incluso algunos mayores que él. Y como no podía ser de otro modo, dejó aquí también su huella en las almas de quienes estuvieron bajo su cura. «Dio algunas disposiciones —referentes al gobierno de la casa— brillando en todas ellas la discreción y rectitud más acrisoladas, cautivando, así, el corazón de sus súbditos por su bondad y caridad».

Al finalizar su período de gobierno presentó la renuncia al priorato que sólo había aceptado por obediencia. Libre del gobierno de monjes fue nombrado secretario del Abad Procurador de la Congregación Sublacense, enviado a América por la Santa Sede en una misión extraordinaria.

Ante la demanda del Prior del Pueyo, el p. Román Ríos, que solicitaba un monje de probada virtud para hacerse cargo de sus postulantes, el Abad de Montserrat envió al p. Raimundo para que asumiese este nuevo cargo. Y así lo vemos sumarse a la comunidad con la que compartirá la gloria del martirio y asumir la función por la que siempre será recordado: «para nosotros, hasta la última hora, fue un verdadero padre», dicen las reminiscencias de uno de los colegiales que compartió con él la prisión.

Ejerció con sus nuevos colegiales sus característicos dotes de formador, cimentando la vida religiosa de varias camadas de jóvenes que después serían monjes en Australia, Filipinas y en el mismo Pueyo. No pocos son los que testifican admirados la maravillosa fusión entre su espíritu de mortificación, su estricta observancia a la regla, su vigor para corregir abusos y yerros, y su caridad exquisita y cuidado casi maternal con que velaba por sus hijos. Su figura silenciosa velando el sueño de los colegiales, los rosarios que desgranaba descalzo por los corredores, la delicadeza de cubrir a los que se habían destapado durante la noche o cerrar los ventanales en las mañanas de verano para que el sol no despertase a los niños antes de tiempo, son sutiles pinceladas que dan brillo y hermosura a un alma grande y escondida tras los gestos de un austero benedictino.

A fines de marzo de 1936 se propagaron rumores que alertaron a los monjes. En miras a la seguridad de los más jóvenes, el p. Mauro Palazuelos envió a los colegiales, junto con su Prefecto, al Monasterio de monjas benedictinas de Lumbier, en Navarra. Luego de un tiempo prudente, pareció al p. Raimundo que los rumores eran sólo rumores y que sólo habían sido los truenos de una tormenta pasajera; el cielo parecía nuevamente despejado y a finales de junio decidió volver a Barbastro con los estudiantes.

Pero la calma fue sólo un pequeño respiro, ya que a poco tiempo del regreso, la oleada roja y negra lamía las laderas del Pueyo de donde fue imposible escapar una segunda vez. El p. Raimundo corrió en todo la misma suerte que su comunidad. Preso en el Colegio de los escolapios veló sin descanso sobre los colegiales que seguían bajo su cargo. «Jamás lo vimos amilanado ante la muerte segura que le esperaba; antes al contrario, sus continuos deseos

eran del martirio. Su única preocupación era la suerte que correríamos nosotros, después de fusilados los monjes. Esto se lo oí decir repetidas veces. Un día nos llegaron rumores que nos daban alguna esperanza de liberación; entonces lo oí decir: ¡Qué lástima perder esta ocasión de ser mártir!». Así lo recuerda Miguel Gil (el p. Plácido), que en esos días era un adolescente de quince años.

Y no es este último el único testimonio de sus ansias de martirio. En un tiempo en el que ser religioso era jugarse el pellejo, hizo esta confidencia a su hermano sacerdote, poco antes de morir: «Si cincuenta veces me viera en la necesidad de escoger estado, cincuenta veces escogería el estado religioso». Y el que fue a la muerte descalzo por elección propia y maniatado con el beato Aurelio Boix, respondió en otra ocasión a una de las monjas de Lumbier que le preguntó si tendría el valor para ser mártir: «A esto no sé responder, pero si llegara el momento, Dios me daría la gracia, y ¡qué dicha para mí morir por Cristo!».

Es una empresa verdaderamente osada tratar de condensar en una sola palabra el perfil de un religioso observante, mortificado, humilde y caritativo, enamorado del martirio y de su consagración religiosa, un alma de padre con entrañas de madre, la dulzura y la fuerza, el sacerdote y el servidor; tal vez sea posible hacerlo no en una pero en cuatro palabras... Raimundo Lladós Salud Mártir.

V. Beato Leandro Cuesta Andrés

Juan Cuesta Andrés era un austero burgalés, nacido en el pueblo de Rupelo el 30 de marzo de 1870, y en todo «recio, como sus estepas castellanas».

Sabemos los nombres de sus padres: Ezequiel Cuesta y Francisca Andrés; y que fue bautizado a dos días de nacer en su pueblo natal, donde ya crecido completó su iniciación cristiana; pero pocos datos más tenemos sobre su familia y sobre su niñez y juventud. Ninguno de los biógrafos de los mártires ha dilucidado este aspecto, que sería importante para comprender una personalidad imposible de encasillar en un tipo determinado.

Tampoco hay detalles sobre su vocación monástica ni de su llegada desde Castilla a la Abadía de Montserrat, donde realizó todos sus estudios sacerdotales. Sabemos que vistió el hábito en ese Monasterio el 16 de abril de 1886



cambiando su nombre de pila por el de Leandro, cuando contaba 16 años. Allí también profesó temporalmente el 31 de mayo de 1887 y de manera solemne el 8 de octubre de 1892.

Antes de ser ordenado sacerdote el 22 de diciembre de 1884, fue enviado a uno de los monasterios benedictinos de Galicia, el de San Julián de Samos, en Lugo, de donde luego pasó al Pueyo como monje afiliado, el año de 1906 y hasta la fecha de su entrega definitiva a Dios en el martirio.

El p. Benabarre, que lo conoció y vivió con él durante varios años en el Pueyo es quien señala su conducta como «variopinta», «una de esas personalidades que uno no llega

a comprender»: «El que un día aparecía extraordinariamente riguroso de palabra y de obra, al día siguiente dejaba ver la ternura de un corazón muy humano y de un alma dotada de alta sensibilidad caritativa. Quien rezaba bien y era asiduo al Oficio Divino, mostraba un carácter fuerte y explosivo». A partir de este testimonio se colige qué arduo fue el camino de la santidad para este áspero castellano que vio coronados, con la palma de la victoria, sus esfuerzos por vencer un temperamento seco y rudo por medio del trabajo en las virtudes, especialmente en la caridad, y la práctica inquebrantable de la oración y la devoción eucarística y mariana. Este contraste entre lo natural recibido y el fruto de su trabajo espiritual puede entenderse en este testimonio del p. Plácido Gil: «El p. Leandro era un hombre enjuto de carnes, duro, como sus estepas castellanas, de ojos picarescos y aire un tanto socarrón. Su actitud nos resultaba siempre muy grata».

No era un hombre de vocación intelectual aunque sí de una buena cultura. Dio clases de Solfeo, Latín y Castellano y fue durante algunos años rector del Colegio de los niños. En este oficio se desempeñaba como en toda su vida, estrictamente ante el desorden pero con paternidad exquisita de frente a la necesidad. Muchos de sus súbditos, por entonces pequeñitos, recordaban al par que sus castigos, a veces un poco duros, los pródigos cuidados que les prestaba por ejemplo en las enfermedades: «Cuando teníamos alguna fiebre, nos imponía dieta absoluta. Sin embargo, pasada la fiebre, él mismo nos preparaba platos succulentos para acelerar la recuperación»; «cuando el colegial Fortunato Pardo cogió el tifus, del cual murió, el p. Leandro lo cuidó amorosamente». Tenía también la costumbre simpática de no consumirse todo el postre en las comidas, para repartirlo oportunamente a sus colegiales.

En la comunidad desempeñó el oficio de enfermero, «de cuyo oficio no todos guardaban exquisitos recuerdos, pues no solía andar con remilgos». Pero son los mismos que dan testimonio de que no consentía a los enfermos, los que no pueden dejar de reconocer que su caridad con ellos era proverbial, pues jamás les hacía faltar su presencia y lo necesario para su mejoría y acudía a todos sin importarle la interrupción de su propio sueño. Probablemente haya influido en su modo de desempeñarse en este oficio el ser él mismo de salud débil, pues padeció siempre de los bronquios (y hubo de pasar temporadas en Valvanera por esta causa), y no por eso abandonar jamás la observancia de todo lo que estaba a su alcance, incluso con grandes esfuerzos.

El p. Román Ríos señala que la misma caridad que mostraba a los enfermos lo destacaba entre los pobres que acudían a pedir limosna al Monasterio.

Quizás su gran aporte comunitario —hablando en un plano más humano— sea el trabajo que realizó durante mucho tiempo en el colmenar del Monasterio, bien plantado en la falda del Monte de la Virgen. Los colegiales disfrutaban de ir con él a ver las abejas trabajar, y a muchos enseñó a amar la apicultura y fabricarse por propia cuenta su pequeña colmena. En una ocasión envió a los niños a la rebusca de las almendras y con la miel que había sacado preparó grandes cantidades de turrón, que deleitaron a todos, pero sobre todo a los pequeños. Dicen que había llegado a tanto su inmunidad a las picaduras que muchas veces trabajaba a cara y manos descubiertas.

Con el p. Ríos y también con el p. Palazuelos (con quien habrá tenido seguramente intercambio de conocimientos apícolas), ocupó un cargo muy importante y que

implica gran confianza de parte del Superior: el de decano de la comunidad; éste oficio lo retrata también como un monje de cierta autoridad moral respecto de sus hermanos.

No hay seguridades de que haya desempeñado el ministerio de la predicación. El p. Benabarre no lo recuerda pero se inclina por la negativa, ya que en su época de colegial, siendo el p. Leandro el rector del Colegio, no se encargaba directamente ni siquiera de darles las conferencias de religión y formación litúrgica. Lo que sí es seguro es que en ocasiones marchó a Burgos, su patria chica, para reclutar allí vocaciones para las misiones de Ultramar y para el propio Monasterio del Pueyo. Muchos de los niños que por su medio reconocieron el llamado de Dios a ser religiosos perseveraron luego hasta la muerte en su estado.

Su piedad era también reconocida, y hay un detalle conmovedor en él: gustaba de celebrar su Misa diaria en un altarcito que se ubicaba en el camarín de la Virgen, y esto lo hacía con verdadera unción. Quienes lo ayudaban en esas celebraciones lo atestiguan.

De los días aciagos de la persecución se recuerda que el p. Leandro, como algunos otros monjes y también los colegiales con su Prefecto, bajaban diariamente a «esconderse» en el monte desde la mañana hasta la hora de Vísperas. Algunos subían también a comer a mediodía. El p. Plácido Gil, por entonces pequeño de 15 años, recuerda esta anécdota que pinta al p. Leandro de cuerpo entero: «Debió de ser la mañana del 21 o al día siguiente (no lo puedo concretar), cuando los colegiales nos hallábamos en la ladera oeste del Monasterio, siempre más fresca y sombreada, junto a la “Balsa Redonda”. Era un paraje de grandes y tupidas encinas. De pronto vimos un hombre de as-

pecto mayor que se acercaba. Con su saco al hombro tenía aspecto de mendigo e iba tocado con boina vasca. ¿Sería un mendigo de los que frecuentaban el Monasterio? Para ellos había en el Monasterio un albergue y se les proporcionaba comida. Pero, ¡qué sorpresa! Se trataba del p. Leandro Cuesta, de 66 años, que desde el Mesón se dirigía al Monasterio. Para evitar peligros ocasionales se había disfrazado de mendigo, y el “personaje” le había sentado muy bien. Reímos mucho al darnos cuenta de quien se trataba, tanto que se acercó a nosotros y nos entretuvo un buen rato. Venía, dijo, del Mesón, y subía al Monasterio a comer.

– ¿No vais a subir vosotros a comer?

– Enseguida –le dijo el p. Prefecto.

– ¡Hay que estar fuertes y valientes!

Y cambió impresiones con el p. Prefecto, al que además tenía por confesor».

En otra ocasión en que narró esta historia, el propio p. Plácido acotaba al final: «A pesar de su edad, ya muy avanzada, y en momentos tan críticos, el p. Leandro conservaba su humor bueno y alegre de siempre».

Y esta es la realidad de este castellano de ley, religioso por amor de Dios y benedictino hasta la muerte. Que a pesar de un carácter algo recio supo vencerse a sí mismo, y hacerse dulce hasta para sus verdugos. Como señala alguien que vivió con él durante 10 años, «la realidad de sus virtudes contrastaba mucho con algunos defectos suyos externos, quizás más fácilmente apreciados. Porque por sobre todo era un religioso humilde, caritativo y obediente, y fiel, fiel hasta darlo todo».

Su muerte se produjo junto a la del grupo principal, en un recodo de la carretera que va de Barbastro a Berbegal, en la madrugada del 28 de agosto de 1936. Murió, como sus compañeros, perdonando y fue recibido en los brazos de Cristo, a quien tantas veces sostuvo con sus manos sacerdotales, y en los de la Santísima Virgen, cuya imagen veneró con tanta devoción en el Pueyo, su casa y la Casa de María.

VI. Beato Fernando Salinas Romeo

A algunos pocos kilómetros al noroeste de la altura del Pueyo, se encuentra enclavado el pueblo de Pozán de Vero, sobre una ladera al margen del río que le apellida. Allí nació el 31 de mayo de 1883 el niño Fernando Salinas Romeo, en el seno de una familia profundamente religiosa.

Aun hoy acuden cada año los vecinos de Pozán en romería al Pueyo, y su devoción es entrañable; y aun hoy los niños de este pueblo crecen con la silueta del Pueyo siempre a la vista, sabiendo que esa es Casa de su Madre, en dirección a la cual pueden volver su mirada ante cualquier necesidad y peligro. Fernando Salinas fue, de todos los monjes elegidos por Dios para ser testigos del amor más grande, el que nació y se crió más cerca del Pueyo, casi a su sombra, como predestinado a morir allí en toda una vida monástica y a vivir allí para siempre, tras su muerte a manos de los enemigos de la fe.

Su padre desempeñaba el oficio de sastre. Tuvo Fernando dos hermanas y un hermano, el cual también abrazó la vida religiosa y sacerdotal en la Orden de San Benito. Este hermano suyo, menor que él, llamado Raimundo, fue Superior de la misión benedictina en Australia y más ade-

lante primer Abad de la misión de Filipinas, cargo al que renunció después de ingentes trabajos, para retirarse a morir al Pueyo pasada la época de la persecución religiosa. Dos sobrinos del beato Fernando abrazaron también la vida benedictina: Rosendo, que murió joven, y María Teresa.

El año 1889, siendo todavía un niño, ha de haber visto Fernando, junto con su hermano, a los primeros monjes «negros» que llegaron a revitalizar el Santuario de su querencia. Y Dios tocó ese corazón inocente y lo reclamó para sí. Pero el Pueyo en cuanto cenobio estaba haciéndose y no contaba todavía con Colegio, por lo cual hubo de marchar a cumplir su vocación a Montserrat, donde vistió el santo hábito de los benedictinos el día 20 de agosto de 1899. Sus votos simples los emitió allí mismo el 1 de septiembre de 1900 y los solemnes, para Montserrat, el 3 de mayo de 1906.

El 17 de septiembre de 1909, en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced de la ciudad de Vic, recibió de manos del gran Obispo d. José Torras y Bages, la ordenación sacerdotal, después de la cual fue afiliado al Pueyo, a donde se trasladó y fue estable hasta su martirio.

En su vida religiosa fue recordado siempre como un monje de finísima observancia, entre otros por quien fue su Superior, el p. Román Ríos. De hecho, desempeñó en el Pueyo dos oficios que San Benito indica le sean confiados a monjes solícitos en el cumplimiento fiel de su deber monástico: fue campanero y portero.

Según todos los testimonios esta observancia exacta de su vida religiosa estaba fundada en un sincero amor al Pueyo y a la orden benedictina. El p. Alejandro Pérez dice

de él que «era un monje puntualísimo a los actos corales y amante con locura de su Monasterio del Pueyo».

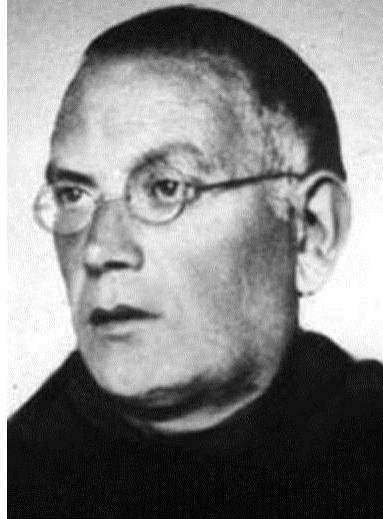
Este amor lo manifestó también en el ejercicio de la investigación y el estudio, que constituían para él una auténtica pasión. Desempeñó con prestancia el oficio de bibliotecario, adquiriendo profundo conocimiento sobre todo de los fondos de la historia de Aragón y de la Orden benedictina en España, según atestigua el p. Benabarre. Su labor intelectual era infatigable, y si no publicó demasiado fue porque jamás se dedicó a pulir su estilo, «seco y desaliñado en la presentación de datos y estadísticas». Se conservan de él diversos manuscritos, casi todos de «letra menudísima y apretada», entre los cuales una *Vida de San Poncio*, premiada en un concurso literario en Lérida el año 1933. En el *Boletín de Información benedictina*, preparado por los monjes podienses durante algunos años, hay varias reseñas a libros con sus iniciales «F. S.» y un artículo firmado sobre «El Real Monasterio de San Pelayo de Oviedo».

También fue profesor de Historia Universal y de España, en el Colegio de los niños.

Y en un detalle más mostró cuánto quería a su Monasterio. «Con el mismo empeño y cariño afanábase en la búsqueda del elemento tan necesario en el Pueyo: el agua; poniendo su esfuerzo personal en los sondeos que a este fin se llevaron a cabo». El p. Benabarre asegura que hasta se creyó con facultades de zahorí. Otros monjes lo ayudaron a cavar pozos en los que el agua apareció en cantidades muy módicas e insuficientes. «Como para probar su fe en sus habilidades o en su testarudez baturra, él solo siguió haciendo pozos en sus horas libres. Para eso le bastaban un pico, una pala, una escalera larga y unos sacos para ir subiéndolo a la superficie la tierra removida».

Por algunos testimonios podemos entender que el p. Fernando Salinas fue madurando su disposición martirial durante los días en que arreciaron las dificultades, sin por eso perder jamás su entereza.

Cuenta su sobrina que el 16 de julio fue a su pueblo a celebrar solemnemente la fiesta de la Virgen del Carmen, junto con otros monjes. Se habló luego de la situación difícil que se vivía en España y de los peligros concretos que ya existían para todo el que habitase una casa religiosa. Luego de la conversación todos los monjes volvieron al Pueyo.



El día 22, poco antes de ser conducida la comunidad a prisión, marchó nuevamente hacia su pueblo, Pozán, vestido con su hábito monástico. La situación había empeorado radicalmente y fue prevenido en el camino por un vecino de otro pueblo más cercano al Pueyo, Castellazuelo, que le persuadió de volver para no encontrar la muerte antes de llegar a casa, de parte de alguno de los muchos piquetes de vigilancia, que ya se multiplicaban por las carreteras. Se unió entonces al resto de los monjes, que ya habían sido bajados al Mesón, y allí cambió su hábito por un traje seglar.

Ya en el Colegio-cárcel de Barbastro, el p. Salinas padeció su temperamento melancólico, y por eso algunos dicen haberlo visto en parte triste y poco entusiasmado con

la ocasión de dar el testimonio entero. El p. Alejandro Pérez asegura, después de sopesar las declaraciones de varios testigos, que esta aparente tristeza más correspondía al modo externo de manifestar la natural preocupación que todos los presos tenían en la antesala de la muerte. Lo atribuye a una cuestión temperamental y del ambiente carcelario.

La prueba de no haber sido su taciturnidad el fruto de una tristeza profunda, o del corazón, se halla en la fidelidad con que se mantuvo hasta morir, y en otros detalles, por ejemplo, el de escribir un diario comunitario de aquellos días de cautiverio, hoy lamentablemente perdido. Jamás perdió la paz de su alma y la decisión de su voluntad. Dice así el p. Alejandro Pérez: «El p. Salinas era de natural sumamente tranquilo, callado y casi reservado. Ahora bien, esta clase de temperamentos suele ser psicológicamente la más combatida en las duras pruebas, precisamente porque los de esta índole “rumian” y reconcentran más los sentimientos».

El p. Salinas quizás no expresó su voluntad martirial con grandes gritos, como hicieron otros monjes del Pueyo, pero sí lo hizo con la serenidad de quien, a ejemplo de Cristo, «como cordero llevado al matadero y como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca» (*Is* 53, 7).

VII. Beato Domingo Caballé Bru

La antigua Hispania tarraconense que recibió la semilla de la fe por la predicación ardiente de San Pablo y le dio crecimiento regándola con la sangre de los protomártires españoles, renace de sus raíces y presenta ante el mundo nuevos predicadores y mártires.

En Villalba de los Arcos, pequeño pueblo de la provincia de Tarragona, nace el 25 de mayo de 1883 Jaime Caballé Bru, más tarde Domingo, fiel hijo de esta tierra, valiente heraldo del Evangelio, que certificará con su sangre la veracidad de su palabra.

Nacido de un matrimonio de piedad altamente cristiana, Jaime recibió el bautismo a los dos días de su nacimiento. Sus padres, sencillos comerciantes, supieron transmitir la fe a sus hijos y así tenemos que tres de los cinco hijos seguirán al Señor en la vida consagrada, siendo dos de ellos, Jaime y su hermano José, mártires de Cristo Rey.

De lo poco que se conoce de su niñez, podemos dar un par de pinceladas sobre el carácter del futuro p. Domingo, tranquilo, pero alegre y jovial, y siempre enemigo de pendencias y discusiones, dispuesto a ceder una y mil veces para darle el gusto a los demás en los juegos y conversaciones. Su alma no se dejará aferrar por esas pequeñeces, que atan y paralizan, sino que siempre volará a ideales más altos. Formado cristianamente en su hogar, pronto sería atraído por Dios, que se prenda de las almas puras infantiles, y por eso el pequeño Jaime gustaba mucho de ser monaguillo en su pueblo, prestando gran atención a todas las ceremonias del Altar.

Cuando manifestó su intención de consagrarse a Dios nadie se vio sorprendido. El ambiente cristiano en su hogar, el trato frecuente y cordial con el párroco, ayudaron a que Jaime aprendiera a escuchar la voz de Dios y respondiera sin demora al llamado. Luego de un intento fallido de ingresar en la Orden Franciscana, Jaime acudió a los pies de la patrona de Catalunya, y ofreció su vida a Nuestra Señora de Montserrat para servirla en los claustros secula-

res de estos hijos de San Benito. Con tan sólo 15 años de edad, ingresó en el Colegio monástico de esta Abadía, donde sin descollar, mostró ser muy aplicado y de una conducta en todo impecable.

En 1900 hace su Noviciado en esta misma casa. Mu-riendo para siempre al mundo y queriendo vivir sólo para Dios viste el hábito monástico el 7 de octubre y comienza a llamarse Domingo, nombre religioso, dejando atrás Jaime, su nombre de bautismo; y es que ahora pertenece al Señor con nuevo título. En 1901, el 9 de noviembre, asume sus primeros compromisos con Dios en su Profesión de votos temporales, y al cabo de años de maduración, el 10 de febrero de 1908, promete al Señor vivir para siempre casto, pobre y obediente como hijo de San Benito.

Todos sus estudios eclesiásticos los realiza en Montse-rrat, y lamentablemente no queda noticia alguna de su desempeño. Pero por los frutos se conoce el árbol: la elab-oración de las ideas y la facilidad en esgrimir la pluma,



que se pueden observar en los sermones que gracias a Dios se han conservado, hacen suponer un buen aprovechamiento de los años de formación. Una in-teligencia despierta y una voluntad ordenada y apli-cada fueron su secreto para llegar a ser un monje culto.

Las santas ilusiones de aquel niño que gustaba de ayudar en la Misa de su pueblo, se volvieron reali-

dad el 12 de marzo de 1910, cuando Domingo recibió la ordenación sacerdotal. Ya revestido de los poderes de Cristo, sirvió al Señor en diversas tareas y lugares en el mundo, pero siempre y en todas partes se recuerdan de él dos cosas principales: la gran dignidad y devoción con que celebraba el sacrificio de Cristo en los altares, y su ardorosa predicación, esgrimiendo muy hábilmente la espada de la Palabra de Dios. Su hermana, sor Filomena, monja concepcionista franciscana en Tortosa, contaba que cuando Domingo le escribía una carta, ella la leía en público en su comunidad, edificando a todas las religiosas por el tenor espiritual de esas letras.

Hijo de la España evangelizadora de los confines del orbe, Domingo fue arrebatado de los claustros montserratenses y destinado a la misión en Filipinas. Un emocionante viaje en barco, del cual dejó una extensa y entretenida relación, lo deposita en Manila, para que se incorpore al Monasterio benedictino que tenía a cargo la atención del Colegio San Beda. Apenas llegar ya comenzó con clases, predicaciones, Misas en conventos de monjas, en hospitales, y casi todos los días se celebra alguna fiesta, a la que siempre se invita a los padres. Esto hará que el p. Domingo, con cierta ironía, confiese que llevaba una vida muy distinta de la de Montserrat.

Años muy fecundos en el ministerio sacerdotal de este monje, que con naturalidad vivía heroicamente la fidelidad de cada día. Domingo fue siempre de un carácter tranquilo, pero muy agradable. Aparentaba a primera vista seriedad, pero su jovialidad y su alegría eran fáciles de descubrir. Siempre franco, siempre abierto, incapaz de enemistarse con nadie, ni de guardar sombra de rencores, buen hijo del Padre Celestial. Su generosidad y su gran energía moral salían a relucir cuando se le encargaban tareas de

mucha responsabilidad: un talento agudo, gran capacidad de trabajo sin descanso, buenas y oportunas iniciativas y una valentía heroica que lo empujaba a lo más perfecto. Sabía ponerse a tono con las situaciones. Sirvió en su comunidad como mayordomo, y tuvo una destacada colaboración en la planificación y construcción del nuevo Colegio San Beda en Manila.

En 1928 ya lo tenemos nuevamente en su patria, pero no volvió a Montserrat, sino que se incorporó por un par de años al Monasterio de Nuestra Señora del Miracle, en Lérida, y luego pasó temporalmente al Monasterio del Pueyo en 1932, última escala en su peregrinar a la gloria celeste.

Sin sobresalir especialmente en alguna virtud singular, el p. Domingo aportaba mucho a la comunidad, siguiendo con docilidad y naturalidad todas las actividades de la vida monástica. Servicial y caritativo, por carácter jovial, siempre amenizaba los paseos de los monjes, y si alguien se cruzaba con él, una franca sonrisa agradecía el encuentro. Colaboró con las predicaciones en los pueblos, sobre todo en Cuaresma, Semana Santa y tiempo Pascual y asumió el cargo de profesor de los teólogos en las cátedras de Historia de la Iglesia y Teología Moral. Como buen monje benedictino, era entrañable su amor a la Misa y al Oficio Divino, al que llegaba escrupulosamente puntual. Cada día nutría su alma con el sólido alimento de la Palabra de Dios, para luego repartirlo a todo quien lo necesitase.

Su pluma no descansó en esta Casa de María, y de esos pocos años nos ha legado gran cantidad de escritos: sermones, ensayos, predicaciones de Ejercicios Espirituales, poesías y programas de clase, tanto en castellano como en catalán y en latín.

Así caminaba el p. Domingo paso a paso hacia la gloria en el martirio cotidiano, cuando el Señor dispuso se apurase la marcha, y este monje, dócil al Espíritu Santo, se dejó llevar. En los días previos al prendimiento de la comunidad, el p. Domingo solía permanecer en los bosques aledaños al Monasterio, acompañado de colegiales y juniors, llegando a dormir alguna noche al sereno. No mostró ningún signo de alteración o impaciencia cuando el día 22 de julio se presentó el colegial Miguel Gil en el bosque para avisarles que debían dirigirse a la carretera, a la casilla de los camineros, donde el p. Prior los esperaba junto a unos milicianos. La hora había llegado. Sin oponer ninguna resistencia, como manso cordero, fue detenido y encarcelado con su comunidad. Al tomarle declaración se le preguntó su nombre, y viendo él que el escribiente era catalán, tal vez creyendo que podía favorecerlo, o quizá movido por el santo orgullo de ser hijo de la Catalunya católica, se presentó: «*Domènec Caballé, sóc català*».

Este monje sacerdote, que cada día con gran unción y dignidad ofrecía al Padre el sacrificio de Cristo, poniendo también su vida en la patena, del mismo modo, con la frente alta y una sonrisa serena marchó en las primeras horas de la madrugada del 28 de agosto a consumir su entrega, para ser derramado como libación agradable a Dios. Las balas callaron la voz de su predicación, pero lanzaron al viento su mejor sermón: su martirio, dar su vida por Cristo Rey.

VIII. Beato Santiago Pardo López

Bajo la estrella del gran patrono de las Españas, Santiago Apóstol, caballero de Cristo y ayudador de cristianos, y en las tierras del Cid Campeador, nacía en Palacios de Benaber, provincia de Burgos, el 25 de julio de 1881, Santiago Pardo López. No le cupo en suerte luchar en la Reconquista ni blandir las armas, sino ofrecer su oración y su sangre para conservar la fe de su patria, ante los ataques extranjeros de los enemigos de Cristo Rey y la España Católica.

Nacido en una familia de condición pobre, recibió de sus padres la fe vivida en profundidad. El mismo día de su nacimiento terrenal, fue purificada su alma por el bautismo, recibiendo la vida divina y comenzando a ser hijo de Dios y ciudadano del cielo. No extraña que dos vástagos de esta casa se consagraran a Dios en las filas de los hijos de San Benito, al amparo de la Moreneta de Montserrat. Primero marchó Gorgonio, el hermano mayor, y varios años después lo siguió Santiago, quien debe haber ingresado a cursar las humanidades en 1893. Fue poco lo que compartieron porque una muerte prematura se llevó a Gorgonio en 1899, poco tiempo después de haber sido ordenado sacerdote. La soledad monástica presentaba su crudeza.

Santiago realizó toda su formación en la Abadía catalana, llevando un tenor de vida admirable. Ingresó al Noviciado y vistió el negro hábito benedictino el 15 de septiembre de 1897, sin cambiar de nombre. Sus primeros votos simples, esa entrega total, pero por el momento temporal, la realizó el 18 de octubre de 1898, profesando para Montserrat. En 1903, el 5 de agosto, eternizaría su decisión de no anteponer nada a Cristo y de vivir los consejos

evangélicos según la Regla de San Benito haciendo la Profesión solemne.

Sin poseer grandes dotes intelectuales, supo complementarlos con una gran fuerza de voluntad, y de este modo avanzó con la mirada fija en la meta: buscar y servir a Dios en cada cosa.

Más allá de su rendimiento académico, Santiago fue siempre ejemplar en la virtud. Perfilándose como misionero para Filipinas, desarrolló todos sus estudios eclesiásticos en el



Colegio de Ultramar, localizado en Can Castells, en la falda de la Montaña Santa. En 1905, residiendo ya en la Abadía de Montserrat, recibió las órdenes menores y el diaconado, y finalmente, el 9 de junio de 1906 fue ordenado sacerdote de Jesucristo.

Respirándose aún el perfume del santo crisma que ungió sus manos, y conmovido todavía por la ordenación, este neo sacerdote, monje misionero, emprendió sin demora su partida para Filipinas. Con el dolor de no poder despedirse de su madre, aceptado con viril entereza, el 24 de junio lo tenemos a bordo de un vapor, que un mes después, en el día de su nacimiento y onomástico, lo dejará sembrado en Manila para que empiece a dar frutos de santidad.

Y no tardará nada en empezar a desplegar una titánica labor evangelizadora, centrada principalmente en el Colegio San Beda, donde por 19 años enseñó varias asignatu-

ras, siendo su preferida Química. Su entusiasmo contagioso por esta ciencia consiguió la ampliación y mejora de los laboratorios de química, física y biología. Pero no agotó aquí sus energías, que eran notables, sino que también colaboró con la preparación de las obras teatrales en el Colegio y con la publicación de la revista *ECOS de la congregación del Niño Jesús de Praga y del Colegio San Beda*, en la que se conservan numerosas recensiones salidas de su pluma. Aunque el Colegio acaparaba gran parte de su tiempo, su espíritu se mantenía ordenado; sabía frenar, recogerse en el silencio de su celda, asistir al coro, saborear las sagradas letras, llenar sus pulmones de Dios y luego volcarse a nuevas tareas con una finalidad bien clara: la gloria de Dios y la salvación de las almas.

De las notas de un diario que llevaba se puede sacar en limpio que ocupaba su tiempo en Misas cantadas, fuera y dentro de la casa, confesiones a los estudiantes, predicaciones de novenas, procesiones, funerales, fiestas cívicas y en las clases de su querido Colegio. Durante algunos años sirvió en su comunidad como sacristán de la casa, destacándose por su sentido de lo sagrado.

La misión benedictina de Manila, a pesar de su dificultad y de haber requerido de sus fuerzas juveniles, no disminuyó en nada su entusiasmo por la vida monástica, por el contrario, le proporcionó experiencia valiosísima en el arte de guiar almas y perseverancia en la fiel observancia de su consagración. Fortalecido por esos años al servicio de Dios, en 1925 Santiago regresa a España y emprende una nueva aventura, transfiriendo su voto de estabilidad al Monasterio del Pueyo de Barbastro, «do' reina María». Echará raíces y permanecerá en esta comunidad hasta que la mano roja la descuaje toda trasplantándola Dios a la gloria.

De poco sirve esbozar en papel un perfil de la riquísima personalidad del p. Santiago, que si en lo físico era buen mozo, en lo espiritual era un gigante. La primera palabra que evoca su recuerdo en esta casa es *bondad*. Su caridad para con todos lo convirtió en el paño de lágrimas de los miembros de su comunidad, pues siempre estaba dispuesto a escuchar a quien lo necesitase, siempre dispuesto a consolar. Fue un gran confesor, muy solicitado por los monjes, que acudían a él con gran confianza en cualquier momento del día. Vivía sus prácticas de piedad de un modo muy natural, sin ningún tipo de afectación, ni disimulando ni ostentando. Más de una vez se lo veía pasearse desgranando el Rosario en interminables coloquios con su Madre celestial. Nadie recuerda haberlo visto enfadado ni malhumorado, más bien se conserva en la memoria la delicadeza de su trato.

Siempre de buen humor, siempre servicial, era pionero para emprender todo tipo de trabajos, arrimando el hombro a donde era necesario. Su espíritu sencillo, servicial y dócil llevó a que los Superiores depositaran en él gran confianza y le encargasen tareas delicadas. Fue maestro de ceremonias por muchos años, cuidando con primor el esplendor de la liturgia, a la que amaba sinceramente. El Prior Román Ríos declaraba que el p. Santiago, si estaba en el Monasterio, durante su priorato no faltó nunca al coro, yendo más de una vez enfermo o afiebrado, dando precioso ejemplo a los estudiantes. Todas las grandes ceremonias eran orquestadas por su mano. Recordaba el canónigo d. José Grau Barón, que el 11 de julio de 1936 había asistido junto al Sr. Obispo a la Profesión solemne del joven Aurelio Boix, y decía al respecto con emoción: «a los dos nos impresionó mucho el rito aquel monástico tan entrañable y magnífico». ¡Valga este reconocimiento a la labor

escondida del p. Santiago, que goza ya del premio de la angelical liturgia celeste!

Cuando en 1929 el Monasterio del Pueyo tuvo su Noviciado propio, el p. Santiago fue elegido para Maestro de novicios, cargo que aceptó con pesar, por no creerse capacitado para ese oficio, especialmente por su carácter blando y su meticulosa simplicidad en la interpretación de la letra. Fue la obediencia la razón final de que desempeñara este oficio hasta el año de su muerte, enseñando más con su ejemplo y bondad que con las palabras. Con gran humildad decía en cierta ocasión: «Ya tengo dicho al p. Prior que no valgo para este cargo, pero como la obediencia me dice que siga, seguiremos adelante hasta que tengan a bien relevarnos». ¡No cabe mayor sumisión a la voluntad de Dios, aunque repugnara a la suya! Y como el que obedece no se equivoca, el p. Santiago supo inculcar en esos jóvenes el deseo de darse totalmente a Dios, y tuvo la gracia de compartir el martirio con el primer novicio formado por su mano, el magnánimo Aurelio Boix.

También fue Prefecto de juniors, encargado de la ropería, sacristán y como si fuera poco, tuvo a cargo la cátedra de Física y Ciencias naturales.

Sin duda, que el p. Santiago daba el tipo para el cargo de hospederero externo de la comunidad según el espíritu de San Benito, bondadoso, caritativo, servicial y de vida monástica ejemplar, y por eso también sirvió en este oficio. Y la Providencia dispuso que fuese él quien recibiese la noticia del alzamiento en el norte de África del 18 de julio, por medio de unos huéspedes que veraneaban en el Monasterio y que poseían un aparato de radio. Al instante puso al tanto a la comunidad conservando en todo momento su habitual serenidad.

El p. Santiago, en palabras del p. Ríos, fue el benedictino edificante que, «con humildad, nada hace sino lo que persuade la regla común del Monasterio». Y así, aunque no era parte de la Regla, se mantuvo junto a sus hermanos cuando los revolucionarios los detuvieron y compartió la suerte de la comunidad en todo. En el Colegio-prisión, donde nuestros monjes formaban una sola familia con los escolapios, Mons. Florentino Asensio y otros clérigos, tal vez por encargo del p. Mauro y también por contentar su espíritu servicial, el p. Santiago asumió el papel de mayordomo, ayudando a distribuir las comidas y a organizar la limpieza de la habitación. Ciertamente que este modo tan natural de vivir en una situación tan crítica, es signo de una virtud trabajada y adquirida, apoyada en la auténtica caridad evangélica que sabe olvidarse de sí mismo para asistir al prójimo. Por eso no extraña la categórica afirmación de quien lo conoció y trató íntimamente varios años, el p. Román Ríos, que es la mejor alabanza que de nuestro héroe se dijo: «En su diario vivir monástico el p. Pardo estaba alcanzando la santidad en grado heroico, cuando le vino la muerte».

El fruto ya estaba maduro y Nuestro Señor mandó a sus ángeles a recogerlo, pues lo quiso para sí eternamente. En el camino de Berbegal, cerca de las dos de la mañana del 28 de agosto, el p. Santiago Pardo López ofrecía su pecho a las balas y su alma a Dios y a su Madre Purísima. Y se despedía de este mundo cantando quien se incorporaba así en los coros celestes, para entonar eternamente las alabanzas divinas.

Tiempo después, en el pueblo donde nació nuestro beato, en un folleto titulado *Homenaje del Ayuntamiento y pueblo de Benaber (Burgos) a sus hijos más ilustres* se leía de él: «Poco antes del Alzamiento Nacional se encontraba de

párroco interino en Las Celadas (o Lascellas). Le aconsejaron los concejales que desistiese de volver a su Monasterio, tal como estaban las cosas. El p. Santiago respondió que quería compartir con su familia monástica la suerte que la Divina Providencia les tuviera deparada. El 28 de agosto de 1936, al son de cánticos alegres y plegarias, juntamente con sus hermanos de religión, entregaba gloriosamente su vida al Señor a manos de los rojos».

IX. Beato Ildefonso Fernández Muñiz

De la invicta tierra asturiana, último bastión de la resistencia cristiana y principio de la Reconquista, donde nunca flameó la bandera infiel, surge en el silencio y la sencillez un nuevo campeón de nuestra fe, fiel soldado de Cristo Rey. En el seno de una devotísima familia, nació en Muros de Nalón, provincia de Oviedo, el pequeño Julio Fernández Muñiz, el 24 de junio de 1897. Siguiendo la buena costumbre cristiana, sus padres, Maximino y Joaquina, lo llevaron a bautizar a la parroquia del pueblo el día siguiente a su nacimiento, haciendo de su vástago un nuevo hijo de Dios.

Los datos escasos que no han llegado de su infancia, nos la muestran marcada por la desgracia y el dolor, vivida en verdadera paciencia y abnegación cristiana. Quedó huérfano de madre al año de nacido, siendo acogido con exquisita caridad por sus abuelos paternos. Fue su abuela una mujer de Dios, que sembró en esta alma cándida semillas de cielo, enseñándole al pequeño sus primeras oraciones e inculcándole un gran amor a Dios y a la Virgen María, su Madre celestial. Tal vez por este precoz sufrir, Julio fue un niño raquítico y retrasado en todo, que tardó años en aprender a hablar y caminar. La dedicación de su abue-

lo, que siendo carpintero le hizo unas muletas, y la continua estimulación lograron que al cumplir 5 años superase esos retrasos. Fue su abuela quien le enseñó sus primeras letras y lo adoctrinó en las enseñanzas cristianas. Julio crecía fuerte y sano, pero siempre bajo la sombra de la Cruz; una imprudencia de un hermano suyo le costó una grave quemadura en el vientre, que lo tuvo en curaciones largo tiempo. El pequeño siempre dócil y atento a las palabras de su abuela, escuchaba atentamente cuando ésta, mientras efectuaba las dolorosas curas, le hablaba de la Pasión del Señor, y con ese heroísmo puro de las almas inocentes, Julio se unía a los dolores redentores de su mejor amigo, Jesucristo. Este contacto temprano con la cruz dará reciedumbre al alma sensible de Julio, preparándolo para el duro final de su vida.

A los 8 años, de mano de su abuela, se dispuso para hacer su primera comunión, y luego de un estudio esmerado del catecismo, que siempre se supo de memoria, y de lavar reiteradas veces su alma en el sacramento de la penitencia, pues ningún cuidado le parecía demasiado, recibió en su pecho al sagrado Huésped de la Hostia. ¡Qué hermosa relación de amistad comenzaba entre Julio y la Sagrada Eucaristía, viviendo cada uno para el cuidado del otro! Para estar cerca de Jesús Hostia, Julio se hizo amigo del sacristán pretendiendo que lo dejase ser monaguillo, y hasta llegó a ahorrar y darle dinero para ser admitido a tal puesto de honor.

Su piedad infantil se vio favorecida por el providencial traslado, junto a una tía, al pueblo de Los Cabos, donde ingresó en el Colegio que tenían allí los padres benedictinos. No tardaron los monjes en cobrarle gran cariño por lo cándida, sencilla y dócil que era su alma. Se adaptó sin problemas al nuevo Colegio y prontamente se granjeó el



cariño de sus compañeros por su carácter afable y jovial. En los recreos se entretiene en juegos con sus compañeros, pero tiene otros anhelos secretos que engolfaban más su alma:

«Si tuviera las vestiduras adecuadas, predicaría desde el balcón de mi casa» —le confesaba el pequeño Julio a un padre benedictino.

Siguiendo el juego, el p. Anselmo le hizo unos ornamentos de papel y le armaba los guiones de los sermones, para que el niño predicador encantara a la gente sencilla del pueblo con sus palabras piadosas. La otra ilusión de Julio es ayudar en las Misas como monaguillo, cosa que hará con frecuencia, pero sin tener que dar dineros a los monjes.

En este ámbito de oración, estudio y trabajo fue madurando su deseo de consagrarse a Dios en los claustros, hasta que lo expresó con decisión a los padres benedictinos, pidiendo ser admitido en el estudio de las Humanidades. En ese mismo Colegio de Los Cabos cursó algún año y luego pasó a la que sería su casa monástica, su comunidad, su Monasterio del Pueyo, que hacía muy poco había comenzado a admitir colegiales. Tal vez Julio sea del primer grupo que estudió en el Pueyo, allá por el 1910. En 1913 pasó a Montserrat para iniciar su Noviciado, y continuar allí su escuela de servicio divino. Tuvo como maestro de novicios al p. Raimundo Lladós Salud, compañero en el

martirio. El 3 de agosto de ese año recibe el hábito monástico que lo distingue como hijo de San Benito. El joven Julio, fidelísimo hijo de María, adopta para sí el nombre del insigne toledano defensor de la Virgen Madre, el gran Ildefonso. En esta Abadía montserratense, Casa de la Virgen Morena, el novel monje Ildefonso hace su primera Profesión y toda su formación eclesiástica, pero siempre manteniendo su filiación con el Monte Santo de Barbastro, el Pueyo de María. En 1918 se entrega para siempre a Dios como monje benedictino haciendo su solemne Profesión de votos. Tan enamorado estaba de su Orden, que preguntado antes de profesar si no prefería ser sacerdote secular, respondió con firmeza: «O benedictino, o nada».

La ordenación sacerdotal la recibió el 12 de marzo de 1921 y cantó su primera Misa en el Monasterio de Los Cabos, cuna de su vocación, el 5 de abril de ese año. Ya no volvió a Montserrat sino que inmediatamente se trasladó a su Monasterio del Pueyo, donde servirá incansablemente a Dios hasta que por Él sea dispensado y pase a gozar del banquete eterno.

En esta Casa de María, el p. Ildefonso llegó a ser un gran sostén de la comunidad, no por sus grandes dotes intelectuales, sino por su terca decisión de vivir alegre, con verdadera alegría sobrenatural. Era muy edificante su conversación graciosa y brillante, que alegraba los recreos comunitarios, y que hacía notable su ausencia. Muy buen compañero de todos los monjes, algunos decían que Ildefonso era un niño grande, aludiendo a su carácter simple y juguetón. Más de una vez cargó sobre sí las bromas de la comunidad en pos de amenizar el rato. De un temperamento sensible, muy jovial, con una sonrisa permanentemente pintada en el rostro, era un monje muy agradable y querido por todos.

Entre los cargos en los que sirvió a su comunidad destaca el oficio de sacristán, que ejerció durante toda su vida en este Monasterio, señal de que realizó una buena labor. Poco tiempo antes de su muerte tuvo el honor de suceder al monje encargado de cambiar los mantos a Nuestra Señora. ¡Ahora era él quien arropaba a esta Madre que tanta veces lo había cobijado! El empeño de su voluntad lo hizo superarse día a día, asumiendo responsabilidades que a primera vista le quedaban grandes. Por su constancia en el estudio llegó a dominar el griego bíblico y la lengua latina, siendo por esto designado como profesor de estas asignaturas, dejando gratísimos recuerdos en sus alumnos. Sin ser un genio musical, el p. Ildefonso, bajo de estatura, corto de brazos y piernas, llegó a dominar la técnica en la ejecución del armonio, con el que solemnizaba los actos litúrgicos. Participaba también en la pequeña orquesta del Monasterio. Se entregó con magnanimidad al servicio de Dios en esta casa de San Benito, llegando a ser recordado como un trabajador incansable.

Destacada tarea le encomendó la Providencia al desatarse el vendaval de la persecución religiosa. Cuando la comunidad es detenida pasadas las 17 horas del día 22 de julio de 1936. Mientras los monjes se preparaban buscando ropa y pertenencias para marchar detenidos, el p. Ildefonso, el solícito sacristán de la Casa de María, se dirigió a la iglesia y tomó consigo el Santísimo Sacramento, poniéndolo a salvo de una segura profanación roja. No se sabe si él mismo consumió las formas o si las llevó consigo y se consumieron en el Mesón al día siguiente. De cualquier forma ¡qué misión tan preciosa le cupo, defender al indefenso Cristo que en la Hostia se disponía nuevamente a ser vituperado!

En todo el tiempo de cautiverio estuvo unido y sostenido por la comunidad, ya que su carácter bondadoso en extremo lo hacía muy vulnerable, y por eso recuerda Miguel Gil que en él se notó cierta tristeza por tan injusta y cruel situación. Pero esto no amedrentó su voluntad que pudo sobreponerse y aportar su sonrisa contagiosa. El p. Ildefonso era un alma cándida y habitualmente alegre, entregada al prójimo y olvidada de sí. Al enterarse que los misioneros habían aportado un dinero a los escolapios para solventar los gastos en la prisión, con inocente preocupación preguntó al p. Prior: «¿cómo les vamos a pagar nosotros si no tenemos nada?», recibiendo las palabras aplacadoras de su padre: «No se preocupe, ahora no es tiempo de pensar en eso». Esta simple anécdota es sólo un pálido reflejo de la pura bondad de este monje.

Si algo de tristeza opacó su cautiverio, la madrugada del 28 de agosto el Espíritu Santo arremetió con su alma y una vibrante emoción lo embargó en la suprema hora, pues son numerosos los testigos que lo recuerdan lanzando a los aires tremendos vítores a su Rey y a su Madre. Su figura inconfundible, baja estatura y cabeza calva, fue distinguida claramente por los testigos de aquellos minutos tan fervorosos sobre el camión, en la bajada del Rollo y la parada en el Coso, en que los milicianos pretendían callar a puro golpe de fusil estas manifestaciones de fe. Es seguro que el p. Ildefonso recibió un fuerte golpe en la cabeza, como respuesta a sus aún más potentes gritos de alabanza a Cristo. Se duda si los milicianos acabaron con su vida allí mismo en el camión, abriéndole la cabeza a culatazos, o si fueron las descargas de fusil junto a la carretera a Berbegal las que soltaron las amarras de su alma para que volara a la gloria. De todos modos, es seguro que las últimas palabras que se le escucharon, cargadas de santo entusiasmo y de

esa alegría suya tan contagiosa fueron un claro y sonoro: «¡Viva Cristo Rey!».

X. Beato Anselmo Palau Sin

De la recia tierra aragonesa, pionera del monacato español y cuna de conquistadores y reyes, se alza la figura enorme de este mártir para sumar a su historia una nueva gloria. El histórico pueblo de Torres del Obispo, en la provincia de Huesca, será la patria chica de Mariano Palau Sin, quien vino a este mundo el 10 de agosto de 1902, cobijado en el seno de una familia numerosa y profundamente cristiana, cimentada en la fe y el amor de Francisco Palau Boix y Ramona Sin Blanc. Cuatro de los diez frutos de este matrimonio fueron arrebatados al cielo en temprana edad, pero el resto crecieron sanos y muy robustos, para servir a Dios y darle gloria inmortal.

El cálido clima de fe y piedad del hogar no tardó en fecundar la semilla de vocación que Dios había sembrado en esta alma generosa y pura, y a la sombra de la Madre de Dios invocada cada día en el Rosario, maduró la decisión. Mariané, como lo llamaban en casa, desde pequeño tiene claro que quiere ser monje benedictino, presentándose con tan sólo 11 años para ser admitido como colegial en el Monasterio del Pueyo. Lo acompaña en este paso crucial otro niño, paisano suyo, que con el tiempo se llamará p. Honorato y que junto a él dará su sangre por Cristo Rey.

Los años de colegial en el Pueyo pasarán volando sin dejar noticias de Mariano, y al empezar el Noviciado en Montserrat, hasta su nombre quedará atrás. Es a los pies de la Moreneta, el 20 de agosto de 1919, que hace su primera Profesión de votos, naciendo allí este nuevo hijo de

San Benito llamado Anselmo, nombre con el que luego será inscripto en el martirologio. Aunque continúe todos sus estudios eclesiásticos en esta histórica Abadía, profesó como monje para su amado Monasterio del Pueyo, su verdadera casa y la de su comunidad. De este fuerte vínculo da pruebas el hecho de que las vacaciones que tenga en esos años de formación, las pasará mayormente en el Pueyo. No es arbitrario suponer que en Montserrat, sede de la escolanía cantora más antigua de Europa, Anselmo haya cultivado el amor por la música sagrada, que parecía llevar en la sangre.

Nuestro Señor es pródigo en adornar de virtudes y talentos a sus escogidos, y don Anselmo no será la excepción. En su porte un gigante, alto, fornido y de semblante sereno y sonriente. Difícilmente pasaba desapercibido, y consciente de eso se ocultaba bajo la modestia, desdeñando sin más toda adulación que le hicieran. «Es que Dios se escoge lo mejor» –le dijo sin más, a quien viéndolo joven y apuesto, se lamentaba diciendo que estaba mal empleado para fraile. Los hombres ven sólo las apariencias, mas Dios el corazón.

No estaba la valía de Anselmo en lo exterior, siendo su alma campo de cultivo bien labrado, y maduro en toda clase de virtudes. Su bondad era reconocida por todos, y su hermana María, monja benedictina, no se cansaba de repetir que su hermano tenía el corazón de oro. Amabilidad, paciencia, sencillez, humildad, cortesía y muchas cosas más hacían de Anselmo un monje muy querido por sus compañeros y Superiores, que encontraban en su generosidad y responsabilidad un sostén de la comunidad.

Tal vez su virtud resplandeciente fuera el amor al trabajo manual. «Era el primero en el trabajo y el último en

buscar su propio regalo» sentencia un Abad suyo, el p. Román Ríos, que lo trató bastante y lo recuerda como una «ayuda constante» en los años de labores arduas de construcción. Era realmente envidiable la capacidad de trabajo que tenía, fruto de su espíritu generoso, su ánimo fuerte y su entusiasta fidelidad monástica, que lo llevaban a hacer todo del mejor modo posible, buscando sólo a Dios. No esquivaba el hombro a los trabajos más pesados, como barrenar y acarrear piedra; ni a los que exigían más delicadeza y valentía, como asear y afeitar a un monje tuberculoso terminal. Dios lo dotó de buen físico, y él, bien que lo hizo fructificar, pues lo conjugó con la caridad y la constancia y se volvió un trabajador concienzudo, que vivía su consagración monacal como verdadera escuela de servicio divino.

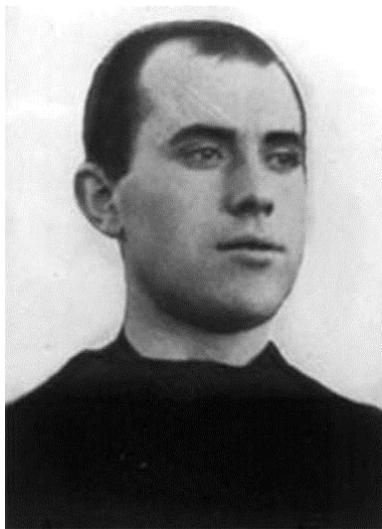
Firme el anhelo sincero de buscar a Dios en todo, selló eternamente su entrega absoluta profesando solemnemente sus votos religiosos en la Abadía de Montserrat, donde continuaba su formación, el 24 de septiembre de 1923. Es Anselmo uno de esos monjes que todos querrían tener en su comunidad, pero él ya se había ligado con votos solemnes a su entrañable Monasterio del Pueyo. Por eso, terminados los cinco años intensos de estudios eclesiásticos, vuelve a este alcázar de María y recibe la sagrada ordenación sacerdotal que lo configura para siempre con Jesucristo, Sumo Sacerdote y Hostia de propiciación, el 1 de junio de 1925. Don Anselmo ya se había constituido víctima, y habrá que esperar 11 años para que se consume el sacrificio total, el testimonio entero.

Incorporado al colegio presbiteral de la comunidad podiense, no extraña verlo desempeñarse en tareas de gran responsabilidad y desgaste, y de muy diversa índole, pues como alguno dijo de él: «era ejemplar y muy entusiasta de la vida monástica». Por varios años sirvió como mayordomo, ayudó con clases en el Juniorado y con los colegiales y es uno de los padres que salía a predicar a los pueblos aleñaños, echando una mano a los párrocos. Fue Prefecto de los juniore, a quienes edificó más con el ejemplo que con la palabra. En sus últimos años se dedicó a la atención de enfermos, trasladándose al Mesón.

Quedó grabado indeleblemente en la memoria de los colegiales, pues debió impactarles no poco, aquel episodio en que muerto un sacerdote, asistido por el p. Anselmo en su agonía, previendo éste las demoras propias

de la burocracia judicial del caso, como verdadero gigante de la caridad, cargó en sus hombros, en plena noche, para no ser visto, con el escuálido cadáver, y lo subió por la gran pendiente hasta el Monasterio. Una vez allí, lo aseó y preparó sobre la mesa mortuoria. ¡Esto es tomarse en serio el amor a Dios y al prójimo!

Una mención especial merece su labor al servicio de la música sacra de su comunidad, recayendo sobre sus anchas espaldas, durante todos esos años, el oficio de director de la *Schola cantorum* y del coro monástico. La probada pa-



ciencia del p. Anselmo y su esmerada dedicación lograron convertir las celebraciones litúrgicas en verdaderos conciertos sacros. El *opus Dei*, la alabanza a Dios en los oficios litúrgicos, es la principal tarea de un hijo de San Benito, y Anselmo lo era cabal. Incluso llegó a redactar para su hermana benedictina un breve opúsculo titulado *Algunas normas generales para recitar y cantar el Oficio Divino*. Pero su caridad no se limitaba a lo estrictamente litúrgico, pues siempre había tiempo para ayudar a juniore, novicios y colegiales a preparar piezas musicales destinadas a las veladas de la academia literario-musical.

En fin, como afirmaron de él: «se prestaba para cualquier trabajo».

Los años dedicados a la oración, el estudio y el trabajo, aprendiendo a morir cada día y a sufrir para expiar culpas propias y ajenas, hicieron que mantuviera el ánimo alegre y sereno, cuando empezaron los rumores de guerras y martirios. Siendo Anselmo el secretario capitular, de su puño y letra se conserva el borrador del acta de la reunión extraordinaria del 8 de marzo de 1936, donde se toman las primeras precauciones ante la tormenta infernal que se avecinaba. Un documento invaluable para ver que el martirio no los sorprende desprevenidos a los monjes del Pueyo. Sabían lo que se les venía encima y lo afrontaron con el valor de los héroes.

Cuando en la Cuaresma de 1936, bajó a Graus a predicar, y aprovechó para llegarse a su pueblo y despedirse de su madre y familia, tratando de alejar toda tristeza y preocupación. Asombra la simplicidad con la que habla de la proximidad de la muerte, sin miedo, sin dubitaciones. La fe es la certeza de lo que no se ve, de lo que se espera, y Anselmo sabe que morirá por Dios y que le espera el Cie-

lo. Sus palabras son un manifiesto patente de la fe mamada y encarnada en su vida. Con sencillez y franqueza le dice al párroco del pueblo: «nos matarán como a tocinos».

Ya desatada la tormenta roja, nuevamente se pone al servicio de la comunidad en lo que sea menester. El 20 de julio baja a Barbastro junto a don Ramiro para recolectar noticias, y a pesar de ir vestidos de seglares se juegan la vida, pues deben escabullirse de algunos perseguidores disimulados; junto al mismo compañero se ofrece para quedarse en el Monasterio guardándolo para que los demás monjes huyan a Huesca intentando salvar la vida. Los días y las noches lo encontrarán velando por la comunidad, avizor de cualquier acercamiento sospechoso de los enemigos de la fe católica a la Casa de María.

Es lógico que el p. Anselmo sea uno de los primeros en topar con los milicianos que el 22 de julio por la tarde venían a detener a la comunidad, y él mismo propone que los monjes se reúnan en el Mesón. Esa misma noche, estando ya los monjes detenidos en aquella casona, y ocupado el Monasterio por las turbas anarquistas, bajan algunos milicianos y se presentan inquietos preguntando dónde han puesto la imagen de la Virgen y cómo se enciende el faro del Monasterio. Una vez más, su espíritu servicial lo empuja y don Anselmo, con permiso de su Prior, acompaña al cortejo. En unos pocos minutos el faro ya está en funciones. Tal vez sea en esta misma ocasión, aprovechando la subida, en que les descubre también el lugar donde guardaban la dinamita para las tareas de voladura, disipando así toda conjetura malévolas que pudieran hacer los milicianos. Anselmo ya ha cumplido su misión, pero el odio rojo no está conforme, quieren hacerse con la imagen de María, y lo presionan y lo amenazan cargando de angustias el alma del buen monje. Momentos durísimos, de tensión

e incertidumbre, martirio incruento del corazón mariano. Finalmente, con un pesar insostenible y suplicándoles respeten la imagen, este hijo de María les muestra el pequeño subterráneo bajo la sacristía, donde han ocultado a la Reina. Él mismo, con paso vacilante baja y coge la imagen sagrada envuelta en su manto y se las enseña. «No pase cuidado sobre la Virgen» —lo consuela el jefe de la cuadrilla— «pues únicamente deseábamos saber dónde estaba». Volviendo a guardarla como estaba, los ojos del p. Anselmo serán tal vez los últimos que miraron con amor filial la talla original de Nuestra Señora del Pueyo. ¡Cuánto pesó a este mártir tener que descubrir el escondite! Pero pronto, muy pronto Dios renovará sus maravillas en su humilde esclava, y por este desgraciado episodio, Ella ostentará tres nuevos títulos de gloria. *¡Joya de los monjes*, como la llamó Anselmo; *Reina de los mártires*, por sus 18 hijos sacrificados; y *Reina Mártir*, consumida por las sacrílegas llamas!

Durante aquella noche, nuestro mártir permaneció en vela en el Mesón, en lugar de reposar. Ya en el Colegio-prisión de los escolapios, el ánimo seguro del p. Anselmo se afirmará en su voluntad martirial, y cuando se le insinúa alguna posibilidad de escapar, la desprecia. Aunque por momentos, la flaqueza humana deja entrever cierta impaciencia, la oración cotidiana y la caridad fraterna la sujetan, y la convierten en ofrenda al Señor crucificado.

En la noche del martirio arderá de entusiasmo, y cantará y gritará alabando a su Cristo Rey que pronto lo recibirá en la mansión eterna. No teme ni los golpes ni las balas, y la fuerza de su carácter lo vuelve más audaz. Sin duda que les dio trabajo a los milicianos, no por intentar escapar, sino porque debieron golpearlo mucho para que no pronunciara más el nombre de Jesús, de María, del Pueyo. Cuanto más le pegaron, más gloria le dieron, y así se co-

mentaba al día siguiente su fortaleza sobrehumana, fortaleza de Cristo, pues con él «se ensañaron especialmente», como declara un testigo.

Fusilado en el camino a Berbegal, no terminó ahí la historia. El temple de su ánimo viril rubricó la página más gloriosa de su martirio. ¡Toda la noche en agonía, sufriendo quien sabe qué dolores por Cristo! ¡Cargado y descargado del camión como saco de patatas y amontonado junto a los cadáveres de sus compañeros! Un martirio largo y lento, como el de su Señor. Y por la mañana, cuando se disponen a arrojar sus restos a la fosa, con un esfuerzo titánico, se incorpora y mira al enterrador. Un par de gramos más de plomo llamados «tiro de gracia» desatarán su alma para que vuele a recibir la corona de gloria.

La mañana del 28 de agosto, junto a la fosa del cementerio, certificaba con su muerte la fe que había vivido. Sabía bien lo que le esperaba sufrir, pero sabía mejor el premio eterno que recibiría de parte de su Señor. Con el rostro erguido, la mirada pura y una expresión de sublime paz, unos meses atrás, ante la súplica de su madre, de que tratara de salvar la vida, respondió con palabras inmortales: «Moriremos por Cristo».

XI. Beato Ramiro Sanz de Galdeano Mañeru

La venida de un niño al mundo no suele ser noticia periodística, menos antes que ahora. Sin embargo, el *Diario de Navarra* anunciaba con gran alegría que el 30 de agosto de 1910, en Villatuerta, había nacido Ramón Sanz de Galdeano Mañeru, el quinto hijo, primer varón, del matrimonio de Francisco y Valentina. Y vaya si era noticia este nacimiento, pues la madre había estado a punto de

morir semanas antes a causa de una neumonía doble. Si la recuperación de Valentina fue milagrosa o no, lo sabe Dios, lo cierto es que todo el pueblo rezó por ella, muy especialmente su marido Francisco, hombre de profunda fe, que luchó en la oración recurriendo esperanzado al Señor de la vida: «Sagrado Corazón, si me estás probando porque va a ser un chico, te lo doy; llévatelo, pues no lo quiero para mí; pero no le lleses a la madre, que la necesitan estas cuatro criaturas». Fue una de esas súplicas que le roban la gracia a Dios, que no dejó de escucharlo y de aceptar tan generoso ofrecimiento, haciendo del pequeño Ramón un hombre de su propiedad, entregado todo a Dios sin reservas, hasta dar la sangre por Cristo Rey.

Bautizado al día siguiente de su nacimiento, este niño rubio y lleno de vida, comenzaba a crecer en gracia, en el seno de una familia donde la fe se respiraba. En esas antiguas familias cristianas de Navarra abundaban las vocaciones consagradas, y por eso no extraña ver a cuatro de los hijos ingresar a la vida religiosa: Ramón y Serafín, monjes benedictinos, Luisa e Irene, hermanas de la Caridad de Santa Ana. Los padres sabían que los hijos son de Dios, y en el caso de Ramón, su padre repetía siempre: «este niño es del Sagrado Corazón».

Tal vez por esto es que desde su más tierna infancia no tuvo otra aspiración que ser fraile. Cuenta su hermana mayor: «cuando ya era mayorcito y la gente le preguntaba qué quería ser, respondía invariablemente: “Yo, fraile”. Y se ponía cuadradito, porque le parecía que serlo era una cosa grande». ¡Alma pura, magnánima y graciosa, toda de Dios!

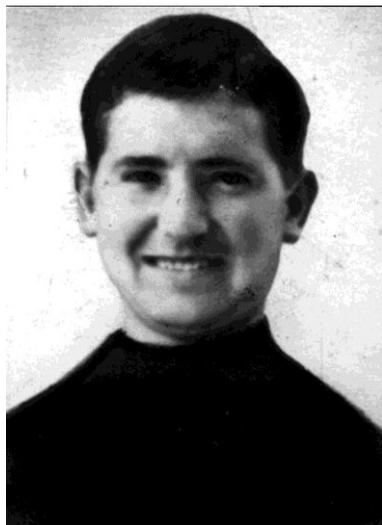
Y Dios tuvo especiales cuidados con su *frailecico*, que un par de veces estuvo a un paso de la muerte. A los cinco

años una crecida del río lo arrastró y fue rescatado del agua por un vecino que ni sabía nadar. Por supuesto que previa invocación de su padre, Francisco, al Sagrado Corazón. Otra vez será un chispazo eléctrico que lo dejó sin sentido un buen rato. Ante tales signos de predilección, era de esperar que Dios preparase algo especial para él.

Siendo un niño inteligente, vivaz y con mucho genio, destacó por su alegría y su amabilidad. Su espíritu inquieto supo de travesuras, pero un innato temor de Dios le fue poniendo freno, llenando de confusión su alma ante la más mínima falta. ¡Con qué esmero reparó, de sus propios ahorros, aquel robo travieso de unas frutas, aguijoneado por la coplilla: restitución o condenación! Siempre alegre y juguetón con todos, por su carácter firme y formalidad sabía imponerse a los demás niños, lo que le valió con sólo 10 años ser ayudante de catequesis de su hermana Irene. Por supuesto que, además de buen genio, tenía una buena formación religiosa.

Pero sin duda la página más gloriosa de su feliz niñez la escribió sirviendo al altar como monaguillo. Era su ilusión desde pequeño, y por eso al ser mayorcito ejerció este oficio con mucho garbo. Se presentaba en la Iglesia siempre bien vestido y aseado, henchida el alma por asistir a esta cita de honor, como intuyendo la grandeza del misterio al que asistía. A tal punto le cuadraba el oficio que algunos opinaban que llevando el turíbulo parecía el amo del pueblo. «¡Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios!» dice Nuestro Señor, y así se acercaba Ramón para ayudar al Sacrificio del Altar. Años después, ya próximo a la ordenación sacerdotal, varias veces manifestará el sentirse indigno de tan sublime misterio. ¿Cómo no empequeñecerse ante la presencia del Rey del Cielo escondido en la Hostia? Gran sentido del misterio tenía nuestro

mártir, y por eso nunca se alejó de la Eucaristía, que comulgó por primera vez el 18 de mayo de 1918, día de la Ascensión, y que luego recibiría con bastante frecuencia, sin dejar pasar nunca un primer viernes de mes sin hacerlo. Al fin de cuentas, él era del Sagrado Corazón de Jesús.



Este niño vivaz y piadoso llamó la atención de varias órdenes religiosas que quisieron alistarle en sus filas. Pero Ramón ya tenía la decisión tomada y a todos los que le hablaban respondía lo mismo: quería ser benedictino y santo, como San Veremundo, oriundo de su pueblo, de quien sabía la vida de memoria. Y por eso fiel a las mociones del Espíritu Santo, y tal vez influenciado

por el ejemplo de algunos tíos lejanos, conventuales en el Monte Santo, antes de cumplir sus 11 años Ramón dejó casa, padre, madre y hermanos para hacerse fraile en el Monasterio del Pueyo. El único temor de sus padres era que el carácter fuerte estropeará su vocación. Pero la gracia de Dios, secundada por la buena voluntad de Ramón y la determinación de alcanzar la santidad, en poco tiempo evadieron ese obstáculo, dejándolo «más suave que una alpargata vieja». Aunque, según su padre, esto le costó el desgaste de los dientes por rechinarlos frenando el genio. Y si alguna vez en un arrebato lo dejó salir mínimamente, no dudó en hincar la rodilla en el suelo y suplicar el perdón del ofendido.

Escasas noticias tenemos de sus años de colegial en el Pueyo, pero es de suponer que aprovechó mucho los cuatro años en que cursó humanidades, pues mostrará luego facilidad para esgrimir la pluma en prosa y en verso, y aportará a la orquesta monástica su destreza con la flauta.

La capacidad de adaptarse a diversos ambientes y de llevar buenas conversaciones suele brotar de una personalidad cultivada. Sin duda que en los años duros de adolescencia logró forjar un carácter muy equilibrado, preparando su alma para la abundante siembra de la gracia divina. «La gracia supone la naturaleza» dicen los teólogos, y Ramón tenía muy buen natural. Sus compañeros o quienes trataron con él lo recuerdan como un joven alegre, bondadoso, de gran corazón, muy amigo de sus amigos. Conjugaba en su persona un fuerte carácter y una profunda humildad y simpatía, sentido del humor y formalidad, tenía vida para dar y vender, pero no para disipar, era comprensivo con el defecto ajeno pero exigente consigo mismo. Acompañaba su rica figura espiritual y humana con un buen talante físico. Como buen hijo de Navarra era fuerte, alto y de buen porte, con una salud inquebrantable que lo llevaba a entregarse a los trabajos más duros.

Decidido a trasladar a los hechos sus anhelos infantiles Ramón se sumerge en la formación propiamente monástica, renovando una y mil veces sus deseos de santidad. Por falta de Noviciado canónico en el Pueyo debió marchar a Galicia, para ser novicio en la Abadía de Samos. Allí vistió de fraile, con el santo hábito de los hijos de San Benito, el 14 de septiembre de 1925. Y el siguiente año, dejando de lado todo lastre que lo pudiera frenar en su camino, hizo entrega a Dios de su vida al emitir por primera vez los votos temporales, el 22 de diciembre. Y junto con los despojos de sus bienes, afectos y voluntad, dejó también su

nombre, Ramón, y convertido en hombre nuevo empezó a llamarse Ramiro. Por supuesto, que nuestro monje profesó para el Monasterio del Pueyo de Barbastro, adonde volvería para cursar los estudios eclesiásticos, y continuar la formación.

Desde hacía un par de años el Señor le había dado la gracia de que su único hermano, Serafín, tres años menor, lo acompañara en la vida religiosa. Pocos años comparten el mismo techo, pues Serafín marchará pronto para la misión en Australia. La correspondencia que se conserva entre los hermanos deja entrever el verdadero amor que se tenían, y cómo aprendieron a sublimarlo en verdadera caridad fraterna sobrenatural. Las peleas como colegiales y los roces de carácter, tan naturales entre hermanos, sólo sirvieron para unirlos más, haciendo de la falta virtud. No tienen ya otra preocupación que ayudarse a llegar a la santidad. ¡Consejos, disculpas, exhortaciones y hasta algunas correcciones, aceptadas y agradecidas siempre con humildad, reconociendo el amor encerrado en las duras palabras!

De vuelta en el Pueyo, su amado Monasterio, Ramiro realiza los estudios de filosofía y teología enteramente en esta casa. Que aprovecha bien la formación recibida se manifiesta en que antes de su ordenación sacerdotal ya está colaborando con clases como profesor en la cátedra de filosofía. Humilde, obediente y generoso acepta la tarea, aunque consideraba «una verdadera barbaridad darle esos cargos».

Todo su empeño está en servir a Dios en esta comunidad, dando siempre más y más. Así lo muestran algunas cartas, que son como jalones en su camino de santidad. Aquella determinación de cambiar el modo de ser, abandonar toda amistad particular y procurar la formalidad, en

especial en el Coro, siguiendo humildemente un consejo de su hermano menor y para agradecerlo. Es una gracia recibida en la Pascua de 1934, que según sus biógrafos lo empuja eficazmente a caminar presuroso a la santidad, haciendo eco de la exhortación paulina: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra» (Col 3, 1-2). ¡Vivir para el Cielo, un ideal que no lo quebró ni la muerte!

Sin duda que un paso decisivo fue «la entrega sin reservas», como gustaba llamarla Ramiro, hecha en su Profesión solemne, el 5 de abril de 1932, fiesta de San Benito ese año. «Estoy satisfecho» —confiesa a su hermano en una carta— «pues he conseguido lo que suspiraba desde mi tierna infancia... en la que siempre respondía al momento: “Yo quiero ser fraile”».

Sellado ya el compromiso de seguir a Cristo hasta la Cruz sin anteponerle absolutamente nada, Ramiro será probado en el crisol de modos diversos hasta ser hallado digno de la gloria. Recibida la ordenación diaconal el 25 de septiembre del 1932 comenzará una espera de tres años, que parecían volverse interminables, hasta recibir la unción sacerdotal. La falta de edad canónica será el primer motivo de demora, asumida con alegre paciencia.

Pero tal vez el golpe más duro al corazón ilusionado de Ramiro, la entrega más dolorosa, fue la inesperada muerte de su padre, Francisco, en julio de 1934. Un fatal accidente de trabajo arrebató de este mundo indigno esa alma de Dios. Francisco había entregado su hijo al Sagrado Corazón, ahora Ramiro entregaba su padre a la Virgen del Carmen para que cobijado en su manto descansara en paz. Ante tal suceso, hubo que prolongar la espera, aunque

estaban dados todos los permisos para que pasado agosto, Ramiro cantara su primera Misa en Villatuerta.

Puede ser que haya amortiguado en algo el dolor de la inesperada pérdida el hecho de que nuestro monje se encontraba ese tiempo en la casa paterna, pues había sido llamado a las filas militares un mes antes, al regimiento de Estella, en Navarra, donde el año previo había hecho su instrucción. Y por servir a su Patria, volverá a postergarse su ordenación. Dios estaba adornando a su servidor con la más pura paciencia y el más filial abandono. Y ese arsenal de virtudes, que se fueron forjando en lo secreto, en el silencio de los claustros, quiso el Señor mostrarlas a los cuatro vientos cuando Ramiro fue solicitado para defender las raíces de la España católica ante las turbas rojas en Asturias. Un ideal tan noble, aunque pareciera ajeno a su vocación, no tardó en entusiasmarlo y este joven fuerte y magnánimo ofrendó la grandeza de su alma para la causa.

Así fue como el cabo Galdeano supo hacer flores de las penas, que fueron muchas, y logró sembrar esperanza y alegría en la escuadra que le fue confiada, siendo la más jovial y cantora de toda la compañía. Noches al raso, bajo la lluvia, mojados y con frío, atacados por los piojos, innumerables sufrimientos que Ramiro no dejaba escapar y con devoción recogía para ofrendar a su Señor. Una bala le agujereó el gorro militar y otra le arrancó una insignia de cuello de la camisa, señales de que no temía entregar la vida cuando Dios se la pidiera. Vivía esta guerra de cara al cielo, y por eso en medio de tanto odio infernal y violencia ilimitada, su corazón permaneció intacto, no se endureció, los ojos fijos en el Corazón manso y humilde de su Cristo, tan lleno de perdón y de amor para sus enemigos. ¿Cómo explicar, si no, que en la Noche Buena, ante la súplica de los presos, los dejara salir para que fueran con sus familias?

Solamente les dijo: «Sí, podéis ir; pero sabed que me juego la vida si alguno de vosotros no vuelve». ¿No es la misma actitud de Cristo poniendo su vida en rescate de la nuestra? ¿No es la misma confianza que deposita Dios en cada pecador arrepentido? Era lógico que ante semejante gesto de benevolencia, todos volvieran para no comprometer a este buen cristiano.

Terminada la revuelta asturiana, en la que el odio comunista lanzaba los primeros zarpazos, Ramiro está de vuelta en la casa paterna, donde han quedado su madre viuda y sus hermanas pequeñas. En Villatuerta lo reciben con honores. Entonces, cuando parecía que el mundo se rendía a sus pies, y la carrera militar le alfombraba el camino con condecoraciones y pesetas, augu-



Tras su primera Misa en el Pueyo

rando un próspero pasar en esta vida, Ramiro una vez más impuso la fuerza de su determinación. Las voces burguesas y las prudencias carnales que lo invitaban a dejar la vida religiosa se vieron silenciadas por la respuesta tronante: «Miren, yo tengo votos solemnes que me ligan de por vida al Pueyo y a la vida monástica: el romperlos significa ofender gravemente a Dios y, consecuentemente, me expone ir al infierno. Mañana mismo salgo para el Pueyo». Y si alguno apeló a su corazón ante la difícil situación de su madre, la

refutación brotó de lo más profundo de su amor virginal: «Tendría que estar loco para hacer tal disparate; por lo mismo que quiero a mi madre, me acuerdo de la otra Madre que me espera en el Pueyo. Jamás me volveré atrás».

Aunque hacía meses que no pisaba su Monasterio, ¿su alma se había apartado algún segundo del Pueyo? ¡Cómo amaba su vida monástica, su comunidad, su entrega sin reservas! ¡No pretendan endulzarle el cáliz ni apartarlo, que Ramiro lo quiere bien amargo y hasta las heces!

Y no se inquieta ante una nueva demora de la ordenación sacerdotal. Los Superiores toman la precaución de asegurarse que la experiencia militar no haya hecho mella en su vocación. Día a día se acrecienta su vida espiritual, viviendo con fidelidad heroica su consagración a Dios. Finalmente, el día de San Fermín de 1935, este hijo de Navarra luego de tres años de diaconado, recibe el orden del presbiterado, y cuatro días después, el 11 de julio, en la solemnidad de su padre San Benito, a los pies de su amada Madre del Pueyo, canta su primera Misa.

Asisten a las ceremonias su madre y algunas hermanas, el resto de la familia acompaña con oraciones y regalos, destacando sobremanera los ornamentos bordados que han confeccionado sus hermanas religiosas. Al visitar Villatuerta celebra el primer aniversario de la muerte de su padre cumpliendo un deseo entrañable: entronizar en su casa paterna el Sagrado Corazón de Jesús.

Un golpe de vista sobre lo dicho muestra que la Providencia divina hace todo «con número, peso y medida», porque durante toda la vida fue preparando a Ramiro para el momento supremo. Su vida ya estaba entregada, sólo había que tomarla. Su experiencia en Asturias y su intensa

vida de fe hicieron que se enfrentara al trance del martirio con gran serenidad. Y en la difícil prueba siguió siendo un dechado de virtudes, poniéndose al servicio de la comunidad en todo lo que pudiera. Es una constante de Ramiro querer aliviar el dolor ajeno a costa del suyo propio, ese querer aniquilar el mal, el odio, el pecado, absorbiéndolo y ofreciéndolo en su corazón sacerdotal como holocausto a Dios. Cuando en el pesado verano aragonés de 1936, la revolución sangrienta era inminente, él que ya conocía de esto, no duda en ofrecerse para bajar a Barbastro a recolectar información, acompañado del p. Anselmo. Como siempre, joven, fuerte, jovial y amistoso sabrá pasar desapercibido y conseguir su cometido. También lo tendremos esos días haciendo guardia en el Monasterio a la espera de la detención, asumiendo la tarea de dar la señal de paz o de guerra para avisar a los refugiados en el bosque del Pueyo.

Esa generosidad, ese ánimo sereno y alegre, no cambiarán una vez detenidos y conducidos a la prisión. Al contrario, le sacará anchas sonrisas la idea de derramar la sangre por Cristo, o como recuerda un colegial: «estaba encantado de morir por la Religión».

Siempre unido a la suerte de su comunidad, en el Colegio-cárcel de los padres escolapios intensificará su amor por la misma. Teniendo la posibilidad de ser liberado, por la influencia de un miliciano amigo de su infancia, ante el tentador ofrecimiento pondrá como condición la libertad de todos sus hermanos religiosos. Ante la imposibilidad de su requerimiento, con amabilidad agradecerá el gesto y permanecerá junto a su comunidad. Al enterarse de la crítica situación de los misioneros claretianos hacinados en el salón de actos, ofrecerá sus destrezas para rasurar y cortarles el pelo.

Con esta caridad exquisita sabrá también ingeniárselas para alegrar y romper el hielo en los momentos difíciles, teniendo detalles especiales con sus hermanos menores, los colegiales. Todos recuerdan la habilidad que tenía para hacer en la pared figuras de animales con la sombra de las manos. En una de las guardias nocturnas que montaba junto a Santiago Mompel, diácono escolapio con quien trabó amistad en la prisión, fue testigo de parte de la vía dolorosa de su Pastor, el Obispo Florentino Asensio, que marchaba acompañado de su hermano en religión, el p. Mariano Sierra. Luego informaría a sus compañeros quiénes los iban precediendo en la gloria.

Con gran entereza afrontó el momento supremo, con serenidad y paciencia, unido a Jesucristo. Sintiendo ya inminente el martirio mandó a pedir a uno de los colegiales el crucifijo que le había dado, pues quería llevarlo consigo en el momento de abrazar su cruz. El entusiasmo ante la proximidad de la gloria eterna seguramente lo llevó a dejar los pulmones en vítores a Cristo Rey, lo que le valió un par de culatazos, dados por los milicianos, que le arrancaron la mandíbula.

Algunos testigos afirman que los milicianos se ensañaron de un modo especial con él por saber de su actuación militar en Asturias. Se disputaban el honor de liquidar al alférez Galdeano. También se conjetura de una posible impúdica mutilación de nuestro héroe. De estos rumores nada cierto se puede sacar. Lo único que es absolutamente justo afirmar es lo que años después dirá con fuerza su madre Valentina: «no lo mataron por militar, sino por religioso».

Morir por el nombre de Cristo es un don del Cielo. Pero, ¿no es este martirio la coronación gloriosa de una vida prolijamente entregada a Dios? Su padre lo había ofrecido al Sagrado Corazón, y él mismo se había ofrecido por la salvación de su patria. La determinación de tender a la santidad, plasmada en toda una vida de grandeza, de heroísmo, de amor pleno a Jesucristo y a su Madre. ¿Cabía otro final?

En las primeras horas del 28 de agosto de 1936, junto a su comunidad benedictina del Pueyo, Ramiro entregaba a Dios lo que ya le pertenecía, rubricando con su sangre la entrega sin reservas: «Señor, si mi vida vale algo para la salvación de España, aquí la tienes, tuya es».

XII. Beato Rosendo Donamaría Valencia

La provincia de Navarra, baluarte de la España auténtica, heredera del reino que luchó todas las batallas por defender la religión, agrega a su numeroso elenco de santos y héroes, un glorioso y novel beato mártir, que murió por mantenerse en la profesión de fe de sus mayores, la más pura y combatiente fe católica.

En el pueblo de San Martín de Unx, del piadoso matrimonio de Antonio y Norberta nacen el 3 de noviembre de 1909 los gemelos Martín, futuro Rosendo, y Román Donamaría Valencia, y ese mismo día son bautizados, ingresando a formar parte de la raza sacerdotal, del pueblo consagrado al Señor.

Lo único que se sabe de la niñez de nuestro beato, es que el pequeño Martín siempre quiso ser religioso y de muy pequeño ingresó a la Escuela Apostólica que los padres paúles tenían en Murguía, siendo un alegre soñador

del sacerdocio. Pero la alegría que tenía se tornó en lágrimas y amargura cuando, luego de unas vacaciones, no se le permitió reingresar, aduciendo falta de talento en el niño.

Dios que había sembrado el santo deseo en Martín no pensaba dejarlo trunco, y en su Providencia movió la intervención del p. Andrés Munárriz, monje benedictino del Pueyo, natural del pueblo navarro de Villatuerta, que al enterarse de la situación no dudó en invitar al niño al Colegio de su Monasterio. El p. Andrés era pariente de Ramón Sanz de Galdeano Mañeru, quien sería compañero de Martín casi toda la vida y en el martirio. Cosas de la Providencia.



En las vacaciones de 1922 llega al Monasterio del Pueyo el pequeño Martín, de la mano de su tía Romualda, que hacía las veces de madre, y acompañado por su hermano Román, que también quiere consagrarse a Dios. Contentísimos y encantados de poder ser un día sacerdotes, los dos hermanos cursan las humanidades como colegiales al amparo de Nuestra

Señora del Pueyo, pero Román como candidato a las misiones de Australia, mientras que Martín como futuro monje de esta amada casa. La separación se realizó al pasar al Noviciado, yendo el primero para Francia, al Monasterio de Belloc, y nuestro beato para el milenarismo Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat. En la Santa Montaña de la Moreneta, el 27 de septiembre de 1926, recibió el

santo hábito benedictino y cambió su nombre de pila por el de Rosendo. Al parecer este año fuera del Pueyo le costó bastante, y nunca terminó de adaptarse a la vida montserratina. Pero nada de esto lo frenó en su decisión de entrega, y al año siguiente, el 29 de septiembre, se despojó de todo lo que no es Dios haciendo su primera Profesión de votos temporales como monje del Pueyo, a donde regresaría a los pocos días para realizar los estudios de filosofía y teología. Es lógico que por su temperamento más bien tímido y retraído, Rosendo se aquerenciase mucho de este Monasterio y añorase siempre su comunidad. A los pies de Nuestra Señora del Pueyo hizo su solemne Profesión el 13 de noviembre de 1930 consagrándose a Dios y a su Madre por toda la eternidad.

No estaba Rosendo Donamaría dotado de un gran talento para el estudio, sin embargo nunca presentó mayores problemas, y siempre estaba dispuesto a ayudar a quien lo necesitase y a dejarse ayudar cuando él fuera el necesitado.

Recibió el Orden del Diaconado el 25 de septiembre de 1935.

Su última etapa de formación se vio afectada por la dura y grave enfermedad que sufrió en esos años, teniendo fuertes ataques de epilepsia. Llevó esta cruz con paciencia y gracias a Dios se recuperó. Y cuando se preparaba esmeradamente para la tan deseada ordenación sacerdotal, sobrevino la persecución religiosa y la muerte prematura de quien quería morir una y mil veces junto a la Víctima de los Altares.

En los años de formación en el Pueyo Rosendo vivió muy bien su consagración monástica, siendo un monje cumplidor, aunque sin distinguirse. Su temperamento reservado e introvertido, un tanto frío, ayudaba a que pasara

desapercibido a los ojos de los hombres. Sin embargo muchos recuerdan su bondad y humildad, su figura silenciosa y pacífica. Al fin y al cabo, Rosendo buscaba vivir para Dios solo. Y supo bien poner al servicio de la comunidad la finísima voz de tenor que Dios le había dado, que era la mejor que había en el Pueyo, colaborando en la *Schola cantorum* y siendo el suplente del p. Anselmo en la dirección del coro. También era diestro en tocar su violín, con el que formaba parte de la orquesta monástica. No llegó a desempeñar cargos más importantes en la comunidad, pues no alcanzó el sacerdocio, aunque se recuerda que colaboró con las clases de los colegiales.

Don Rosendo tenía una firmísima vocación monástica que cuidaba y cultivaba con dedicación, como se pudo observar en el tiempo que debió cumplir con el Servicio Militar. Fue una dura prueba para esta alma delicada, pero él se mantuvo siempre alejado del mundanal bullicio, permaneciendo en el cuartel sólo las horas de guardia que eran necesarias, y marchándose a la casa paterna en cuanto podía. Fue un alivio para él cumplir el servicio en Pamplona, cerca de la familia, y además agradeció mucho que su padre pudiera pagar la cuota para reducir el tiempo en el cuartel. Todos los fines de semana podía marchar a casa donde hacía una vida casi monástica; su paseo preferido era el cementerio, e incluso llegó a conseguir una calavera que puso sobre la mesa de noche, haciendo de su habitación un sitio de oración. Decía que esta era la mejor compañía que podía tener, y por eso, al volver a su amado Monasterio la llevó consigo. El contacto con el mundo en el servicio militar sirvió a don Rosendo para afianzar su deseo de pertenecer sólo a Dios y de servirlo sólo a Él.

Este monje que todo lo había entregado a Dios también hubo de entregar su deseo de ser sacerdote. Ciertamente que la muerte no lo sorprendió, pues bien meditada la tenía desde hacía varios años, y por eso la enfrentó con coraje y esperanza cristiana. Don Rosendo es uno de los monjes que en los días del 19 al 22 de julio, días de incertidumbre y espera, permaneció siempre en el Monasterio sin bajar a los bosques, haciendo comunidad con sus hermanos más jóvenes, junto a su paisano p. Ramiro, o el p. Anselmo, sosteniéndose y animándose unos a otros, lo que demuestra su serenidad y valentía ante el peligro, y cómo había arraigado en su alma aquello que constituye el ideal de todo benedictino: «nada anteponer a Cristo».

Bajó junto con la comunidad a la prisión en Barbastro, dejando baldía la Casa de María que tanto amaba. Mantuvo su serenidad y paz durante la estancia en el Colegio escolapio, alternando oraciones y diálogos edificantes con sus hermanos, y más de una noche hizo vela junto a la ventana observando cómo marchaban al martirio los demás presos. Los seguía con la mirada y con el corazón, y pedía la gracia de ser fiel en el trance final. Llevando ya casi un mes encerrados, y creciendo la certeza de que los matarían por la fe, don Rosendo dio un encargo a uno de los colegiales, Emilio Irurozqui, natural de Lumbier, pueblo próximo al de su familia, pensando que por ser niño le perdonarían la vida. Le regaló una cadena de plata con dos medallas, le pidió que rezara por él todos los días y le dijo: «Di a mis padres y hermanos que no pasen pena por mí, que muero contento».

El 16 de abril de 1932 había firmado una *Cédula o Declaración de enterramiento*, en la que manifestaba de modo terminante y expreso que quería morir según había vivido, como hijo de la Santa Madre Iglesia Católica Apos-

tólica Romana. ¿Cómo no alegrarse de que se esté cumpliendo su deseo? Morir sólo por ser religioso, morir por su fe.

La límpida voz de tenor de don Rosendo lanzó sus mejores notas en aquellas primeras horas del 28 de agosto, un ¡viva Cristo Rey!, una *Salve* a María, la alegría del seguro encuentro con Dios. Las frías balas truncaron su carrera hacia el sacerdocio, pero le abrieron el camino recto a la patria celestial, derecho a ocupar su puesto en el glorioso coro de los mártires.

Las últimas palabras que nos llegaron de este hombre de Dios son un espejo de su alma: paz, serenidad y consuelo. Muchos años después una sobrina de Rosendo decía que fue muy alentador para la familia saber que había muerto contento y que había dado su vida por Dios, que él tanto adoraba. Y agregaba que su abuelo Antonio, el padre de Rosendo, siempre se sintió orgulloso por esta actitud, y solía repetir entusiasmado: «Sabía que iba a morir y tuvo el valor de consolarnos. ¡Qué hijo! ¡Qué hijo!».

XIII. Beato Lorenzo Ibáñez Caballero

La ilustre provincia de Burgos, que en otros tiempos ostentó el título de «Capital de la Cruzada», no ha dejado de dar a España grandes hijos que la enorgullezcan. Prueba de ello es este monje.

El 11 de septiembre del año 1911 nacía en el pueblo burgalés de Cubillejo de Lara, Leoncio Ibáñez Caballero, quien 25 años más tarde no temerá ofrecer su pecho a las balas por amor a Cristo Rey.

De la infancia de este joven monje pocos datos tenemos a la mano, salvo que fue bautizado el día siguiente de haber nacido en la iglesia parroquial de su pueblo. Sabemos, sin embargo, que ingresó al Monasterio del Pueyo con 12 años, el verano del 23. Estudió allí los cuatro años de humanidades, finalizados los cuales fue enviado a otro Monasterio benedictino, el de Belloc, en Francia,



para hacer su Noviciado ya que el Pueyo no contaba todavía con uno. Con 16 años, el 14 de agosto de 1927, vistió por primera vez la negra librea de los ilustres hijos de San Benito y tomó para sí el nombre de Lorenzo. En el mismo Monasterio, al año siguiente, el día de la Asunción de María Santísima, emitía sus primeros votos a manos del p. Román Ríos, quien era su Superior en el Pueyo.

Terminado el Noviciado en el Monasterio francés, regresó a su comunidad para continuar los estudios de filosofía y teología en vistas a la ordenación sacerdotal. Amó mucho su Monasterio y con generosidad ofreció su fuerte físico a todo tipo de trabajos. Si como dice la Regla benedictina, un verdadero monje es el que vive de las obras de sus manos, ¡he aquí pues, a uno verdadero! Durante el período de construcción del Monasterio se destacó entre sus compañeros por ser el que más ayudaba cuando había que extraer las piedras de la cantera, partirlas y acarrearlas hasta el pie de la obra. El entusiasmo que ponía en el trabajo

monástico se trasluce claramente cuando uno lee sus cartas. En ellas habla de sus trabajos en las colmenas, las faenas del campo como la siega y la trilla del trigo o cuánto lo hacían sudar los pozos en los que pasó horas infinitas trabajando para poder encontrar el agua que tanto necesitaban los monjes.

Si nos quedamos solamente con este aspecto de su vida, podríamos hacernos la falsa idea de que el beato Lorenzo era más un laborioso peón de campo que un monje. Pero nada más lejos de la realidad. Nunca dejó de cultivar también su espíritu por el estudio y el deseo de aprender, y pese a que no sobresalía intelectualmente alcanzó, gracias al esfuerzo que ponía en preparar las lecciones, muy buenas notas y vastos conocimientos.

Cuando don Aurelio Boix, por su quebrantada salud, tuvo que dejar la presidencia de la Academia literario-musical que funcionaba en el Juniorado, fue él quien se hizo cargo de su conducción. Y con el mismo amor y empeño que ponía en las labores manuales del Monasterio. Sus callosas manos no se resistían al momento de dejar la zapa para coger el clarinete que tocaba en la orquestita.

Como hombre magnánimo sufría con quienes, cortos de miras y de estrechos corazones, criticaban tontamente las obras de los grandes, ya sean las suyas como las de los demás. Grandeza que supo bien emparentar con la humildad, un buen carácter, comprensión caritativa hacia los demás y un entusiasmo hasta en las pequeñas cosas, como por ejemplo, la jovialidad y alegría con que animaba los recreos. Tal es así que al momento de emitir un juicio sobre su persona, su antiguo Prior, en dos pinceladas, lo pinta entero diciendo que era un «monje humilde y devoto». Descripción para nada escueta, cuando se piensa que estos

hombres buscaban encarnar en sus vidas aquel ideal resumido también en tan pocas palabras: «Ora et labora».

A los 20 años recibió la tonsura. Era el 24 de julio de 1932. Y al día siguiente las dos primeras órdenes menores, pasos previos al sacerdocio. El mismo año, cuatro días después de cumplir los 21, consagró plenamente su vida a Dios mediante los votos perpetuos que emitió el 15 de septiembre.

Pero el 12 de noviembre de aquel 1932, con los ojos empapados en lágrimas y después de haberse despedido de su Madre del Pueyo, el beato Lorenzo dejó el Monasterio para hacer el servicio militar. Allí demostró con creces que no era un monje sólo en apariencias sino uno hecho y derecho, bien cimentado en la verdadera Roca. Era como si Dios le pidiese que demostrase con hechos concretos aquella renuncia y entrega totales que había manifestado mediante su Profesión religiosa. Y así, cuando la tinta de su rúbrica todavía estaba fresca sobre el acta de sus votos, tuvo que reescribirla con sangre y lágrimas.

Por sorteo le tocó la plaza de Melilla, en el Magreb africano. Para evitarse unos cuantos meses de cuartel se había preparado en la instrucción militar antes de ser llamado a filas. Esfuerzo que no le evitó, a pesar de todo, experimentar de un solo golpe la distancia, la soledad y la amargura en la vida del cuartel, tan dispar con aquella monástica que había vivido desde su niñez. Sus miserias terminaron pronto, en diciembre, ya que tras visitar a la Superiora de las Hijas de la Caridad y a exponer su situación al Capitán de la compañía, fue destinado a labores de sanidad en el hospital militar de Pagés, también en Melilla.

Allí entabló amistad con las hermanas, con quienes no sólo trabajaba en la atención a los enfermos, sino también

en solemnizar y enriquecer las fiestas litúrgicas de la comunidad hospitalaria. En poco tiempo se hizo también querido de los enfermos mahometanos, quienes en el mes de ramadán se negaban a comer y tomar las medicinas durante el día, y entonces había que dárselas durante la noche. Los enfermeros españoles se negaron a hacerlo, pero Lorenzo, como no podría ser de otro modo, ayudó generosamente a las hermanas que no daban abasto con este trabajo. Basado en su amistad con los moros, intentó convertirlos pero no pudo sumar a sus filas ni a uno de los que se mostraban más amigos. Cuando los mahometanos se enteraron de que era religioso lo apodaron «el morabito europeo» (en árabe se llama «murabit» a quienes profesan un cierto estado religioso, el cual resulta parecido en su forma exterior al de los anacoretas o ermitaños cristianos).

Los días del doloroso destierro y los suspiros por el amado Pueyo concluyeron al fin cuando el joven monje de regreso ya y, ante la vista de su preciada casa, pudo cantar otra vez: «El alcázar es, do' reina María. ¡Vayámosla a ver!». No tenemos certezas de cuanto duró su prueba en la milicia, pero uno de sus hagiógrafos supone que antes de finalizar el año 1935 ésta ya había terminado.

Damos ahora un salto hasta sus últimos días de vida, al día 5 de julio de 1936. Fue este el día en que recibió el orden del subdiaconado, el último peldaño que pudo subir en su ascenso hacia el sacerdocio, erguido sobre el cual lo hallaría la muerte no mucho tiempo después.

En la gran epopeya martirial de «los del Pueyo», don Lorenzo no desempeñó para nada un papel secundario. El día 20 de julio a la tarde, junto con don Rafael Lacambra, partió del Monasterio rumbo a Peralta de Alcofea, pueblo

natal de su compañero. El p. Mauro les había encomendado una misión: salvar lo más importante de la documentación del Monasterio. Vestidos de paisanos emprendieron la travesía evitando los caminos por los que circulaban los milicianos. A eso de las cinco de la tarde llegaron al pueblo de don Rafael y se dirigieron sin más a la casa de uno de sus hermanos.

Fueron descubiertos por unas mujeres que se encargaron de pasar el dato, y al momento ya visitaban la casa un par de jóvenes armados con escopetas y vestidos de camisa roja para requisar a los recién llegados. La noticia se difundió velozmente: «en la casa tal se esconden dos frailes». Padres y conocidos se acercaron a visitarlos para aconsejarles que abandonaran el pueblo, pues intentaban fusilarlos. «Nuestra misión está cumplida por tanto esperamos gustosos la muerte» fue la respuesta de los monjes.

La primera noche la pasaron en un sótano de la casa, a la trémula luz de un candil rezaron vísperas y completas con una triste cortina musical de disparos y mueras a la Religión.

Se dio el golpe y los revolucionarios tomaron por las armas el cuartel de la Guardia Civil para luego instituir su renombrado Comité. Durante los días siguientes se repitieron las visitas rojas a los frailes hasta que los pusieron a realizar trabajos forzados. «Aquí no queremos zánganos, o trabajáis o moriréis de hambre». Don Lorenzo tuvo que construir trincheras para la defensa del pueblo y don Rafael quitar los escombros de la destrozada y profanada Iglesia. Durante los trabajos, los monjes tuvieron la osadía de salvar dos aras consagradas de los altares profanados escondiéndolas en casas de unos vecinos, osadía que por poco les cuesta caro. Éstas fueron las dos únicas que se salva-

ron del sacrílego vandalismo rojo. Las primeras Misas que se celebraron después de la liberación del pueblo fueron, precisamente, sobre estas aras rescatadas por ellos, según el testimonio de don Rafael en sus memorias.

Llegó el *ultimátum*. El Comité revolucionario dispuso que Lorenzo Ibáñez debía abandonar el pueblo y que don Rafael podía quedarse por ser natural del mismo. Y he aquí otra muestra de la hidalguía cristiana de don Lorenzo, quién, en palabras del p. Alejandro Pérez Alonso «merecía el apellido Caballero más que por la sangre, por sus obras». Consecuente con su propia grandeza, sin muchas vueltas, declaró antes de partir: «Me presentaré en el Mesonet y allí me darán noticias. Si los religiosos han huido, también yo huiré; si los han cogido, iré con ellos a correr su misma suerte».

Dicho y hecho. A las ocho de la mañana del día siguiente (2 ó 3 de agosto) ya estaba a los pies de ese imponente relicario de piedra, donde por tantos años los monjes habían custodiado la Celestial Joya que un día se apareciese al humilde pastor. Ahora en manos adversarias. Entró en la casa de los jornaleros del Mesón y al poco tiempo ya preguntaban por él dos pistoleros rojos que lo habían visto desde la atalaya podiense llegar a campo traviesa. El mesonero respondió a los milicianos que era un pariente de la casa, pero estos marcharon poco convencidos de la respuesta. Don Lorenzo no quiso comprometerlos más y los dejó para hacer lo que había venido a hacer.

Se despidió de los amables mesoneros marchándose a pie hacia Barbastro, a plena luz del día, para unirse a los de su comunidad, quienes llevaban días presos en el Colegio de los escolapios. ¿Acaso nuestro monje no sabía qué es lo que allí le esperaba? Por supuesto que sí, él mismo ya había

sido testigo del salvajismo antirreligioso de los revolucionarios. No eran tiempos para actuar como un cobarde. No eran tiempos ya de huir. En el aire se sentía el vibrar de las campanadas que anunciaban la hora suprema. Lo detuvo la guardia del control al ingreso de la ciudad. Declaró quién era y sin contratiempos fue reincorporado a su comunidad monástica para esperar con ellos el ansiado día.

Así obraba don Lorenzo Ibáñez. Esa era la talla de quien a modo de testamento había dicho a su compañero don Rafael antes de partir de Peralta de Alcofea: «Vas a quedarte solo; tendrás que luchar; resiste hasta el fin. A mí, si me matan, moriré como he vivido; y cuando las circunstancias te lo permitan, le dices a mi padre que su hijo ha muerto como un valiente, y que su último grito al ser fusilado, será: ¡Viva Cristo Rey!».

XIV. Beato Aurelio Boix Cosials

A menos de 30 km de nuestro Monasterio del Pueyo, por la Carretera Nacional 123, se encuentra un antiguo pueblo llamado Pueyo de Marguillén. Allí, en casa del caminero, vivía en el año 1914 la familia Boix Cosials cuando el 2 de septiembre la Providencia, tras el rostro de un nuevo niño, vino a visitar el feliz matrimonio de Manuel y Generosa, sumando así el sexto hijo a la ya numerosa prole. Al ser lavado en las aguas bautismales el pequeño benjamín recibió el nombre de Ángel-Carmelo, que en la vida religiosa cambiará por el de Aurelio, y con el que entrará en la gloria tras derramar heroicamente su sangre en una tibia noche de agosto barbastrense.

A sus diez años encontramos a Ángel Carmelo en el pueblo de Benabarre, cercano a Pueyo de Marguillén,

donde vivía ahora con su familia y desde ahí es de donde lo veremos partir. Siguiendo el consejo de su párroco e impedido por el llamado que ardía en su corazón de niño, abandonó familia y patria chica para ingresar en el Colegio de los monjes del Pueyo y comenzar los estudios preparatorios para el sacerdocio. El 19 de octubre de 1924 se sumó al grupo de colegiales, entre los que se encontraban dos de sus futuros compañeros de martirio, Rosendo Donamaría y Lorenzo Ibáñez.

Durante cinco años estudió humanidades en el Colegio, donde ya atrajo la atención de quienes fueron sus formadores por su lucidez intelectual, su dedicación al estudio, su prodigiosa memoria, su facilidad para las lenguas



(se complacía en la traducción de los clásicos de quienes podía retener varias páginas en la memoria) y su empeño en observar las reglas de conducta del Colegio. Durante los primeros años de estudio Aurelio tuvo de rectores a los padres Leandro Cuesta y Honorato Suárez, quienes estuvieron también a su lado, tiempo después, en el trance supremo de su vida.

Además de sus capacidades intelectuales, su alegría impactó mucho en quienes convivieron con él. Así nos lo testimonia, entre muchos otros, Joaquín Irache, quien compartió con él tres años: «Era de risa continua. Fuera por lo que fuera y en el lugar que fuese, le tentaba la risa.

Muchas veces se lo veía ya de junior, incluso en el coro, levantar el escapulario a la altura de la nariz y expectorar levemente. Sabíamos que, en ese momento, le tentaba la risa. Si después le preguntábamos la causa, se echaba de nuevo a reír con una carcajada diciéndonos el motivo de la risa».

Finalizado el Colegio con quince años, empezó su Noviciado. Desde entonces vistió el hábito negro de los benedictinos –que no abandonará jamás– y eligió su nombre de religioso. Fue cofundador, junto con otros cinco compañeros, del primer Noviciado canónico del Pueyo. Para tal fundación fue nombrado como Maestro de novicios otro de los que más tarde formaría parte de nuestros dieciocho héroes, el p. Santiago Pardo. Luego de este año de prueba, Aurelio emitió sus votos temporales en la festividad de Santa Teresa de Ávila, con sólo 16 años.

Cursó su primer año de estudios filosóficos en el mismo Monasterio, pero considerando sus capacidades intelectuales, el p. Ríos decidió enviarlo a Roma a continuar sus estudios en San Anselmo, la universidad benedictina. Allí se dedicó enteramente al estudio aprovechando cada circunstancia para ampliar su ciencia. Por ejemplo, durante el recreo del medio día paseaba con un monje austríaco para aprender alemán. Otros días le tocaba a él hacer de maestro enseñando español a un monje americano o ayudando a otros con el italiano, a sólo dos meses de haber iniciado los estudios de dicho idioma. No frustró para nada las esperanzas que en él pusieron sus Superiores y terminó con muy buenas notas el primer año académico. Vio en el estudio no sólo una cosa agradable y noble, sino principalmente, «un medio poderosísimo para llegar más cerca de nuestro Creador», según dejó escrito en una carta a un hermano suyo, también por entonces monje. De sus años

de estudiante ha llegado a nosotros una traducción que hizo del latín de *La vida monástica. Sus principios esenciales* del Abad Mauro Wolter, obra póstuma publicada por la editorial Studium, de Madrid, en 1957.

Luego de las vacaciones de verano en el Pueyo regresó otra vez a Roma para cursar su segundo año de estudio. Durante éste —seguramente en gratitud a su ayuda intelectual— un monje alemán le regaló una máquina fotográfica. La fotografía lo atrajo desde entonces y se convirtió en su pasatiempo favorito que más tarde bien supo emplear en beneficio de su comunidad, donde montó un pequeño laboratorio al volver. Por eso en la imagen escultórica que lo representa en la iglesia del Pueyo lo vemos con su cámara colgada al cuello y las cartas que escribió desde la prisión, antes de morir, en sus manos.

Terminó el segundo año en Roma con resultados académicos más exitosos aún que los del año anterior. Pero fueron estos estudios que tanto amaba los que ocasionaron en él una seria enfermedad, que se manifestaba en frecuentes ataques nerviosos que le hacían perder el conocimiento y en fuertes dolores de cabeza. Buscando mejorar su quebrantada salud, el p. Román Ríos lo envió de vacaciones al Monasterio de Montserrat, desde donde fue varias veces a consultar médicos especialistas en Barcelona. Los médicos aconsejaron descanso absoluto y buena alimentación. El nuevo ritmo de vida sólo le permitía leer muy poco y estudiar apenas. ¿Cómo asumió su enfermedad? «Nada, una prueba que Ntro. Señor me envía como otras tantas: a Él me abandono» es la respuesta que encontramos en una de sus cartas.

Se dice que lo semejante busca lo semejante y que las almas grandes se apegan a las cosas grandes. Con Aurelio

fue así. De entre los monjes, su amigo más querido era otro gran hombre, el p. Ramiro Sanz de Galdeano, «el eterno sonriente». Su alma sensible y delicada se dilataba aún más al momento de expresar su amor filial hacia sus padres y hermanos. Gracias a ese amor tan grande que tenía hacia los suyos es que se conservan numerosísimas cartas de Aurelio en las que ha dejado exployado los rasgos de su alma.

Un lugar prominente en cuanto a sus cartas lo ocupa su hermano Joaquín, monje como él, quien en religión había asumido el nombre de Alberto. Entre los dos no había secretos y sus dos almas estaban íntimamente unidas. Cuando Aurelio volvió al Pueyo su hermano estaba haciendo el servicio militar en Zaragoza. Durante este tiempo de prueba lo acompañó siempre con cartas y buenos consejos. Es asombroso constatar cómo el hermano mayor aceptaba de buen grado los consejos del menor a quien admiraba verdaderamente. Terminado su servicio Alberto regresó al Monasterio pero, asesorado por sus formadores a quienes expresó sus serias dudas vocacionales, abandonó definitivamente la vida benedictina en febrero de 1936. El gran amor que se profesaban ambos hermanos causó no poco dolor en Aurelio al momento de separarse. Eran estos los últimos toques que, como artista minucioso, Dios estaba dando a su alma preparándola para el martirio que recibiría sólo unos pocos meses después.

En la carta que Aurelio envía a sus padres desde la prisión, al momento de saludar a su hermano, hace mención a dos grandes gracias con las que Dios se ha dignado regalarle y que lo hacen sentirse un ser especialmente privilegiado: la gracia del martirio y su Profesión perpetua. Ésta tuvo lugar el 11 de julio, en la fiesta de San Benito, once días antes que la comunidad podiense fuese expulsada

de su Monasterio y bajase detenida a Barbastro; entonces Aurelio Boix emitía sus votos perpetuos expresando así el íntimo deseo que alentó toda su vida, imitar a Cristo casto, pobre y obediente. Para presidir la Santa Misa de la Profesión subió al Pueyo el beato Florentino Asensio Barroso, a la sazón Obispo de Barbastro, acompañado de su secretario, quien al referirse a dicha ceremonia, cuenta que tanto él como el Obispo quedaron muy impresionados por este rito monástico «tan entrañable y magnífico». En la misma ceremonia Aurelio recibió de manos del Obispo la tonsura eclesiástica.

Durante el rito de Profesión hay un momento en el que el neo-profeso postrado a los pies del altar, es cubierto con un paño mortuorio, se colocan candelabros con cirios encendidos junto a su cabeza y a sus pies y se tocan las campanas a duelo, como por un difunto, simbolizando de modo plástico el sentido de la Profesión religiosa. La muerte ya no lo tomaría desprevenido porque, adelantándose a ella, él mismo había elegido morir al mundo y a sus vanidades en un holocausto voluntario.

Pero el mundo no podía quedarse indiferente ante este solemne acto de desprecio que un monje de 21 años había osado realizar. Y se lo hizo saber. Aurelio no se inmutó ante sus puños amenazadores y cuando la decisión del capítulo del 20 de julio se hizo pública, expresó explícitamente que no usaría de la libertad que se concedía a quienes quisiesen abandonar el Monasterio. Él seguiría en el Pueyo, suceda lo que sucediese. Los días siguientes compartió la misma suerte que el grueso del grupo podiense.

En la prisión, cuando el calor, el encierro, las humillaciones por parte de los carceleros, la convivencia forzada con otros tantos presos, la tensión psicológica ante la pro-

ximidad de una muerte violenta pueden llegar a doblegar hasta el ánimo más vigoroso, el suyo permaneció íntegro e indemne. Así lo han dejado sentado en sus memorias dos de los colegiales que con él compartieron prisión, Miguel Gil y Luis Brualla, este último su primo. Ambos recuerdan que para enardecer sus espíritus Aurelio les animaba con pláticas sobre el martirio o les explicaba la mística de las antífonas latinas que se rezaban durante esos días en el breviario. Tal fue la influencia que ejercieron estas palabras sobre los colegiales que cuando los milicianos les ofrecieron la libertad ellos eligieron seguir prisioneros con los monjes deseosos de poder ellos también ser mártires. Luis recuerda el trato especial que su primo le brindó durante los grises días de prisión; cómo se desprendió de todo para que pudiese estar al menos un poco más cómodo e incluso compartiéndole su propia comida; cómo, acostado a su lado durante las noches le infundía paz con sus palabras.



En su etapa de estudiante en Roma

Gracias a ciertos contactos que el padre de Luis Brualla tenía en el Comité de Barbastro fue que su madre pudo sacarlo de la prisión. Por boca de los milicianos los futuros mártires se enteraron que Luis saldría así que no dejaron pasar la oportunidad para escribir cartas y enviar recuerdos por su intermedio. Al salir de la prisión Luis fue registrado por los guardias que le quitaron todos los objetos religiosos y las cartas, pero Aurelio había escondido dentro de su estuche de cosas higiene, detrás del espejo, un grupo de cartas

que lograron eludir la requisita de los impíos agentes. El joven Luis las entregó a Joaquín Boix y gracias a ello llegaron a nosotros nueve cartas escritas durante el cautiverio. Si se pudiese de algún modo radiografiar un alma tan grande como la de Aurelio, escuchar cómo palpitaba su pecho a horas de su muerte o ver el amor que hinchaba sus venas ante la ilusión de entregarse plenamente al Amor, seguramente no podríamos hacerlo mejor que como él mismo lo hizo en las cartas que dirigió a sus seres más queridos, especialmente a sus padres y hermanos: «Conservo hasta el presente toda la serenidad de mi carácter; más aún, miro con simpatía el trance que se me acerca: considero una gracia especialísima dar mi vida en holocausto por una causa tan sagrada, por el único delito de ser religioso. Si Dios tiene a bien considerarme digno de tan gran merced alégrese también ustedes, mis amadísimos padres y hermano, que a ustedes les cabe la gloria de tener un hijo y hermano mártir de su fe» (Más adelante, en el Capítulo 9, con los textos para la liturgia de los mártires, se reproduce el texto íntegro de esta página tan vibrante de entereza martirial).

Joaquín, temiendo que aumentara el dolor en el corazón de sus padres, esperó el fin de la contienda para mostrárselas. Al terminar de leerla, Generosa Boix, la madre del mártir exclamó: «Tenía que ser así; Ángel ya no era de este mundo».

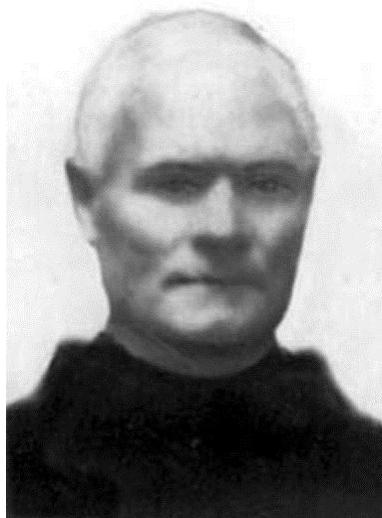
XV. Beato Lorenzo Santolaria Ester

He aquí un monumento a la laboriosidad y la sencillez monásticas vivificado con torrentosa sangre española. Hijo de labradores y labrador también él, regó con su sudor cada

rincón de las más de cuatrocientas hectáreas que constituían «el patrimonio de la Virgen».

Nació el hno. Lorenzo en Torres de Alcanadre, provincia de Huesca, el 20 de abril del año 1872. Ni se conoce su nombre en el siglo, para todos era «el hermano Lorenzo»; a tal punto que el día en que los monjes fueron apresados por los milicianos, pese a que faltaban varios miembros de la comunidad, los raptos sólo se percataron de su ausencia y uno de los jóvenes pistoleros preguntó: «¿Dónde está el hermano Lorenzo?».

Con 27 años vistió por primera vez el hábito benedictino, el 4 de enero de 1899. El 13 de enero de 1900 realizó su Profesión temporal, que confirmó luego y ya sin límite de ningún tipo con su Profesión solemne realizada el día 2 de febrero de 1903.



En la actual imagen que lo conmemora en la Iglesia del Monasterio del Pueyo porta en sus manos una zapa, ya que durante muchos años fue el encargado de dirigir los trabajos agrícolas, labor que demandaba gran capacidad y una voluntad emprendedora por la extensión de los terrenos y por la diversidad de cultivos: olivares, viñas, almendros, huerta, pastos para el ganado lanar y otros sembradíos. Dentro de sus tantas labores se encontraba también la bodega del Monasterio de donde provenía el «Macabeo», vino renombrado en todo el Somontano, tanto como el

mismo hermano Lorenzo, reconocido en toda la región por su ciencia agraria. Se cuenta que «los agricultores de los pueblos vecinos tenían en él un calendario agrícola, cuando él mandaba a los suyos sembrar, ellos se ponían a sembrar; cuando él daba la orden de comenzar la siega, ellos desenfundaban la hoz o la dalla y la agavilladora».

A su cargo estaba también el personal externo al Monasterio que ayudaba con las labores del campo. Ejercía sobre ellos una paternal autoridad al mejor estilo del hombre curtido en tareas campestres: firmeza a la hora de corregir y ejercer autoridad pero con un corazón bondadoso y una profunda humildad que ejercían un gracioso contraste con su enorme porte y fortaleza. «Sabía mandar» dice de él un antiguo monje del Pueyo. Una de sus más estrictas normas con los mozos era la prohibición de las blasfemias mientras trabajaban. Quien no se curaba del vicio en pocos días se quedaba indefectiblemente sin trabajo en el Monasterio.

Sus tareas agrícolas, aunque muchas y exigentes, no le impedían su asistencia a los actos de la comunidad, donde difícilmente se lo veía faltar. Era un entusiasta en la observancia de la vida monástica, un asiduo lector de las Sagradas Escrituras y un firme defensor ante quienes no creían en ella y la atacaban.

Cuando el diáfano cielo español comenzó a cubrirse de grises nubes anarquistas y los murmullos de una contienda comenzaron a ser cada vez más audibles, el laborioso hermano mostró tener clara visión sobrenatural del asunto. Cierta día, antes de iniciarse el Movimiento Nacional, mientras un grupo de juniore discutían sobre el Reinado de Cristo en España, intervino el hermano con esa sabiduría que dan las canas y el contacto cotidiano con

lo divino diciendo: «¿y si el Reinado de Cristo es que a todos nos maten?», dándoles a entender que vanamente se ilusionaban los jóvenes con ostentosas victorias cuando el Capitán de todos ellos había vencido muriendo.

Y finalmente le llegó su propia hora. Siguiendo las huellas del divino maestro, él también moriría solo, sin la compañía de su comunidad.

Sucedió que, junto con el hno. Vicente Burrel, había partido del Pueyo el 20 de julio rumbo a Torres de Alcanadre. Mientras permanecieron un par de días ocultos en los encinares circundantes al Monasterio fueron testigos de la detención y expulsión de los monjes.

Llegaron a su pueblo el día 23 entre las 2 y 3 de la madrugada. Se dirigieron directamente a la casa de Pablo, hermano de nuestro mártir. El primer día de estancia en ella, un grupo de milicianos preguntó por él, que se presentó inmediatamente ante ellos para averiguar qué buscaban. Éstos le respondieron que permaneciera allí pues nada le sucedería. Allí se quedó con el hno. Vicente, viviendo en el pajar de su hermano de donde sólo salió una vez para presentarse ante el Comité Local que lo había mandado llamar para interrogarlo en «La Casa del Pueblo» e infundirle miedo con intención de que abandonara Torres de Alcanadre.

Fue finalmente el hno. Vicente quien abandonó a su compañero y al pueblo de Torres de Alcanadre el 25 por la mañana «para encontrar la muerte y ser el primero de los monjes en recibir la palma de los inmolados». Mientras tanto Lorenzo permaneció en casa de su hermano hasta la feliz mañana del 5 de agosto, fecha en que fue martirizado. Ese día, sobre las 9 de la mañana, un camión de milicianos

provenientes de Monzón llegó a la casa donde se escondía el monje aragonés. Al escuchar las voces de los que lo buscaban se presentó sin que lo llamaran. Antes de subirle al camión lo registraron, arrojaron al suelo un rosario y estampas que encontraron en sus bolsillos y entregaron a sus familiares una pequeña navaja diciéndoles: «tengan esto como recuerdo», lo que delató sus intenciones. Inmediatamente le ordenaron trepar al camión al que «subió como un cordero, sin decir nada, ni siquiera unas palabras de despedida a la familia», tal vez para no comprometerlos.

Un poco más adelante se sumaron al siniestro convoy «los López» (padre e hijo) que compartirían la misma suerte de nuestro mártir. Los tres fueron conducidos a la cantera de Torres de Alcanadre; y allí, junto a la carretera que se dirige a Peralta de Alcofea, en una pequeña planicie del monte de esta localidad, fue consumado el triple crimen.

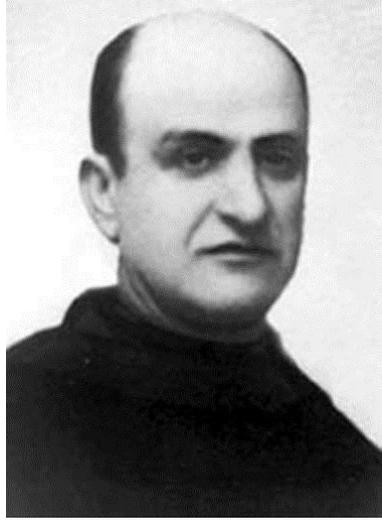
Al día siguiente los cadáveres inmolados fueron reconocidos por un pastor de la zona, quien encontró los cuerpos insepultos, desnudos y con rastros de haber sido quemados con gasolina. Lorenzo estaba con los brazos cruzados sobre el pecho y debajo de ellos advirtió un bulto cuadrado y grueso que le pareció un libro.

D. Rafael Lacambra dice que por la fecha escuchó este comentario en el control de su pueblo, Peralta de Alcofea, de boca de los mismos que mataron a las pacíficas víctimas: «Los dos viejos no se movieron de sus puestos, pero sí el López hijo». Así murió el hermano Lorenzo Santolaria, sin moverse de su puesto, con 64 años de edad y 33 de consagración absoluta a Dios en la vida monástica, 33 años... sin moverse de su puesto.

XVI. Beato Lorenzo Sobrevía Cañardo

He aquí el otro hno. Lorenzo; el anterior apellidado «el agricultor», éste por su parte «el albañil». El primero, célebre por su vigoroso desempeño en las tareas agrarias; el segundo, distinguido por sus formas un tanto aristocráticas, su higiene, puntualidad y por una calva que le daba aire señorial, al punto que una vez el Obispo de Burgos lo tomó por antiguo sacerdote y le solicitó lo confesase.

Aragonés de Huesca, nacido el 16 de abril de 1874, con 21 años golpeó las puertas del Monasterio, luego de haber aprendido en su juventud el oficio de albañil; y reclamó ser admitido en la estirpe de los grandes hombres que dejan todo



para dedicarse a Dios solo. En 1897, en la fiesta de Santa Escolástica, la hermana del gran patriarca de los monjes de Occidente, nuestro hno. Lorenzo Sobrevía recibía el hábito monástico y abandonaba para siempre su viejo nombre, Toribio, asumiendo el de su coterráneo mártir de los siglos primeros. Al año siguiente emite sus primeros votos religiosos.

Como monje demostró sus excelentes habilidades en albañilería con sus trabajos en el mismo Monasterio del Pueyo, que no fueron pocos, en el de Valvanera (La Rioja), Palacios de Benaber y, sobre todo, en la restauración del artístico claustro de Santo Domingo de Silos (Burgos). Es-

tuvo también a cargo de la tienda de medallas del Monasterio.

Pero su labor más importante fue la que desempeñó los últimos años. Considerando su nivel cultural y sus formas cuidadas, fue elegido para ayudar al Prefecto de los colegiales, p. Raimundo Lladós, en el cuidado y la educación de los más pequeños del Monasterio. Acompañaba a los aspirantes en sus salidas, en los recreos, en las ceremonias litúrgicas y en la Santa Misa diaria que el p. Prefecto celebraba para ellos. Su alta figura, rosario en mano, cuidando a los pequeños en sus momentos de ocio ha quedado grabada en la memoria de quienes estuvieron a su cargo. Y allí lo encontramos en las tensas noches previas al prendimiento de los monjes, velando sobre los colegiales desde su celda contigua a las habitaciones de éstos, sin pegar un ojo y cambiando impresiones por la ventana con los sacerdotes jóvenes que vigilaban el Monasterio.

Quienes con él vivieron recuerdan la bondad de su carácter, su meticulosidad en el trabajo, su afable y sonriente trato y su paciencia bien probada, ya que a pesar de que la mayoría del tiempo lo pasaba con los «monjecitos», pocas veces se lo vio enfadado o riñéndolos. Durante la prisión previa al martirio, lo dispensaron de esta tarea con los aspirantes, para que pueda compartir más momentos de vida comunitaria con los religiosos mayores.

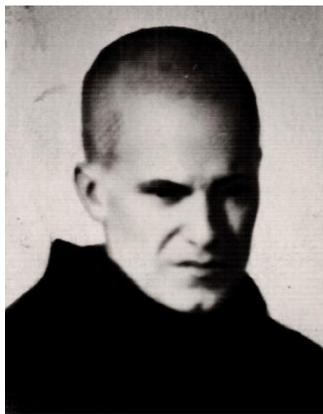
«Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca» (*Mt 7, 25*). La fidelidad a Nuestro Señor se convirtió en la más imperecedera obra de albañilería del gran constructor que fue Lorenzo Sobrevía Cañardo. Compartió en todo la suerte de la comunidad martirial y después de haber vivido más de treinta

y cinco años muerto al mundo, en la gloriosa madrugada del 28 de agosto de 1936, su sangre derramada por Cristo se mezcló con la de sus hermanos con quienes ya se había unido en un mismo corazón y una misma alma.

XVII. Beato Ángel Fuertes Boira

El martirio es una gracia sublime que Dios dona a quién Él quiere, según su Voluntad, según sus planes. Y así va acomodando los contingentes para que se cumplan los designios de su Divina Providencia. El hno. Ángel Fuertes Boira no era un monje del Pueyo, pero como Dios quería permitirle que ahí entregase su vida en el supremo testimonio, movió los hilos de lo contingente para que en el año 1933 se sumase a la gloriosa comunidad podiense.

El 2 de agosto de 1889 nació el entonces llamado Antonio, en la misma ciudad en la que el apóstol Santiago recibió los consuelos de la Celestial Señora aparecida sobre un pilar. Con 24 años profesó por primera vez, el 8 de septiembre de 1913, para la Abadía francesa de Ligugé (Vienne) en el Priorato benedictino de Cogullada (Zaragoza), dependiente de aquella. Allí entregó a la Iglesia más de veinte años de vida monástica hasta que el Priorato fue cerrado. La mayoría de los miembros de aquella pequeña comunidad se reincorporaron a la casa-madre en Francia, salvo el h. Ángel y el h. Hilario Simón, quienes fueron aceptados por el entonces Prior del Pueyo, el p. Román Ríos, para residir



temporalmente en este Monasterio pero sin perder su filiación a Ligugé.

El h. Ángel padecía un seria desviación en la columna vertebral que le obligaba a ir un tanto encorvado y afectaba su sistema nervioso volviéndolo fácilmente irascible. Dificultad que le provocó grandes luchas en su vida religiosa y que no dudamos le ayudó a crecer en santidad. Su alma que buscaba de veras a Dios con una fe admirable y tenía un deseo profundo de perfección, sufría mucho sus propios defectos y desvaríos. Al punto que, a la par de quienes recuerdan su mal genio sin razones aparentes, están quienes reconocen su carácter humilde y su bondad destacada.

En el Monasterio ejerció el oficio de cocinero y durante el cautiverio en el Colegio de los escolapios no dejó de servir a su comunidad en la distribución de la comida que las bondadosas manos del claretiano h. Vall preparaban en la cocina carcelaria.

En los días previos al prendimiento, ante el temor del asalto de las turbas anarquistas, cuando otros eligieron abandonar el Monasterio o esconderse en los bosques, el h. Ángel permaneció con los suyos, en su puesto, la cocina, y ayudando con las guardias día y noche.

Días después, ya en prisión, el 13 de agosto, los milicianos liberaron algunos presos por su condición de extranjeros y entre ellos partió su antiguo compañero en Cogullada, el h. Hilario Simón de quien nos llega el testimonio de los deseos martiriales del h. Ángel durante la cautividad: «Hasta ese momento el h. Ángel estaba como todos los otros, muy resignado a la muerte; él también contento de poder morir como mártir». «Sabemos también» –escribe su antiguo Prior el p. dom Pedro Basset– «que durante su cautividad, la gran preocupación del h. Ángel era la de no

ser asesinado por un motivo político, sino únicamente porque era religioso ya que así él sería verdaderamente mártir. Es evidente que su deseo, tan conforme con su gran espíritu de fe, fue plenamente escuchado».

En la madrugada del 28 de agosto, junto a toda su familia podiense, y solamente motivado por la defensa de la fe que odiaban sus verdugos, subía al camión de la muerte a recoger la palma de la victoria consumada.

XVIII. Beato Vicente Burrel Enjuanes

Amanece el 26 de julio de 1936, día fatídico en la historia de la diócesis de Barbastro. Fatídico y glorioso. La persecución religiosa que barrerá con casi todo el clero se cobra hoy sus primeras víctimas. Bien temprano comienza la faena. El primero en dar su vida por Cristo es don Marcelino Capalvo, canónigo y director de *El Cruzado Aragones*. Poco después, dos jóvenes laicos, Luis Alfonso, miembro de la Acción Católica de Barbastro, y José María Puente Noguero, Presidente de la misma. El glorioso cortejo martirial de Barbastro cuenta ya tres representantes en la corte celeste, un clérigo y dos seculares. Pero faltaría un religioso para que todos los estamentos de la Iglesia se vean representados en la gesta de este día. Sólo un par de horas más tarde los enemigos de la fe encuentran



una cuarta víctima donde clavar sus dientes, el hno. Vicente Burrel Enjuanes.

Pocos días después de la Navidad de 1896, el 28 de diciembre, nació Vicente en «Casa Pallarés», en el pueblo de Juseu (Huesca), donde vivía el feliz matrimonio de Julián Burrel y Joaquina Enjuanes junto con sus ocho hijos, cuatro varones y cuatro mujeres. La familia, aunque numerosa, gozaba de una situación económica «desahogada» que les permitía contar, incluso, con un par de criados que ayudaban en las tareas domésticas.

Ya desde pequeño, «Vicentico» mostró ser diferente a los demás niños del pueblo. Cuenta su hermana Nieves que escuchaba Misa todo los días, y que su paseo favorito era de su casa a la iglesia y de la iglesia a su casa, distantes menos de cien metros una de la otra. Era muy bondadoso, un tanto retraído. No se enfadaba con nadie y huía de los grupos.

Luego de estudiar los primeros años en su pueblo la familia lo envió a Cambrils (Tarragona) a que continuase sus estudios. Allí siguió la carrera para Maestro nacional y aunque no terminó, ejerció su oficio con niños por algún tiempo.

Su modo de ser reservado y bondadoso, junto con su piedad y frecuencia en los sacramentos, fueron un terreno fértil donde germinó vigorosa la semilla de la vocación contemplativa. Y así, con 25 años, en 1921, dejó el blanco de tizas y guardapolvos para asumir el negro de los hijos de San Benito. Al año siguiente emitió sus primeros votos y el 11 de julio de 1925 confirmó para siempre su entrega total a Cristo mediante la Profesión solemne.

En el Monasterio ejerció varios oficios: zapatero, ayudante de cocina y encargado de la tienda de comestibles de la que se nutrían los veraneantes. Pero el principal fue el de «refitolero», cargo sobre el que pesaba la responsabilidad de la limpieza del refectorio, la colocación de platos y utensilios, jarras, botellas y vasos, pan y postres, todos los días y para toda la comunidad. Juntos, colegiales y monjes, llegaron a sumar por momentos más de setenta comensales a la mesa. «Siempre lo tenía todo ordenado y muy limpio; nunca faltaba ningún detalle» cuenta Rafael Lacambra, que lo vio ejercer esta función por más de ocho años.

En las páginas finales de la odisea podiense el hno. Vicente se adueña de un capítulo aparte para él solo. Su solitaria muerte, la primera del grupo, junto con la travesía de los días previos, es una de las mejor documentadas.

En busca de salvación en aquel mar borrascoso de la revolución, salió del Monasterio la tarde del 20 de julio con el hermano Lorenzo Santolaria rumbo a Torres de Alcanadre, pueblo de éste último. Luego de una breve estadía, presionado por el Comité revolucionario local y el temor a comprometer a sus anfitriones, decide continuar viaje y buscar refugio en otro sitio. El día 25 de julio partió muy de mañana vestido de paisano, con una blusa, pantalones y alpargatas negros y con otra muda de repuesto.

Al dejar la casa de los Santolaria se enfrenta a una angustiosa y abrumadora soledad. A eso de las 9 de la mañana llegaba a Berbegal donde, reconocido como monje del Pueyo fue registrado quedándose sin el salvoconducto que le habían extendido en Torres y que le fue destruido. Continuó viaje, y una hora después se hallaba en Fornillos, pueblo situado cerca del Monasterio. La bondad de la gen-

te lo llevó a casa del alcalde, conocido suyo, quien le dio de comer y lo ocultó en una habitación.

Vicente se encontraba triste y cansado. Muy pronto abandonó Fornillos con un paquete de comida que le habían preparado, en dirección hacia Fonz, donde tenía una hermana casada. Por el camino le atendieron en algunas «torres» (casas de campo), dándole de beber y orientándolo para seguir viaje. Durante estos trayectos casi no hablaba, pero cuando vio la columna de humo que se elevaba desde el Pueyo comentó al hombre que lo acompañaba: «Ya están incendiando la iglesia, pero la Virgen no la quemarán, pues no darán con ella».

Para llegar a Fonz debía cruzar el caudaloso río Cinca. Sabemos que el 26, muy de mañana, un buen señor le indicó el lugar más propicio para vadear el río. Poco después se lo vio pasar por dos casas de campo. Primero por la «torre Tomás» y a eso de las 7 por la «Palacín» donde un joven le abrió la puerta, le dio de beber y lo acompañó hasta la orilla del río, aunque no se atrevió a cruzarlo pues bajaba muy crecido y él se hallaba extenuado.

Por fin, precisamente cuando creyó haber encontrado un lugar apropiado para cruzar el río, apareció un camión de milicianos en dirección a Barbastro quienes lo detuvieron y registraron. Y al vaciarle el hatillo dedujeron fácilmente su procedencia religiosa y lo detuvieron de inmediato. En Barbastro un vecino lo vio pasar con los milicianos por el puente del Amparo: «Iba cabizbajo, silencioso y pobremente vestido». Los milicianos lo maltrataban sin compasión por ser religioso y una vez subida la cuesta del Rollo, al ver la ropa que llevaba le dijeron:

«— ¿Lo ves? No puedes negar quien eres.

– No lo niego: soy del Pueyo, pero no me peguen».

A empujones lo llevaron calle arriba, mientras le decían:

«– Tira p'alante que te vamos a dar la comunión».

Pasó cerca del Convento de las capuchinas y al llegar al promontorio de Santa Bárbara le hicieron dar unos pasos y le dispararon. Serían las 10:30 de la mañana del día 26 de julio. El hermano Vicente, que contaba entonces 39 años, cayó exánime al instante. Su cuerpo fue trasladado e inhumado en la misma fosa que las otras tres víctimas de ese día en el cementerio de Barbastro.

No dudamos que Nuestro Señor quería agasajar a sus amados monjes como en su casa, y por eso llamó primero a este hermano, a quien risueñamente apodaban «Charitatis», para que, así como lo había hecho tantas veces en el Pueyo, le ayudase a preparar la mesa del Banquete Eterno para recibir a todos sus hermanos.

Capítulo 5

LOS SUCESOS DE JULIO DE 1936

EN BARBASTRO Y EL PUEYO

«La situación religiosa de Barbastro y su comarca» —se dice en la *Positio super martyrio* de los benedictinos del Pueyo— «era, ni más ni menos, la misma que vivía el resto de España. Y tampoco podemos esperar a los acontecimientos de 1936 para juzgar la existencia de la persecución. Se ha escrito mucho sobre el tema, pero los hechos hablan con claridad».

No es este el momento de repetir una vez más los inúmeros atropellos que hubo de padecer la Iglesia en España desde el advenimiento de la II República en 1931. Tampoco nos toca hablar de la naturaleza «intrínsecamente perversa» del comunismo (S. S. Pío XI, Enc. *Divini Redemptoris*, n. 60), doctrina antihumana y enemiga del Cristianismo, que con un plan preciso quería adueñarse de España para hacer de ella otra dictadura soviética como la de Rusia. De lo mucho escrito a estos respectos y sobre la situación general de aquellos años de persecución y postergación de la Fe de parte de los gobiernos democráticos, podemos volver a recomendar la obra de Antonio Montero Moreno, *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*. También puede iluminar mucho la lectura de los dos tomos del p. Jorge López Teulón, *El mártir de cada día*, y las demás obras de este mismo autor, que hoy es quizás quien mejor entiende este periodo de la historia.

Nos detenemos sí, aunque someramente, en los hechos más inmediatos a la narración que estamos haciendo, que son los sucedidos en Barbastro, capital del Somontano, particularmente en el año de 1936. Para abordar este asunto resulta insoslayable, desde su aparición en 2011, la referencia a la gran obra de Martín Ibarra Benlloch, *La persecución religiosa en la diócesis de Barbastro-Monzón (1931-1941)*, hecha en dos tomos apretados de información.

Para mediados de la década de 1930 contaba Barbastro con unos 8.000 habitantes, y padecía de hervores revolucionarios. «Durante los años de la República» –dice d. Santos Lalueza– «había sido muy minado por la Masonería y por los partidos de izquierda». En la *Positio* se agrega que «el ambiente callejero era antirreligioso, a pesar de predominar las personas pacíficas e incluso creyentes».

El Ayuntamiento, en manos de los enemigos de la Iglesia, había cargado contra ella en agosto de 1933 asaltando el Seminario diocesano, en pleno centro de la ciudad, con el alcalde Pascual Sanz a la cabeza de un grupo de forajidos. Querían hacerse con el edificio, que se encontraba entonces medio vacío por estar de vacaciones los seminaristas. Los derechos aludidos eran inexistentes y la Justicia ordinaria de Huesca le había obligado a la restitución del inmueble. Pero el asunto no terminaba allí. Se había hecho de la incautación del Seminario una cuestión de honor, si así puede llamarse a una injusticia tan manifiesta como esa.

En 1934 y 1935 se tensa el ambiente, se producen hechos antirreligiosos aislados pero cada vez más frecuentes, e incluso se habla de Barbastro a nivel nacional tras la Vigilia de Adoración Nocturna (Fiesta de las Espigas de

Barbastro) que se realiza en el Pueyo en junio de 1934, con gran asistencia de hombres, de los cuales muchos jóvenes y miembros de la Adoración Nocturna de Barbastro, acusados por un periódico madrileño de conjurados «fascistas». Muchos de quienes participaron en aquellos actos de piedad fueron luego martirizados por su fe.

A mediados de 1935 se conoce la noticia de la promoción del Obispo de Barbastro, d. Nicanor Mutiloa, a la sede de Tarazona, y unos meses después se sabe el nombre del nuevo Obispo de la sede de San Ramón; es un sacerdote vallisoletano de piedad probada y experiencia en la acción social: Florentino Asensio Barroso. Su consagración episcopal tuvo lugar en enero de 1936. El 8 de marzo, por medio del Presidente del Cabildo, tomaba posesión de la diócesis, a la distancia. Ese mismo día el Capítulo del Pueyo decidía la partida de los colegiales a Navarra, que se efectuó el 18 del mes. La entrada de d. Florentino en Barbastro se había anunciado para el 15 de marzo, pero la certeza de una manifestación preparada oficialmente para su repudio le hizo postergarla al día siguiente, en que llegó disimuladamente desde Huesca, entendiendo en esos primeros signos de la Providencia que su episcopado estaría señalado por la Cruz de Jesucristo, el Pastor bueno que «da su vida por las ovejas» (*Jn* 10, 11), y junto con ellas también.

El 21 de marzo, «a propuesta del Frente Popular de izquierda Republicana», se prohíbe en Barbastro el toque de campanas en las iglesias.

En abril apareció la primera y única carta pastoral que el Obispo Asensio dio a su diócesis: *Ut omnes unum sint*, la llamó (*Jn* 17, 21: «que todos sean uno»). En ella explicaba el sentido de éste, el lema elegido para su ministerio, y tras

analizar la decadencia religiosa y social generalizada, hacía un llamamiento a la unidad, encomendando a sus fieles a la protección de la Virgen del Pueyo, «patrona de esta región barbastrense, atalaya espiritual de sus comarcas, fuente perenne de aguas santificadoras para cuantos la visitan e invocan».

Para el mes de mayo se multiplicaron en España las detenciones con pretexto político pero trasfondo netamente religioso. Para descomprimir la opinión pública contraria, el Obispo Asensio colaboró con una buena cantidad para obras públicas del Ayuntamiento, y en el Obispado se proyectó un muro de contención y cerramiento del huerto cuyo inmediato fin era el remedio de quienes estaban en paro.

Sin embargo, pese a sus esfuerzos de conciliación, las cartas estaban echadas en contra suya y de la Iglesia de Cristo. El 3 de junio el Alcalde cargó nuevamente y se incautó de manera definitiva el Seminario conciliar, procediéndose inmediatamente al derrumbe del edificio. Los atropellos eran muy manifiestos y se dejaba ver que su motivo no era humanitario ni social, ni político, sino fundamentalmente trascendente, religioso: se odiaba a lo que la Iglesia representaba en el mundo y en la historia de España. Ese significado era el objeto de la destrucción. Había que lograr hacer realidad la consigna dada por Manuel Azaña en forma de aserto al asumir su cargo en 1931: «España ha dejado de ser católica». Pronto el corazón de miles de españoles mártires y héroes de la patria les habría de demostrar que si dejase de ser católica, España dejaría de ser España.

Sobre fines de junio retornaron al Pueyo los niños del Colegio y el p. Raimundo, su Prefecto. Por aquellos días, o

quizás ya iniciado julio, subieron de incógnito dos personas al Pueyo, una de ellas el Gobernador, que requirieron verlo todo; el p. Palazuelos se encargó de mostrárselos, y según dice, fue la Santísima Virgen del Pueyo quien le inspiró las verdaderas señas de los visitantes, que ya tenían en mente incautar el Monasterio, al parecer con el objeto de hacer allí un hospital.

El día 11 de julio, Solemnidad del padre San Benito de Nursia, los benedictinos celebraron la Profesión perpetua del joven d. Aurelio Boix, y Mons. Florentino subió a darle la tonsura y a comer con ellos para celebrar a su santo patrono. Tras la comida representaron los monjes un drama sobre la vida del Patriarca del Monacato occidental. Ese día se habló entre los futuros testigos sobre la situación anticristiana imperante y el destino que les podía deparar. Cuenta el p. Benabarre que d. Aurelio, que en el drama representaba a San Benito mismo, le dijo en aquella ocasión a su hermano Joaquín: «Estoy preparado para lo que Dios quiera, así de pensamiento, como en el fondo de mi alma».

Dos días después se produjo el crimen contra el diputado a Cortes José Calvo Sotelo, que precipitaría los planes que en el ejército se concebían para la restauración nacional española. El 18 de julio se consuma en el protectorado español de Marruecos el levantamiento del general Francisco Franco y en una o dos jornadas todo el territorio español queda separado en dos bandos que se enfrentarán durante tres años.

En la lejana Barbastro la situación política iba a tener un actor principal, que es el coronel José Villalba. Este militar, jefe de la guarnición del Regimiento General Ricardos, a la entrada de Barbastro, había garantizado en dife-

rentes ocasiones a mucha gente de Iglesia que se haría con la plaza cuando fuese necesario, y que nada había que temer estando él al mando. También el p. Mauro Palazuelos quiso enterarse por el coronel de la situación y envió a dos sacerdotes vestidos de civil, los pp. Ramiro y Anselmo, que se entrevistaron con él y volvieron dando buenas al Monasterio. Pero la realidad no era tan halagüeña como la pintaba Villalba, que veía desarrollarse sucesos sin decidirse a intervenir. Ya el 18 por la noche habían llamado la atención cantidad de extraños personajes que en secreto subían y bajaban del Ayuntamiento; un grupo de elementos revolucionarios, con el Alcalde Sanz a la cabeza, se habían reunido en un bar para recibir órdenes desde Huesca, adonde se había trasladado una avanzada desde Barbastro. Señala Ibarra que «en la madrugada del domingo 19 se formó el Comité de Enlace Antifascista» (y coloca la triste nómina de sus miembros). Aquella misma noche se celebró la Vigilia eucarística en el Obispado, como se acostumbraba. Fue la última por mucho tiempo.

El mismo 19 los militares se hicieron con las plazas de Zaragoza y Huesca, e intimaron a Villalba a levantarse en Barbastro. Pero el coronel estaba pendiente de Barcelona, donde el Movimiento Nacional tenía problemas, y además no veía clara la propia situación en Barbastro. Aquel día se celebraron todavía algunas Misas por la mañana. Pronto se dio la orden de cerrar todas las iglesias. Los anarquistas detentadores del poder hicieron requisita de las armerías de Barbastro y patrullaban la ciudad; entonces fue cuando detuvieron al joven José María Puente Nogueru, laico comprometido y miembro de la Adoración Nocturna de Barbastro, y lo llevaron a la cárcel del Partido. A partir de allí las detenciones se hicieron frecuentes por varios días.

El lunes, día 20, se hizo registro del Palacio episcopal, aunque todavía se dejó libre al Obispo. Ese día por la tarde hubo otro registro, éste en el Seminario de los claretianos, que dio como resultado el traslado de toda la comunidad de jóvenes estudiantes, con sus sacerdotes formadores, al Salón de actos del Colegio que los escolapios tenían en la Plaza del Ayuntamiento, y que había sido requisado para usos del Comité (será principalmente cárcel de religiosos y comedor de efectivos milicianos). Los tres Superiores claretianos fueron llevados, sin embargo, a la cárcel común, para privar incluso de este apoyo a los seminaristas y sacerdotes más jóvenes.

Probablemente haya sido aquel lunes 20 el día en que Villalba abandonó definitivamente sus primeras intenciones (según Ibarra es la versión más verosímil, aunque también hay testigos que hablan del 22 e incluso del 23 de julio). En su libro *Esta es nuestra sangre*, el p. Gabriel Campo relata claramente lo sucedido:

«Villalba tenía que decidirse, o a favor o en contra. El tiempo había jugado contra él, pasase lo que pasase. Algunos lo descalifican, como un traidor o un cobarde que no supo o no quiso definirse. Estudiada desde diversos ángulos, su personalidad parece más bien patética: su impaciencia inicial, su compromiso de sublevarse, su turbación al ver hundidas las dos capitales, Madrid y Barcelona, y la flota en manos de los marinos, sus discusiones con los oficiales, su abrumadora responsabilidad en todo lo que estaba ocurriendo en Barbastro y en lo que se venía encima.

El Comité de Barbastro despachó una comisión al cuartel para intimarle la rendición o el acoso, como en los desgraciados cuarteles de Barcelona y Madrid, donde los sublevados habían sucumbido y sólo aguardaban un juicio

sumarísimo, si no habían sido degollados por los milicianos embravecidos. El “pueblo” no podía esperar más. Era el *ultimátum*. El cuartel, por otra parte, estaba minado por activistas dispuestos a unírseles o a crear el caos.

Había caído la noche. Los de la comisión habían acordado disparar al aire un cohete si los cuarteles se unían a la causa. Villalba exigió la garantía de que se respetase la libertad de los oficiales que no aceptasen pasarse a la revolución. Los anarquistas cedieron. Villalba les dio la mano, al fin, los abrazó como un camarada más y ordenó un rápido desfile de tropas “leales” a la República por el centro de Barbastro.

Poco después estallaba en medio de la noche el primer cohete».

Completa la escena un testigo: «A las once de la noche toda la población de Barbastro se asomaba a los balcones, atraída por los gritos estentóreos que subían de la calle: eran los soldados que, puño en alto y a tambor herido, aclamaban la revolución y el comunismo libertario. Delante iba el coronel en mangas de camisa, abrazado con efusión a dos anarquistas, sonriendo feliz».

Barbastro se transformó entonces en un punto estratégico importante para el frente bélico de Huesca. Pronto, como dice el p. Alejandro Pérez, «atrajo milicianos de todas las castas que, al mismo tiempo que defendían la vanguardia, “limpiaban” la retaguardia (ciudad y comarca) de personas sagradas y dignísimos seglares». El 21 continuaron las detenciones y el 22 se tomó prisionero, oficialmente, al Obispo Asensio. Ese día se registró el Convento de las capuchinas que sería también utilizado como cárcel.

El 23 de julio, en medio de un ambiente tan extraño para ellos, por lo convulso y lo alterado, llegaban a la ciudad, de pie sobre la parte trasera de un camión, y con custodia armada, el grupo de benedictinos y colegiales que habían sido despojados de su «fortaleza» alta del Pueyo. Fueron puestos en el Colegio de escolapios, en un segundo piso, en el cual ya estaban ingresados el Obispo y algunos sacerdotes y laicos más, junto con la comunidad de los hijos de San José de Calasanz presa en su propia casa.

Los monjes se habían enterado del Alzamiento de Franco el mismo día 18 de julio, gracias a un aparato de radio que tenía en la Hospedería una familia amiga, que pasaba allí algunos días del verano. Por pedido del p. Palazuelos prestaron este receptor a los monjes hasta el día siguiente por la tarde, en que decidieron marchar viendo el cariz que tomaban los asuntos.

El día 19, cuando Barbastro se declaró desde su Alcaldía como súbdita del Gobierno republicano y mientras se producían los primeros desmanes, tuvo lugar probablemente la relatada incursión, por cierto obra de grande audacia, de los pp. Ramiro y Anselmo, en busca de noticias más concretas. Aquella noche un laico de apellido Perrela, junto con su hijo, ambos de oficio mecánicos y de público y activo catolicismo, quisieron acercarse hasta el Santuario a fin de poner a salvo a los monjes, pero fueron interceptados por piquetes de seguridad a las afueras de Barbastro y se les requisó el camión en que iban; poco tiempo después ambos serían hechos también prisioneros. Los monjes, según relata el p. Plácido, oyeron bocinazos desde lejos y vieron acercarse luces hasta cierto punto por el camino; y nada más.

Ya a esta altura se hacían turnos nocturnos de vigilancia en la plaza que está bajo la Hospedería, y a partir del día 20 comenzaron los colegiales y algunos monjes más a refugiarse en el monte durante la jornada, por precaución de un ataque violento, como ya se señaló. «Los actos de estricto reglamento monástico seguían su curso normal, a pesar de que el nerviosismo y la vigilancia extremáronse ante el relieve de los acontecimientos». La Misa de aquel día era de *Requiem* en sufragio del alma de un hermano lego llamado Félix, fallecido el día 14. Al terminar esta llegó al Monasterio el Sr. Ignacio Carcavilla, padre de uno de los juniore, que puso en alerta de los sucesos de Barbastro al p. Palazuelos y llevó consigo a su hijo.

El p. Prior convocó inmediatamente a Capítulo, en el cual expuso la proximidad de un asalto al Monasterio; allí fue que los juniore que habían quedado y no habían estado presentes en la asamblea capitular por tener solamente votos temporales, al enterarse de lo hablado por medio del p. Honorato, le solicitaron armas para la defensa; eran tres, a los que respondió el futuro mártir que ellos ya habían decidido morir al franquear la puerta del claustro. A los juniore se les permitió marchar a sus casas, pues eran todos de pueblos cercanos; a uno de ellos, Rafael Lacambra, se le envió en compañía del subdiácono Lorenzo Ibáñez, con el propósito de poner a salvo la documentación del Monasterio. El resto también podía marchar si era su voluntad, y a cada uno que decidía partir se le ayudaba con 60 pesetas; además de los juniore y d. Lorenzo Ibáñez, salieron aquel día los hermanos Lorenzo Santolaria y Vicente Burrel, en dirección al pueblo del primero, al que no llegaron hasta el día 23, pues caminaban de noche y con mucha precaución.

El martes 21 de julio se celebraron nuevamente los oficios monásticos como costumbre. Luego bajaron algu-

nos al monte, otros salieron a sus trabajos, y la mayoría quedó en el Monasterio, haciendo la guardia y a la espera. Estaba pactado que el p. Ramiro hiciera a determinada hora una seña desde las ventanas de la biblioteca, sacando en dirección a los escondidos un pañuelo negro o blanco según lo que hubiese ocurrido, para darles la pauta de si volver o quedarse en sus puestos. Después del almuerzo la comunidad que quedaba en el Pueyo salió a la puerta que da a la carretera para recrearse un poco y comentar las impresiones del día. Entonces fue que vieron al p. Mariano Sierra venir desde el Mesón, con su hábito puesto, y ser detenido por el camión de milicianos, según se dijo, y conducido a Barbastro, donde prestó declaración y fue puesto en la prisión municipal.

El miércoles 22 se celebraba a Santa María Magdalena. Fue el último Oficio celebrado por los mártires en el Pueyo. Ese día por la tarde subieron dos hombres en moto, habiendo terminado los monjes de rezar el Rosario y recitar los gozos de la Virgen, y requirieron la presencia del p. Prior. Estaban alrededor todos, incluidos los colegiales; de hecho en el relato del p. Plácido M^a Gil se puede encontrar el detalle de aquel día y de los siguientes, que no tienen ningún desperdicio por la vivacidad del testimonio. Aquí consignamos esto: que los dos hombres les dijeron que debían abandonar el Monasterio y que los bajarían al Mesón, que les dejaron ir a por lo necesario para llevar de allí, que el p. Prior mandó se recogiese el Santísimo y se guardase la imagen de la Virgen, lo que cumplió el p. Ildefonso, y que convidaron a sus captores con jamón y vino del producido por la bodega del propio Monasterio.

La noche la pasaron en el Mesón, y en un granero que estaba a su lado. Los guardias que tenían no entraron a la casa, por lo cual al día siguiente todos los monjes pudieron

celebrar la Misa en la capilla que había allí, y participar de ella y comulgar quienes no eran sacerdotes. Por la tarde, subidos en un camión, fueron escoltados hasta el Colegio-prisión, de donde sólo saldrían la noche del 27 al 28 de agosto, en que entregaron su vida.

Capítulo 6

LA ANTESALA TRIUNFAL: PRISIÓN Y VIDA CARCELARIA

*«Para que la fría enseñanza de la mente sea completada
con el arrebató de la voluntad, Dios ha puesto
al margen de los siglos un reguero de “vidas”
selectas y ejemplares que contienen en sí la solución
de cada instante y acentúan aquella parte del “Credo” cristiano
que en cada instante se acomoda más a las necesidades del momento.
Cuando la disciplina monástica se relaja, nace un San Benito;
cuando la sociedad se endurece, un San Francisco;
cuando el protestantismo se inicia, un San Ignacio;
cuando la lucha social se agrava, un San Vicente de Paúl.
Cuando la balanza de la Humanidad se desequilibra,
Dios arroja en uno de sus platillos un santo, que, en definitiva,
pesa tanto como las necesidades y los problemas
de aquel instante de la vida».*

(José M^a Pemán)

Cierto es que absolutamente nada escapa a la Divina Providencia. Incluso de la muerte más injusta de todas, la de nuestro Señor Jesucristo, Dios sacó un bien aún mayor que este mismo mal como lo es la Redención del género humano y el triunfo definitivo de su Hijo amado sobre el pecado y sobre la muerte. Y de esta misma manera se insertan nuestros monjes mártires en el sabio y excelso designio divino, puesto que tanta era la impiedad y tan acerba la diabólica injusticia que se introdujo en la España del

36, que Dios decidió contrarrestar la balanza desequilibrada arrojando sobre *el platillo de la fe* un copioso, variado e insigne puñado de almas fieles. Ellos, uniendo su sangre a la del Verbo Encarnado, se convirtieron también en aquel «bien mayor» que sólo Dios sabe sacar de entre las cenizas. Y hoy relucen e interceden por nosotros en la gloriosa Patria Celeste que compraron a precio de la propia sangre. He aquí una somera pincelada de lo que son nuestros mártires benedictinos.

Pero como no se llega a la meta sin andar el sendero, ni existe el justo premio sin antecederle el esfuerzo, de igual modo corresponde tratar acerca de la prisión y vida carcelaria de nuestros monjes mártires, lugar del temple definitivo de su fe y antesala de su entrada triunfal en la eternidad. Asentaremos este propósito sobre el testimonio presencial del p. Plácido Ma. (Miguel por entonces) Gil Imirizaldu, a quien ya citamos otras veces, compañero de prisión de nuestros queridos mártires, «testigo privilegiado de una de las páginas más bellas del reciente martirologio romano».

El Monasterio del Pueyo fue tomado por los revolucionarios –como dejaron ellos mismos escrito en la entrada de la hospedería– el día 22 de julio a las cinco de la tarde. Desde allí bajaron a nuestros monjes al Mesón, donde pasarían la última noche cerca de su querida Madre, para despedirse emotivamente de ella, luego de haber participado de la Santa Misa, al ser conducidos desde allí rumbo al Colegio de los padres escolapios, convertido en cárcel, donde se reunirían finalmente las tres comunidades religiosas de Barbastro –claretianos, escolapios y benedictinos– para trazar el último trayecto de su vida mortal hacia la eternidad.

Y he aquí nuevamente cómo la permisión divina seguía delineando el triunfo definitivo de estos religiosos sobre los torcidos renglones de los hombres impíos, con aquellas sus «paradojas» que a menudo escapan al entendimiento humano, hasta que no se miran hacia atrás una vez que la divina obra ha sido consumada. Esta gran paradoja es la de haber hecho «prisioneros» a nuestros monjes y demás consagrados, y puestos en una «cárcel» que terminaría siendo no otra cosa que el perentorio lugar de su absoluta liberación de las ataduras de este mundo.

Y esto bien lo sabían ellos, puesto que allí se dirigieron, a imitación del Cordero de Dios que *en su Pasión no profería amenazas ni respondía con insultos* (Cf. 1Pe 2, 23), tan dóciles y mansos que a más de uno de sus verdugos asombraron, puesto que iban, sí, cautivos en el cuerpo, pero libres en el alma, enteramente entregados en las manos de Dios. Ésta es justamente la más alta cumbre de la libertad en esta vida: el completo abandono; la ofrenda generosa y sin condiciones de la propia existencia, destello visible del holocausto realizado mediante los sagrados votos que, ahora más que nunca, transparentan el amoroso «don de sí» al Creador, para que Él mismo se sirva de ellos como mejor le parezca, y ¡dichosos aquellos a quienes se les pide dar testimonio con la propia sangre!, ¡dichosa elección divina!

Así entraron en la «prisión» los hijos de San Benito, y así también los miraba desde el Pueyo la Madre del Cielo, esperando el último canto de la *Salve* que de ellos oiría en este mundo.

Respecto al desenlace de los últimos días de nuestros monjes es de sumo valor el testimonio del p. Plácido; es por esta razón que nuestro empeño ahora será más bien re-

saltar algunos aspectos del período carcelario que manifiestan el temple de la fe de nuestros mártires y la entereza de ánimo común a todos ellos en el momento de la prueba, forjando así, como hemos señalado, el acendrado y definitivo desenlace de su abandono total a la divina Voluntad.

El espíritu de familia

Al leer los escritos que nos han quedado acerca del período carcelario de nuestros mártires es de notar cómo, absolutamente todos, se ven como impregnados de un sincero y animoso *espíritu de familia*. Ciertamente que por la misma consagración común de los hijos de San Benito esto es algo normal. Sin embargo, al momento de la prueba, esta realidad se vio tan comprometida en el común testimonio de la fe, que no pudo menos que afianzar sobremanera aquellos lazos en el orden del principio y fundamento ignacianos, es decir, el sentido mismo y sobrenatural de la existencia del hombre: la mayor gloria de Dios y salvación del alma; y esto desde su llegada a la cárcel hasta su salida de ella hacia el triunfal martirio:

«El Obispo de la diócesis se hallaba en una habitación muy próxima, la correspondiente al religioso escolapio responsable del internado. Al punto vino a saludarnos. Y una vez más confirmó el cariño que sentía por los hijos de San Benito. Hacía en realidad muy pocos días, solamente doce, que había celebrado con nosotros la festividad del Patriarca de los monjes. Vestía camisa blanca con chaleco oscuro y pantalón negro. Calzaba zapatillas y no llevaba insignia alguna episcopal. Con él se hallaba d. Marcelino de Abajo, su mayordomo, y el joven seminarista Manuel Laplana, que muy pronto salió de la prisión. Todos besamos la

mano del Obispo y, cuando lo hicimos los colegiales, nos dijo paternalmente:

– ¿también vosotros estáis aquí?

El amable y santo prelado preguntó al p. Prior si los milicianos se habían portado bien con todos, a lo que el p. Prior respondió que nada especial nos había ocurrido, “que nos traían a Barbastro por unos días, porque necesitaban el Monasterio”, según ellos se habían expresado...».

Notable fue también la familiaridad de parte de los otros religiosos detenidos allí, que los recibieron tratando, dentro de sus posibilidades, acogerlos de tal manera que no les faltase lo necesario para sobrellevar su claustral aunque ardua estaba:

«Los padres escolapios nos ofrecieron todas las comodidades que les fueron posibles, e incluso, a los más ancianos y delicados llevaron a dormir en celdas. Los demás debíamos acomodarnos ya en el suelo, ya en sillas o en butacas. También nos ofrecieron algún colchón, pero pronto fueron todos requisados para el servicio del Frente».

La comunidad perseveraba unida en el abandono a las manos de Dios, y como juntos afrontaban la prueba y se animaban a permanecer fieles a su fe, no es extraño que los colegiales, por ejemplo, hayan debido ser finalmente separados por la fuerza, luego de varias propuestas anteriores de dejar la comunidad, a las cuales ellos respondían con negativas, sin pesarles las amenazas, pues querían permanecer con los religiosos y hasta correr la misma suerte que ellos:

«Un rudo golpe a la hermandad reinante entre los diferentes estamentos de la comunidad benedictina: padres, juniors, hermanos legos y colegiales, fue la separación forzosa del grupo de los cinco niños del resto de la comunidad...

... varias veces antes de esa fecha, seguramente por un mínimo de sentido humanitario, las nuevas autoridades habían ofrecido a los niños ir a vivir al Asilo de ancianos desamparados, situado en frente del Colegio, en la misma Plaza del Ayuntamiento. Pero siempre se negaron. Querían estar junto a sus mentores, e incluso correr su misma suerte.

Ahora, la separación fue forzosa. Y aunque fueron alojados en el piso bajo del mismo edificio, ya no vieron más a los miembros de la comunidad, excepto al p. Lladós, su Prefecto, que les hizo una breve y furtiva visita en la noche del 27 al 28 de agosto».

Del testimonio de dom Plácido M^a se desprende, entre otras cosas, el incondicional propósito, hasta de los más pequeños de la «familia carcelaria», por permanecer totalmente fieles; a esta hora decisiva relucía esta convicción más que nunca: la convicción de la fe, aquella que por gracia divina pudieron mantener viva y alimentar gracias a la sagrada Eucaristía, que mantuvo firme su vigor.

Eucaristía y vida espiritual

Un hecho esencial para la vitalidad de la fe, esperanza y caridad cristianas es la Sagrada Eucaristía, Sacramento de los sacramentos y anticipo de la unión definitiva con Dios en la eternidad.

De aquí que también sea llamada «Sagrada Comunión», puesto que en ella se unen junto con el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, los anhelos de gloria de las almas de los creyentes; por eso el lugar preeminente que ocupa el Santísimo Sacramento en la Santa Iglesia y en el corazón de los católicos, a los que alimenta espiritualmente y ofrece todas las gracias necesarias para su santificación. Por eso nuestros monjes, aun tomando todas las precauciones necesarias y posibles, no ahorraron esfuerzos ni evitaron peligros con tal de conservar consigo la Sagrada Comunión. Bien sabían que en la Eucaristía encontrarían todo el vigor, virilidad, perseverancia, fortaleza, y demás virtudes indispensables para arrostrar tan ardua y dolorosa prueba; porque en este último y decisivo trance de sus vidas mortales, más que nunca era grande el deseo de adorar y recibir bajo el Sacramento a Aquel de quien esperaban gozar eternamente, cara a cara, en la gloria del Paraíso. Y así fue que, según lo permitieron las circunstancias, participaron de la Santa Misa y comulgaron hasta el último momento:

«Tendíamos los dos o tres colchones en el suelo, al lado del esqueleto, que presidía nuestro sueño, lo que varias noches fue ocasión de divertidas bromas. Pero muy cerquita, el que vigilaba verdaderamente nuestro sueño era el Señor sacramentado. Efectivamente, sobre nuestras cabezas se hallaba la estantería con infinidad de cajitas de minerales, y en una de ellas estaba, disimuladamente reservada, la Santa Eucaristía. Así la salita era plurifuncional: dormitorio de los colegiales de noche y oratorio disimulado durante el día. A nosotros nos habían convertido en los guardianes nocturnos de lo más sagrado. La razón obedecía al aislamiento de la sala, para evitarnos mayores sustos...».

Respecto a esto escribe el p. Benabarre:

«Hasta el 25 de Julio, inclusive, los padres pudieron celebrar la Santa Misa en la capilla del Colegio, claro, a puertas cerradas. Y el Prior Mauro Palazuelos se las arregló para celebrarla unos pocos días más en un cuchitril. De allí en adelante, todos tuvieron que contentarse con la sagrada Comunión –fue providencial el acopio de formas–, y las visitas al Santísimo Sacramento, sigilosamente guardado en una cajita de cartón en el laboratorio de Química y Física del Colegio».

Según los citados testimonios –además de muchos otros– parece comprenderse bastante bien el hecho de que todas las precauciones respecto a la Sagrada Eucaristía fueron tomadas precisamente para guardarla de la muy probable profanación por parte de los milicianos en caso de ser descubierta. No tiene sentido creer que la causa hubiese sido el miedo a padecer la muerte, cuando la vida espiritual de los encarcelados era tan profunda e intensa, y su disposición al martirio tan manifiesta (esto se desprende, por ejemplo, del hecho de rezar diariamente las letanías de los moribundos y el Oficio de los fieles difuntos por los fusilados de aquel mismo día, además de la recepción en más de una ocasión de la absolución general).

Y no por estar prisioneros su vida espiritual se vio menguada, como hemos dicho, sino todo lo contrario. La vivían de manera más intensa, según lo permitieron las circunstancias; no dejaron nunca de adorar a Aquel a quien testimoniaban y por quien se encontraban en dicho trance, y le visitaban cuanto les fuera posible sin llamar la atención.

Seguían, además, disimuladamente, rezando las horas litúrgicas, gracias a que disponían de algunos breviarios

que habían podido traer consigo desde el Pueyo; y es que el amor por la salmodia, palabra de Dios divinamente inspirada y revelada a los hombres para ser alabado y enriquecer las almas devotas, se hacía intenso como nunca en esta hora en que rendirían al Creador la sublime alabanza de la propia vida, prolongación indeleble de su consagración religiosa.

Además hay testigos de que nuestros mártires rezaban diariamente todos los misterios del Santo Rosario como buenos hijos de la Madre del Pueyo; en ella encontraban ánimo y a ella jamás negaron la filial devoción que corresponde le brinden los seguidores de su Hijo.

También aprovecharon la presencia de los sacerdotes para confesarse, disponiéndose así del mejor modo para beber el cáliz que Dios les iba preparando:

«De este modo aquel bendito Colegio parecía, más que una prisión, un santuario de fe, como quizá no se dio otro en toda la geografía de la España de aquellos días. Era una iglesia viva. Es verdad, como se ha dicho, que era una “antesala del cielo”, del que cada día nos parecía estar más cercanos. El sufrimiento, la pasión de Cristo, participada en cada uno, y la fe, reafirmada día a día, nos conducía a vivir en la esperanza de poder morir como testigos de Aquel que murió por todos los hombres, amando y perdonando a todos los hombres».

El testimonio carcelario

La sagrada teología define la «*Confessio fidei*» (Confesión de la fe) como *la manifestación exterior del acto de fe interno realizado mediante palabras o hechos*, lo cual realizaron

perfectamente, por gracia de Dios, nuestros monjes podían.

Cierto que esta «manifestación externa» admite grados; sin embargo, en el caso del mártir ésta pasa necesariamente a ubicarse en el grado más alto en esta vida, puesto que es el testimonio sacrificial de la propia fe por la causa de Jesucristo y de su Santa Iglesia. El mártir no deja lugar a dudas sobre el haber sido consecuente con su fe en la hora definitiva de su andar por este mundo, antes de atravesar el umbral de la eternidad que conquistó al momento de unir su alma y su sangre a la del Hijo de Dios, Aquel mismo que afirmó a sus discípulos: «mirad que yo os envío como corderos entre lobos» (*Mt* 10, 16). He aquí que los lobos revolucionarios, al igual que los tiranos a lo largo de toda la historia, deberán reconocer a pesar suyo el triunfo de la gracia sobre el odio. Jamás se oyeron en el Colegio de los escolapios palabras ofensivas de parte de «los corderos»; jamás salieron de los labios de los religiosos reproches contra la divina permisión de padecer la injusticia de los hombres, puesto que la fe les auguraba el triunfo sobre la prueba y el glorioso cumplimiento de la justicia divina. He ahí el ideal de todo aquel que es enviado como cordero entre lobos: convertirse en imagen del «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (*Jn* 1, 29), y entrega su vida por «los lobos» en miras de conquistarlos para el reino de su Padre:

«Ser mártir de Cristo se había convertido en un ideal ya plenamente compartido por todos, aunque quizá no todos expresaran externamente su entusiasmo con el mismo ardor. En la vida de la Iglesia la vida monástica sucedió a los que habían dado su vida por la fe en los primeros siglos. Ahora se iba a realizar en nuestros monjes a través del testimonio cruento aquello que San Benito define como

“participación de la Pasión de Cristo”. Por eso se hablaba de ello y se ponían los medios para superar la propia flaqueza humana, en la oración, en la vida de Comunidad y en la esperanza de vida eterna».

Y es justamente en esta «esperanza de la vida eterna» que se comprende la inmolación del mártir. Porque cuando un alma pone verdaderamente sus ojos en la eternidad ya no quiere más que liberarse de las ataduras de este mundo, y es por eso que, una vez concedida la posibilidad del martirio, se abandona sin reservas a lo que Dios disponga. Las fuerzas se obtienen de Dios, puesto que sin Él nada podemos, sino poniendo la propia debilidad a su disposición para que Él mismo se encargue de realizar con ella el triunfo sobre la injusticia y la impiedad que está reservado para los verdaderos discípulos, para los enviados por el Rey de los mártires a dar testimonio de Él hasta el final. «Y esto basta» –dice el Crisóstomo– «para vuestro consuelo, esto es suficiente para esperar y no temer los males que puedan sobrevenir; el hecho de que es el mismo Jesucristo quien nos envía».

Valga esto principalmente para el martirio de sangre, pero sin olvidar que este testimonio se gestó, como dijimos al comienzo de este capítulo, durante la prisión, en la cual, como las rosas entre espinas, las virtudes de los hijos de San Benito florecieron y se dejaron ver de todos, lo cual ciertamente azuzó la caridad que a todas ellas impregnaba.

Destacamos, entre otras, la *amabilidad* con la cual trataron a los demás prisioneros, tanto espiritual como materialmente, al preocuparse primero del alma mediante la administración y recepción de los sacramentos y el fomento de la vida espiritual por la oración, el ánimo mutuo que se infundían, las verdades sobrenaturales de las cuales tra-

taban, etc.; y también los cuidados corporales en la distribución de lo poco que tenían como el agua, colchones (mientras los hubieron), los lugares para descansar; la solicitud por los posibles enfermos, mayores y niños; la *servicialidad*, especialmente de los sacerdotes en lo que a los sacramentos se refería, en la atención espiritual, la visita misma y peligrosa del p. Lladós a los colegiales para saber cómo estaban, la asistencia al Sr. Obispo; la *mansedumbre* y el *perdón* que los convirtieron en imágenes del Siervo Sufriente, obligando a más de algún verdugo a reconocer la injusticia que sobre ellos se cernía, y manifestado claramente en el hecho de que jamás se oyó salir de sus labios injuria o insultos contra los ejecutores de la impiedad que padecían, a imitación del Hijo de Dios que en su pasión no profería amenazas, sino que se ponía en manos del que juzga justamente (Cf. *1Pe* 2, 23); la *confianza en Dios*, incentivo común nacido del abandono absoluto en los misteriosos designios divinos sobre estos inocentes que escondían a los ojos del mundo la victoria sobre el pecado y sobre la muerte ya realizada por Jesucristo en la cruz, y ahora completada en cada uno de ellos, miembros del Cuerpo Místico de Cristo (Cf. *Col* 1, 24). Es la repetición del argumento de la veracidad histórica del que goza la Iglesia en sus innumerables mártires, que lavaron, lavan y lavarán sus vestiduras en la sangre del cordero hasta el fin de los tiempos (Cf. *Ap* 7, 14; 12, 11).

Y, por supuesto, la *Fe*, que la caridad de Aquel que «nos amó primero» (*1Jn* 4, 19) mantuvo firme hasta el final, en recompensa a los padecimientos sufridos en su nombre, sin desertar de la causa de la Verdad, que exige la propia sangre, y recompensa con vida eterna, según aquello de San Pablo, testimonio viviente de la gracia, a Timoteo: «Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro Se-

ñor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios. Él nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino según su designio y según la gracia que nos dio en Cristo Jesús desde antes de los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio» (2Ti 1, 8-10).

Capítulo 7

EL TESTIMONIO «ENTERO»

La diócesis de Barbastro fue la diócesis mártir por excelencia. Proporcionalmente hablando, fue la que tuvo mayor cantidad de mártires, al menos si contamos los sacerdotes incardinados en la diócesis, 140 en 1936, de los cuales fueron sacrificados por la fe 123, un 87, 8 %. Estos datos los aporta Antonio Montero. El p. Alejandro Pérez trae alguna variación: dice que 152 sacerdotes eran los que administraban entonces la diócesis, de los que se salvaron 31. Otras fuentes hablan de 115 sacerdotes martirizados, contando al Obispo Asensio.

Interesa remarcar no tanto los números, que son significativos, sino la realidad de que en Barbastro la persecución religiosa tuvo una especial eficacia, lo cual da más valor a un hecho que se repite en todo el territorio español en aquellos años: *no se registra ni un solo caso de verdadera apostasía.*

Entre los motivos humanos que pueden haber causado este particular encarnizamiento debemos recordar lo que dijimos acerca de las seguridades dadas por Villalba a muchos de los luego mártires, que restó importancia a precauciones que podrían haberse tomado. Por otra parte, el pueblo común no tuvo el valor de defender a sus sacerdotes y se amilanó ante algunos pocos, que hicieron mucha fuerza e impusieron su criterio y su accionar; la gran mayoría de los que no estaban de acuerdo con los atropellos ocurridos prefirió encerrarse en su casa y callar, para no verse obligado a encerrarse en alguna de las prisiones del Comité y ser

silenciado luego su testimonio con la fuerza caduca de las balas.

Un tercer motivo, importantísimo, de la masacre sin par cometida en la tierra barbastrense, fue su situación de retaguardia puesta cerca de la línea de combate, lo cual daba lugar a cobros y revanchas de los vueltos del campo de batalla. Esto ocurrió especialmente a partir del 25 de julio de 1936, Solemnidad del Apóstol Santiago, día en que llegó a la capital del Somontano la columna Ascaso, llamada también «roja y negra», anarquista, y compuesta en gran mayoría por presos barceloneses liberados para ir al frente, es decir, por asesinos profesionales macerados en el rencor de los calabozos. A partir de su llegada se recrudeció el trato a todos los elementos religiosos, se pasaron a fuego las imágenes, altares y ornamentos de todas las iglesias de Barbastro y de muchas otras que aún no habían sufrido ultraje material, y se reclamó al Comité, que le prestó su anuencia, vidas y más vidas de los que hablaban con sola su presencia de la realidad de Dios y de la eternidad. La llegada de los anarquistas representó, para los monjes, el fin de la posibilidad de celebrar cada día la Misa en la iglesia del Colegio de los escolapios (el p. Palazuelos, de todas formas, se las ingenió con gran peligro para celebrar algunos días más en horas de la madrugada) y la pérdida de comodidades, en especial de los colchones que fueron requisados para los albergues de los combatientes del frente de Huesca.

Al día siguiente de llegar la columna Ascaso ocurrieron las primeras ejecuciones en Barbastro, y entre ellas la del hermano Vicente Burrel, el primero de los religiosos de la diócesis que dio su vida en defensa y gloria de la fe y de la vida religiosa. Fue este hermano, como señalamos, la primicia sacrificial de la comunidad podiense, y su muerte

tuvo lugar de cara al Pueyo, en el inicio del viejo camino al Monte de la Virgen.

Mientras tanto el Monasterio era utilizado como un puesto de vigilancia, y se consumía en él todo lo que había, pero sobre todo el vino, que también se bajaba a Barbastro para actos del Comité y refresco de los soldados. Se incendiaron en la iglesia la imagen de la Virgen, a la que también se dio de hachazos, y todo lo que pertenecía al culto (altares, imágenes, libros sagrados, vasos, ornamentos, bancos, etc.). También se profanó el Sagrado Corazón que estaba ubicado donde hoy, en la plaza oriental: fue «fusilado» (hasta hace poco conservaba las marcas de los proyectiles) y luego arrojado abajo, rompiéndosele la cabeza al caer. En su camino hacia el pueblo de Fonz, antes de ser interceptado por los guardias que lo llevaron a la muerte en Barbastro, el hermano Vicente vio una columna de humo que subía desde el Monasterio, y esto, sumado a su Calvario en soledad, fue como un tormento sobre tormento.

Por su parte, el hermano Lorenzo Santolaria quedó en Torres de Alcanadre, su pueblo, de donde fue tomado el 5 de agosto para ser llevado al martirio, junto a dos hombres (padre e hijo) vecinos suyos. Quizás haya podido enterarse, en los días que pasó en su casa, de la prisión de sus hermanos en religión y de las profanaciones al Monte de la Virgen. El hecho de haber muerto con la Regla de San Benito en su mano, y dándose espontáneamente a quienes venían a por él, deja ver que jamás dejó de ser monje benedictino, y que no olvidaba las palabras del Patriarca del Monacato: «preparemos nuestros cuerpos y corazones para militar bajo la santa obediencia de los preceptos del Señor y roguémosle que nos dé las gracias necesarias para observar lo que excede a las fuerzas de nuestra naturaleza, para hacernos dignos de participar, por la paciencia, en los padecimientos

de Cristo y merezcamos estar con Él en su Reino, de modo que no nos apartemos jamás de la escuela de este divino Maestro, y perseveremos hasta la muerte bajo sus instrucciones en el claustro» (Pról.).

Cuatro días más tarde moría el primero de los sacerdotes de la comunidad podiense, y el más anciano, Mariano Sierra, en el cementerio de Barbastro, en la misma noche en que entregaba con heroísmo indecible su alma de pastor al Pastor supremo Mons. Florentino Asensio Barroso. Al p. Mariano cupo representar a la comunidad en el acto tan elocuentemente eclesial de morir con su Obispo, que los había acompañado también en el tiempo de preparación, en la antesala. Fue también el único de los mártires que debió contemplar, y lo habrá hecho con gran pena, el Pueyo destrozado, puesto que lo subieron allí para preguntarle por armas y hasta simularon que lo matarían allí mismo.

El resto de los mártires dio su testimonio el día 28 de agosto, en la madrugada. Unos días antes les habían separado a los niños colegiales, por lo cual se dejaba sentir en el aire el próximo cumplimiento de lo que según el p. Plácido, «se había convertido en un ideal ya plenamente compartido por todos», ser mártires. Dejamos el relato de este desenlace a un triste protagonista, que lo contó a una señora que fue la que lo refirió luego al Abad Caronti, y lo reafirmó años más adelante al p. Alejandro Pérez. Este texto se halla repetido en muchos sitios y es conocido, pero no hay modo diferente de terminar un homenaje a los mártires benedictinos del Pueyo. Decía así este muchacho anarquista a la señora Armisén:

«Desde que maté al Jefe de los frailes del Pueyo. Desde entonces no he podido dormir ni vivir tranquilo, porque

sus ojos no puedo apartar de mí. Este fraile mostró un heroísmo extraordinario.

Porque cuando le llevábamos a matar, alentaba enardecido a sus compañeros que iban en el camión, rezando y cantando a su madre.

¡Bien amarrado iba!; y pidió ir a pie, siguiendo al camión.

Al subir la cuesta del cementerio, cuanto más cantaba, más me enfurecía yo, pegándole fuertes golpes con el fusil.

Dicho fraile, dirigiéndose a sus compañeros, les dijo: Perdonad a vuestros verdugos, que pronto entraremos en la gloria.

Tal rabia tomé a ese fraile, que advertí a los otros milicianos: Vosotros cuidad de los demás: a éste me lo cargo yo.

Pasado el Hospital, cercano al cementerio, aquel fraile nos pidió la gracia de despedirse de su madre. Algunos camaradas míos se la otorgaron, diciendo: ¿qué tiene que ver se despida de su madre? (creían se refería a su madre natural recluida en dicho hospital).

Yo le mandé seguir adelante, pero, al fin, accedí al deseo. Entonces comenzó a entonar una canción a la Virgen.

Al verme yo contradecido con esta salida, rabioso le golpeé con más fuerza.

Junto a la pared del cementerio, le dije con malas palabras: ¿Cómo quieres morir, mirando a la pared, o mirando a tu Madre? Y dirigiendo él la mirada hacia el convento del Pueyo, contestó: Mirando a mi Madre.

Entonces, al comprender que se refería a la Virgen de ese convento, le dije: te voy a apuntar para que no cantes más a tu Madre. Le disparé un tiro en la boca, levantándole la tapa de los sesos.

Cuando le disparé, el fraile me miró de tal manera, y tanto me impresionó ver saltar los sesos, que desde entonces se me clavaron sus ojos, y no puedo apartarlos de mí».

Capítulo 8

LA GLORIFICACIÓN

*Mirad a aquellos hombres vencedores
de carmesí y negros revestidos
con palmas victoriosas recibidos
por los eternos santos moradores.*

*Son adornados con esos colores:
negro, de los deberes bien cumplidos,
carmesí, porque han sido por fe heridos.
Y se han hecho del Bien aprehensores.*

*En tierras barbastrenses se fraguaron
muriendo a su amor propio cada día
hasta que al fin su sangre derramaron.*

*El diario sacrificio del altar
los llevó a expresar con alegría:
¡Por ti, mi Rey Jesús, la sangre dar!*

(Joaquín Ansaldi)

Apenas acabada la contienda española, que tantas vidas se había llevado, el año 1940 viajó a España don Emanuele Caronti, Abad de Subiaco (en Italia) y General de la Congregación Sublacense, y realizó la primera recogida de información sobre la vida y muerte de los monjes del Pueyo, rescatando valiosos testimonios y pistas sobre las que luego seguir la investigación.

Surgió de su viaje el primer informe sobre el martirio de nuestros protagonistas.

Pasado el tiempo, el 13 de julio de 1956, se realizó una 1ª exhumación de los restos mortales de los mártires en el cementerio de Barbastro, siendo trasladados inmediatamente al cementerio del Monasterio del Pueyo; luego, el 15 de noviembre del mismo año, fueron depositados en un nicho provisional abierto en la pared exterior del lado derecho de la entrada de la iglesia.

El 20 de julio de 1975 se inauguró el nuevo monumento funerario de los mártires podienses, realizado en piedra noble, en la primera capilla, a mano derecha entrando a la iglesia.

Gracias a la ardua labor de varios amigos de los monjes mártires (entre ellos cabe mencionar especialmente al p. Plácido M. Gil, fallecido en 2009, y al p. Benigno Benabarré, monje de Manila, Filipinas, que cumplió 100 años el presente 2015; ambos compañeros de comunidad de los mártires), se logró juntar la suficiente información para poder iniciar el Proceso Diocesano en orden a la beatificación de los 18 monjes benedictinos del Monasterio de nuestra Señora del Pueyo, martirizados en 1936.

El mismo Proceso Diocesano fue celebrado en Barbastro, y presidido por el entonces Obispo de Barbastro-Monzón, d. Ambrosio Echebarría. El sábado 12 de julio de 1997 fue la solemne apertura, y el sábado 13 de junio de 1998, la clausura.

* * *

Junto a 504 mártires de la persecución religiosa de la década del 30 en España, el 13 de octubre de 2013, en Tarragona, fueron beatificados los 18 monjes benedictinos del Pueyo. Estos queridos hermanos, que nos precedieron en la custodia del Santuario de la Virgen del Pueyo y en la vida monástica en esta misma casa, ya son «beatos», y los podemos invocar y también celebrar. Ahora, el Pueyo de Barbastro es doblemente Santuario, «mariano» desde el siglo XII y «martirial» desde el año 2013.

La preparación próxima fue intensa. A fines del 2012 se rumoreaba que nuestros monjes mártires del Pueyo serían beatificados en el 2013; aún no era seguro, faltaba el veredicto de la comisión de cardenales, y el decreto del Santo Padre. Rezamos y pedimos oraciones a todos, para que sea pronto; estábamos convencidos del grandísimo bien que esto significaba para Barbastro, para el Instituto del Verbo Encarnado y para toda la Iglesia.

A principios del año los cardenales aprobaron el proceso. Y finalmente el Papa Francisco firmó el decreto de beatificación el 3 de junio de 2013. Todo llegó, la ilusión crecía.

Empezamos las obras. Por consejo del p. Carlos Miguel Buela, fundador del Instituto del Verbo Encarnado y gran devoto de todos los mártires, encargamos a un ilustre escultor del Ecuador que hiciese tallas en madera de cada uno de ellos (1,20 metros de altura), para inmortalizarlos dentro del Santuario (fueron bendecidas y entronizadas el 29 de junio de 2014, Solemnidad de los Santos Pedro y Pablo). Además se proyectó, junto al Obispo diocesano y a los monjes de Leyre (quienes trabajaron arduamente en el proceso de beatificación), renovar el presbiterio del Santuario y colocar los sagrados restos de los mártires debajo

del altar mayor, rememorando con esto la antiquísima tradición de la Iglesia de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa en las Catacumbas sobre los restos de los santos y mártires: la sangre de los mártires se une a la sangre del Cordero Pascual, Nuestro Señor Jesucristo, y ya no es más que una sola sangre.

Para esto, previamente tuvimos la gracia de realizar una segunda exhumación de las reliquias, que conservábamos todavía en el monumento preparado en una de las capillas laterales del templo. Esto se realizó en agosto de 2013. Durante dos meses se limpiaron, clasificaron y prepararon los huesos martiriales en tres urnas de cristal, que serían depositadas en el nuevo altar de piedra que se estaba construyendo.

Y se iba acercando el gran día en que serían beatificados nuestros héroes. Como se nos encargó preparar la participación diocesana en la Beatificación, hicimos mucha publicidad en Barbastro y en los pueblos natales de los mártires, pero sobre todo invitamos a sus familiares, que, para nuestro asombro, eran muchos (más de 200 pudieron hacerse presentes en Tarragona). Llegó así el 13 de octubre y salimos de Barbastro con 2 autobuses y una furgoneta. Fueron parte de nuestra comitiva el Obispo de Huesca, el p. Benigno Benabarre, O.S.B., 5 sacerdotes diocesanos, los 7 miembros de nuestra comunidad y muchos laicos de Barbastro y pueblos cercanos. La mayor parte de los familiares de los mártires iba por su cuenta, pues vivían en pueblos o ciudades más cercanos a Tarragona.

A uno de nuestros monjes le tocó llevar una de las palmas en la procesión que se realizó con las reliquias de los mártires al comienzo de la ceremonia, luego de la lectura del Acta de proclamación de los nuevos beatos. Como

sucede en toda beatificación o canonización, fue una emoción muy grande escuchar los nuevos nombres de los agregados al Martirologio cristiano, pero esta vez fue del todo especial... sentíamos que eran nuestros: vivimos en su Monasterio, rezamos en su coro (hecho con sus manos), celebramos la Santa Misa junto a sus huesos, y ahora (desde el 27 de octubre de 2013) sobre ellos, pues fueron trasladados al altar principal del Santuario, hecho nuevo, en piedra, para la ocasión. Realmente pudimos percibir cómo, al decir en la consagración de la Misa «éste es el cáliz de mi sangre», nos uníamos a la suya que ya es una con la de Cristo, al ser derramada por Su causa y en Su Nombre, al grito de ¡Viva Cristo Rey!

* * *

A las dos semanas de la beatificación, tuvo lugar el traslado de las reliquias y la bendición del nuevo altar.

El sábado 26 de octubre tuvimos por la tarde una emotiva y muy concurrida procesión. Imprimimos sus fotos, las enmarcamos y preparamos 18 estandartes. Además surgió la idea de subir también en procesión (desde el pie del Monte del Pueyo) una de las 3 urnas de cristal con los huesos de los mártires, que al día siguiente serían colocadas en el nuevo altar.

Fue un signo por demás de elocuente. A los monjes, la tarde del 22 de julio de 1936, se los llevaron los milicianos (el bando comunista y revolucionario) desde el Pueyo, hacia el pie del Monte, a un caserón de campo que allí había, llamado el Mesón o Mesonet, donde pasaron, sobre el duro suelo y un techo de estrellas, la primera noche de pri-

sión (ésta duraría más de un mes, hasta el holocausto final, el 28 de agosto).

Dios hace justicia, y esta solemne procesión, al son de tambores, trompetas y Ave Marías, fue el regreso de los monjes mártires a su tan amado Monasterio, al que tanto amaron, con su oración, trabajo y servicio fiel a Dios.

Se los habían llevado indignamente, con armas y amenazas, objetos del odio desatado de Satanás en los perseguidores. Ahora volvían gloriosamente, ya beatos, ensalzados por Dios y los hombres, por haberse humillado y haber perseverado fieles en la prueba. Tuvimos la gracia de estar en esa procesión.

Al llegar a la explanada del Santuario, se bendijeron las imágenes de los beatos, y mientras se leía una breve relación de la vida de cada uno, fueron ingresados y entronizados dentro del Santuario, en los sitios donde más tarde se colocaron las tallas de madera.

Ya todos dentro de la Iglesia, se expuso el Santísimo Sacramento, se cantaron las vísperas solemnes y por primera vez las letanías de los beatos mártires del Pueyo. Se finalizó con la bendición y el tradicional saludo a la Virgen del Pueyo.

Por la noche cantamos los Maitines, como dice el Ritual, en vigilia y preparación para el traslado de las reliquias y dedicación del nuevo Altar.

El domingo 27 por la mañana tuvimos la Misa Solemne en honor de nuestros beatos mártires. La presidió el Card. Antonio Cañizares, en ese entonces Prefecto de la Congregación para el culto y la disciplina de los sacramentos, invitado por nuestro Obispo para la ocasión. Nos acompañó nuestro coro de Italia, formado por 9 seminaris-

tas y 10 hermanas. Interpretaron, junto a 3 músicos de la zona (órgano, violín y trompeta) la *Missa Brevis de los beatos mártires del Pueyo*, compuesta para la ocasión por el p. Jon de Arza, IVE.

Fue una ceremonia cargada de signos, análoga a una ordenación sacerdotal. Luego del sermón y el canto del Credo, se introdujeron las urnas de cristal con los huesos de los mártires dentro del altar (se las había ingresado en la procesión de entrada y depositado delante del altar). A continuación se oró para que Dios se digne consagrar el nuevo altar (ya en los ritos iniciales se lo había asperjado con agua bendita) y se cantaron las letanías de los santos. Enseguida el Cardenal derramó en él el Santo Crisma, ungiéndolo enteramente con sus manos; la mesa del altar es una piedra roja, muy dura y de una tonelada, traída del Brasil, y tiene en la superficie 5 cruces talladas, símbolos de las 5 llagas de Cristo, a quien representa. Luego se colocó sobre el altar el incienso, para que la Iglesia se llene del buen aroma de Cristo. Finalmente se lo limpió, se lo vistió de blanco con el mantel y se lo iluminó, encendiendo el Cardenal los cirios a su alrededor.

Ya consagrado el altar, se celebró el Santo Sacrificio de la Misa en él por primera vez.

Fue un día de gran gozo aquí en la tierra y, creemos, que también en el cielo, donde los beatos mártires del Pueyo ya gozan para siempre de la gloria sin fin.

Capítulo 9

EL CULTO DE LOS MÁRTIRES

Con fecha 27 de marzo de 2014 (Prot. 623/13/L), la Congregación para el Culto divino y la Disciplina de los sacramentos, presidida entonces por el Card. Antonio Cañizares, aprobó la celebración de la memoria del beato p. Mauro Palazuelos y 17 compañeros, benedictinos mártires del Pueyo, para el día 30 de agosto de cada año, con el grado de «memoria libre».

Como *Nota hagiográfica* puede usarse la siguiente: «A finales del siglo XIX el Santuario de Nuestra Señora del Pueyo de Barbastro se transformó en cenobio benedictino. Pronto la comunidad resultó floreciente, gracias a la oración continua y el trabajo infatigable de los monjes. Cuando en 1936 se desató en España la persecución religiosa por el odio al nombre de Jesucristo, entonces los monjes del Pueyo dieron su testimonio, digno de las páginas más bellas del martirologio. El día 21 de julio la comunidad entera asistió al apresamiento del p. Mariano Sierra, el más anciano de los monjes; al día siguiente todos fueron llevados del Monasterio al Colegio de los escolapios de Barbastro, requisado por los enemigos de la fe y transformado en prisión. Allí compartieron cautiverio con otros mártires hasta la madrugada del 28 de agosto, cuando fueron conducidos a la muerte, que tuvo lugar a la vista del Santuario, en la carretera que une Barbastro y Berbegal. Tres de los religiosos fueron martirizados en fechas anteriores».

Los textos para la Misa y para las horas litúrgicas se toman del Común de varios mártires, salvo los siguientes elementos propios:

Oración colecta (y *Oración final* de las horas litúrgicas)

Deus, Pater noster,
qui beatos Maurum, presbyterum, ac socios, martyres,
Matre Dei adiuvante, imitatores Christi
usque ad effusionem sanguinis effecisti,
concede, quaesumus, ut, eorum exemplo et intercessione,
fidem verbo operibusque firmiter profiteri valeamus.

Per Dominum.

Dios, Padre nuestro,
que al beato Mauro, presbítero y, compañeros, mártires,
con la ayuda de la Madre de Dios,
los llevaste a la imitación de Cristo
hasta el derramamiento de la sangre,
concédenos, por su ejemplo e intercesión,
confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra.

Por nuestro Señor Jesucristo.

Antífonas para el Cántico evangélico

Laudes: Todos los hermanos y su Madre se animaban entre sí a morir valientemente (Cfr. *2Ma* 7, 5).

Visperas: Nuestros hermanos han vencido en virtud de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio que dieron, y no amaron tanto su vida que temieran la muerte (Cfr. *Ap* 12,11).

Segunda lectura del Oficio de lecturas

De las cartas del beato Aurelio Boix

[CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, P. N. 2161, *Positio super Martyrio Mauri Palazuelos Maruri et 17 sociorum, monachorum ex ordine S. Benedicti, in odium fidei, uti fertur, interfectorum*, Romæ 2000, pp. 265-266; Summarium, II. Documentos, B. Doc. personales, XVIII-6: Cartas del siervo de Dios escritas a su familia y a varios amigos el 9 de agosto de 1936. Orig. En AAM-P, caja III; copia en Proc., ff. 1118-1119]

A mis queridos padres y hermano desde el convento de padres escolapios de Barbastro, a 9 de agosto de 1936.

Padre, madre y hermano de mi corazón: Si esta mi carta llega a sus manos, el portador de la misma les contará de todo el proceso; yo me limito a unas líneas. Hace 18 días que estamos casi todos los del Pueyo detenidos en esta prisión. A pesar de las garantías que se nos dan, como medida de prevención, quiero dedicar unas palabras a los seres que me son más caros. En noches anteriores se han fusilado unas 60 personas; entre ellas muchos curas, algunos religiosos, tres canónigos, y esta noche pasada al Sr. Obispo.

Conservo hasta el presente toda la serenidad de mi carácter; más aún, miro con simpatía el trance que se me acerca: considero una gracia especialísima dar mi vida en holocausto por una causa tan sagrada, por el único delito de ser religioso. Si Dios tiene a bien considerarme digno de tan gran merced alégrense también ustedes, mis amadísimos padres y hermano, que a ustedes les cabe la gloria de tener un hijo y hermano mártir de su fe.

La única pena que tengo, humanamente hablando, es la de no poder darles mi último beso. No les olvido y me atormenta el pensar las inquietudes que ustedes sufren por mí.

Ánimo, mis amadísimos padres y hermano, al lado de su aflicción surgirá siempre la gloria de las causas que motivaron mi muerte. Rueguen por mí, voy a mejor vida.

Padre mío muy amado: la entereza de su carácter me da la completa seguridad que su espíritu de fe le hará comprender la gracia que el Señor le otorga. Esto me anima muchísimo: le doy el beso más fuerte que le he dado en mi vida. Adiós, padre, hasta el cielo. Amén.

Madre idolatrada: Yo me alegro sólo al pensar la dignidad a que Dios quiere elevarla, haciéndola madre de un mártir. Esta es la mejor garantía de que los dos hemos de ser eternamente felices. Al recuerdo de mi muerte acompañará siempre esta gran idea: “un hijo muerto, pero mártir de la religión”. Que Dios no pueda imputarme más crimen que el que los hombres me imputan, ¡ser discípulo de Cristo! Madre mía muy querida, adiós, adiós... hasta la eternidad. ¡Qué feliz soy!

Hermano mío muy caro: En poco tiempo ¡qué dos gracias tan señaladas me concede mi buen Dios! ¡La Profesión, holocausto absoluto... el martirio, unión decisiva a mi Amor! ¿No soy un ser privilegiado? Esto es lo más íntimo que tengo que comunicarte.

Las cartas adjuntas, al extranjero, envíalas con una relación extensa de mi prisión, etc.; ya te pongo bien clara la dirección; certificalas.

El último beso, mi hermano, el más efusivo.

Mi despedida postrera a la familia, son unas palabras de felicitación tanto para mí como para ustedes.

Que Dios proteja siempre la familia que ahora agracia con un favor tan señalado.

Su hijo que les ama con amor eterno.

Aurelio Ángel.

Responsorio

[SAN BENITO, Sancta Regula, Pról.]

R. Preparemos nuestros cuerpos y corazones para militar bajo la santa obediencia de los preceptos del Señor y roguémosle que nos dé las gracias necesarias para observar lo que excede a las fuerzas de nuestra naturaleza. * Para hacernos dignos de participar, por la paciencia, en los padecimientos de Cristo y merezcamos estar con Él en su Reino.

V. De modo que no nos apartemos jamás de la escuela de este divino Maestro, y perseveremos hasta la muerte bajo sus instrucciones en el claustro. * Para hacernos dignos.

Ofrecemos también el texto del poema *Blanco está el almendro en flor*, compuesto por el p. Ramón Luis Mañas, monje de la Abadía de San Salvador de Leyre (Navarra), que ha sido adoptado como *Himno* de los mártires del Pueyo. El p. Jon de Arza, IVE (monje en el Monasterio «del Verbo Encarnado», en San Rafael, Argentina) lo ha musicalizado (agregamos después de la letra la partitura para órgano).

E incorporamos también a continuación las *Letanías de los mártires*, compuestas por el p. Juan Manuel del Corazón de Jesús Rossi y musicalizadas por el p. Javier Salvador María Ansaldi, ambos monjes del IVE en el Pueyo.

Himno

*Blanco está el almendro en flor;
que es blanca su Virgen Madre.
Blanco está el almendro en flor;
teñido de roja sangre.*

Blancas son las vestiduras
y blancas, también las almas,
como blanco el resplandor,
como blanca es la ternura,
de los que están con sus palmas
ante el trono del Cordero.

Blanco está el almendro en flor...

Roja es la sangre inocente,
que riega los olivares,
rojo de martirio y muerte,
rojo vino en los lagares,
que tiñe de carmesí,
las aguas del río Vero.

Blanco está el almendro en flor...

Como blanco es el camino,
por el que se va a la muerte,
por el que se va al martirio;
que blanco e inmaculado
va a ser también el destino,
de quienes tienen la suerte
de dar su vida por Cristo.

Blanco está el almendro en flor...

Blancos lirios, roja sangre.
Que blanco e inmaculado,
va a ser también el destino
de quienes son inmolados,
con Cristo, al eterno Padre,
de aquellos gloriosos monjes
del Pueyo benedictino,
olorosos lirios blancos,
para el altar de la Madre.

Blanco está el almendro en flor...

Que los monjes, con fervor,
miran su tierna Madre,
luciendo su manto blanco,
bordado de roja sangre.
Dieciocho benedictinos,
frente al Pueyo de María,
que henchidos en su alegría
mueren cantando la Salve...

Blanco está el almendro en flor...

Himno a los mártires del Pueyo

Letra: Ramón Luis Mañás, osb (monje de Leyre)

P. Jon Mikel de Arza B., IVE

Maestoso
♩=80



Blan-co es-tá el al-men-dro en flor, que es blan-ca su Vir-gen Ma-dre. Blan-co es

Maestoso
♩=80



5 tá el al-men-dro en flor, te-ni-do de ro-ja san-gre.

3.Co-mo blan-co es el ca-mi-no,
4.¡Blan-cos li-rios, ro-ja san gre!

p



11



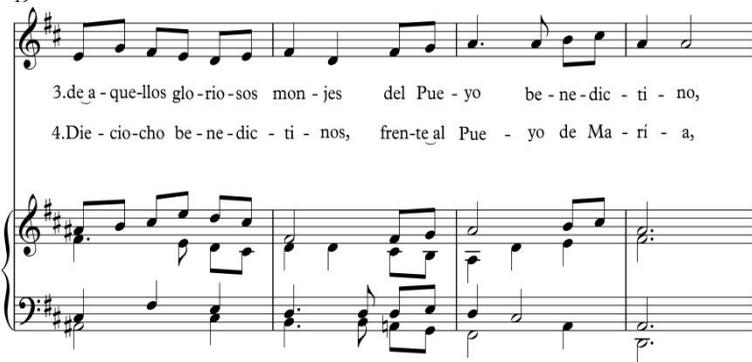
1. Blan-cas son las ves-ti-du-ras y blan-cas, tam-bién las al-mas,
2. Ro-ja es la san-gre i-no-cen-te, que rie-ga los o-li-va-res,
por el que se va a la muer-te, por el que se va al mar-ti-rio;
Que blan-co e in-ma-cu-la-do, va a ser tam-bién el des-ti-no
5. Que los mon-jes con fer-vor__ mí-ran a su tier-na Ma-dre,

15



co - mo blan - co el res - plan - dor - , co - mo blan - ca es la ter - nu - ra,
ro - jo de mar - ti - rio y muer - te, ro - jo vi - no en los la - ga - res,
que blan - co e in - ma - cu - la - do, va a ser tam - bién el des - ti - no,
de quie - nes son in - mo - la - dos, con Cris - to al e - ter - no Pa - dre,
lu - cien - do su man - to blan - co, bor - da - do de ro - ja san - gre.

19



3. de a - que - llos glo - rio - sos mon - jes del Pue - yo be - ne - dic - ti - no,
4. Die - cio - cho be - ne - dic - ti - nos, fren - te al Pue - yo de Ma - ri - a,

23



de los que es - tán con sus pal - mas an - te el tro - no del Cor - de - ro. *Blan - co es*
que ti - ñe de car - me - si - las a - guas del ri - o Ve - ro.
de quie - nes tie - nen la suer - te de dar su vi - da por Cris - to.
o - lo - ro - sos li - rios blan - cos pa - ra el al - tar de la Ma - dre.
que hen - chi - dos en su a - le gri - a mue - ren can - tan - do la Sal - ve.

27

tá el al-men-dro en flor, que es blan-ca su Vir-gen Ma-dre. Blan-co es-

31

tá el al-men-dro en flor, te-ñi-do de ro-ja san-gre.

Letanías de los Martires del Pueyo

Texto: P. Juan Manuel del S. Corazón Rossi, IVE

P. Javier Ansaldi, IVE



Se-ñor, ten pie-dad de no-so-tros. Cris-to, ten pie-dad de no-so-tros.

3



Se-ñor, ten pie-dad de no-so-tros. Cris-to, ó-ye-nos. Cris-to es-cú-cha-nos.

6



Dios Pa-dre ce-les-tial, Ten pie-dad de no-so-tros. San-ta Ma-rí-a,

9



Rue-ga por no-so-tros. Mau-ro Pa-la-zue-los Ma-ru ri, sa-cer-do-te, Rue-ga por no-so-tros.

12



Can-tor de la Vir-gen des-de tu ni-ñez, Rue-ga por no-so-tros.

14



Cor-de-ro de Dios, que qui-tas el pe-ca-do del mun-do, Per-dó-na-nos, Se-ñor.

16



Cor-de-ro de Dios, que qui-tas el pe-ca-do del mun-do, Es-cú-cha-nos, Se-ñor.

18



Cor-de-ro de Dios, que qui-tas el pe-ca-do del mun-do, Ten pie-dad, de no-so-tros.

Letanías de los mártires del Pueyo

Señor, ten piedad de nosotros

Señor,...

Cristo, ten piedad de nosotros

Cristo,...

Señor, ten piedad de nosotros

Señor,...

Cristo, óyenos

Cristo,...

Cristo, escúchanos

Cristo,...

Dios Padre Celestial

Ten piedad de nosotros

Dios Hijo, Redentor del mundo

Ten piedad...

Dios Espíritu Santo

Ten piedad...

Trinidad Santa, un Solo Dios

Ten piedad...

_ Santa María

Ruega por nosotros

Santa Madre de Dios

Ruega...

Santa Virgen de las vírgenes

Ruega...

Nuestra Señora del Pueyo

Ruega...

Señora del Somontano

Ruega...

Patrona de Barbastro

Ruega...

Atalaya espiritual y fuente perenne de aguas santificadoras

Ruega...

Reina de los mártires

Ruega...

Joya de los monjes

Ruega...

_ Beato Mauro Palazuelos Maruri, sacerdote

Ruega...

Cantor de la Virgen desde tu niñez

Ruega...

Guía y sostén de la comunidad mártir

Ruega...

Verdadero hombre de Dios

Ruega...

Privilegiado de María Santísima

Ruega...

Tú que alimentaste tu sacrificio con el Cuerpo y la Sangre de Cristo

Ruega...

_ Beato Honorato Suárez Riu, sacerdote

Ruega...

Predicador insigne de la Palabra de Dios

Ruega...

Mártir continuo en la vida monástica

Ruega...

Entusiasta del sacrificio «entero»

Ruega...

_ Beato Mariano Sierra Almázor, sacerdote

Ruega...

Espejo de perseverancia

Ruega...

Varón fuerte en la soledad

Ruega...

Hijo fiel de San Benito en la oración y el trabajo

Ruega...

_ Beato Raimundo Lladós Salud, sacerdote

Ruega...

Padre esmerado de los colegiales

Ruega...

Devoto del crucifijo

Ruega...

Monje austero y mortificado

Ruega...

_ Beato Leandro Cuesta Andrés, sacerdote

Ruega...

Colmenero de la «miel» del puro encuentro con Dios

Ruega...

Auténtico y cristiano hijo de Castilla

Ruega...

Reclutador de vocaciones

Ruega...

_ Beato Fernando Salinas Romeo, sacerdote

Ruega...

Modelo de intelectuales e investigadores

Ruega...

Ejemplar de la observancia monástica

Ruega...

Poeta y contemplativo

Ruega...

_ Beato Santiago Pardo López, sacerdote

Ruega...

Amante del culto a Dios en la liturgia

Ruega...

Apóstol de los pobres en Filipinas

Ruega...

Sabio y paciente maestro

Ruega...

_ Beato Domingo Caballé Bru, sacerdote

Ruega...

Ministro digno en la celebración eucarística

Ruega...

Dócil y natural en la práctica de la vida religiosa

Ruega...

Tú, incapaz de enemistarte con nadie

Ruega...

_ Beato Ildefonso Fernández Muñiz, sacerdote

Ruega...

Trabajador incansable

Ruega...

Sonriente y afable en medio de tus labores

Ruega...

Sacristán dedicado al cuidado de todo lo sagrado

Ruega...

_ Beato Anselmo Palau Sin, sacerdote

Ruega...

Por tu noche entera de martirio y sacrificio

Ruega...

Fuerte y valiente de carácter

Ruega...

Cultivador concienzudo de la música sacra

Ruega...

_ Beato Ramiro Sanz de Galdeano Mañeru, sacerdote

Ruega...

Benjamín de la comunidad presbiteral podiense

Ruega...

Decidido y generoso para con el prójimo

Ruega...

Tú que preferiste morir con todos a salvarte en solitario

Ruega...

_ Beato Rosendo Donamaría Valencia, diácono

Ruega...

Joven monje piadoso y sencillo

Ruega...

Tú que fuiste a la muerte contento y consolaste a tus padres

Ruega...

Con tu limpia voz de tenor

Ruega...

_ Beato Lorenzo Ibáñez Caballero, subdiácono

Ruega...

Tú que con lágrimas recordabas el Pueyo en tu destierro en África

Ruega...

Intrépido ante la posibilidad del martirio

Ruega...

Deseoso del sacerdocio de Cristo

Ruega...

_ Beato Aurelio Boix Cosials, seminarista

Ruega...

Inmolado en tu Profesión perpetua

Ruega...

Joven de exquisita espiritualidad monástica

Ruega...

Tú que conservaste hasta la muerte la serenidad de tu carácter

Ruega...

- _ Beato Lorenzo Santolaria Ester, hermano
Ruega...
Labrador de los campos y de las almas
Ruega...
Solo en tu prisión y en tu martirio
Ruega...
Religioso dócil y hasta el fin abrazado a la Santa Regla
Ruega...
- _ Beato Lorenzo Sobrevía Cañardo, hermano
Ruega...
Hombre de pocas palabras
Ruega...
Albañil del edificio espiritual de la Iglesia
Ruega...
Siempre con el Rosario en mano
Ruega...
- _ Beato Ángel Fuertes Boira, hermano
Ruega...
Monje culto y en extremo bondadoso
Ruega...
Tesoro de la comunidad como buen hermano cocinero
Ruega...
Zaragozano hijo de María del Pilar
Ruega...
- _ Beato Vicente Burrel Enjuanes, hermano
Ruega...
Servicial refitolero
Ruega...
Reluciente por la caridad
Ruega...
Primicia del holocausto de la comunidad podiense
Ruega...

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
Perdónanos, Señor

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
Escúchanos, Señor

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
Ten piedad de nosotros

EPÍLOGO

El gran profesor Jordán Bruno Genta, muerto también él por defender y propagar la Verdad, decía en una conferencia poco tiempo antes de dar su testimonio entero: «Ésta es la hora de la intransigencia. Ésta es la hora de hablar el lenguaje que Cristo nos recomienda en el Sermón de la montaña: *sí sí, no no*. Ésta es la hora de la obstinación invencible, de la constancia persistente, de la fidelidad continuada. Es cierto, nosotros no tenemos la fuerza del número, no tenemos la fuerza del dinero, no tenemos la fuerza de las armas, no tenemos la fuerza de las logias ni de los poderes ocultos. Pero nosotros tenemos la fuerza de Cristo. Y en la medida en que esa fuerza irradie en nosotros, y Cristo viva en nosotros más que nosotros mismos, en esa misma medida seremos invencibles, aún en la derrota. Porque después de todo, este es un lugar de paso, de prueba y de testimonio, y lo importante es que seamos capaces de ser, hasta la muerte y sobre todo en la hora de la muerte, testigos de la Verdad. De esa Verdad que es nuestro Señor Jesucristo, la Verdad crucificada por amor, la Verdad que nos ha creado y que nos ha redimido. Sin Él no hay nada ni posibilidad de nada, ni se puede hacer nada que sea afirmación real y plena de aquello mismo que Él ha venido a cuidar, proteger y defender que es la persona humana».

Es nuestro deseo que estos trazos con que hemos querido homenajear a nuestros mártires sirvan a los cristianos para entender que estamos en una hora donde todo lo que nos pertenece es impugnado e intenta ser destruido, empezando por el fundamento de la vida social que es la con-

cepción de la persona humana y de la familia. Y que puede ser que estemos en desventaja ante el mundo, e incluso ante nosotros mismos, por nuestra debilidad y nuestro pecado. Pero si formamos en nuestros corazones ese mismo amor a Dios que movió a los mártires, y sobre todo si encendemos en nuestro pecho la esperanza y la fortaleza que los acompañó hasta entregarlo todo, entonces tomamos parte de la victoria de Dios, victoria segura y definitiva y aplastante, que se ha de manifestar a su llegada al fin del tiempo, cuando venga sobre las nubes Jesucristo, para juzgarnos a todos, y para establecer con los fieles a Sí un Reino que «no tendrá fin».

BIBLIOGRAFÍA

- CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Positio super martyrio Mauri Palazuelos Maruri et 17 sociorum, monachorum ex Ordine S. Benedicti, in odium fidei, uti fertur, interfectorum (1936)*, Roma 2000.
- CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, *Relatio et vota super martyrio Mauri Palazuelos Maruri et 17 sociorum*, Roma 2011.
- PÉREZ ALONSO, ALEJANDRO, *Informe sobre los mártires benedictinos del Pueyo, en Barbastro, sacrificados en 1936*, Gorfisa, Zaragoza 1992.
- BENABARRE VIGO, JOSÉ PASCUAL (BENIGNO), *Murieron cual vivieron*, Gorfisa, Aler 1991.
- GIL IMIRIZALDU, PLÁCIDO M., *Iban a la muerte como a una fiesta. Memoria del martirio de Barbastro*, Encuentro, Madrid 2012.
- GIL IMIRIZALDU, PLÁCIDO M., *Un adolescente en la re-guardia. Memorias de la Guerra civil (1936-1939)*, Encuentro, Madrid 2006.
- ALBERT ARTERO, ENRIQUE, *El Santuario del Pueyo de Barbastro. Síntesis histórica*, UNED, Barbastro 2004.
- RÍOS, ROMÁN, *Historia documentada del Santuario y Monasterio de Ntra. Sra. del Pueyo de Barbastro*, Imprenta Mariana, Lérida 1934.
- MÉRIDA CRUÉLLS, PLÁCIDO, *Historia del Santuario benedictino de Ntra. Sra. del Pueyo de Barbastro en Aragón*, Tipografía de Jesús Corrales y Puyol, Barbastro 1901.

- RAMOS, MIGUEL, *El Pueyo de Barbastro. Breve reseña histórico-descriptiva del Santuario de Ntra. Sra. del Pueyo*, Gráficas Barbastro, Pueyo de Barbastro 1988.
- IBARRA BENLLOCH, MARTÍN, *La persecución religiosa en la diócesis de Barbastro-Monzón (1931-1941)*, 2 t., Fundación Teresa de Jesús, Zaragoza 2011.
- LALUEZA GIL, SANTOS, *Martirio de la iglesia de Barbastro (1936-1938)*, edita Obispado de Barbastro, Barbastro 1989.
- CANTERA MONTENEGRO, SANTIAGO, *Así iban a la muerte. Testimonios jóvenes de la guerra de España (1936-1939)*, Voz de papel, Madrid 2011.
- CAMPO VILLEGAS, GABRIEL, *Ésta es nuestra sangre. Seminario claretiano mártir. Barbastro, 1936*, Publicaciones claretianas, Madrid 2008 (3ª ed.).
- IGLESIAS COSTA, MANUEL, *Un testigo del amor más grande. Florentino Asensio Barroso, Obispo de Barbastro*, Imprenta Moisés, Barbastro 1993.
- MONTERO MORENO, ANTONIO, *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939*, BAC, Madrid 1961.
- LÓPEZ TEULÓN, JORGE, *El mártir de cada día*, 2 t., Edibesa, Madrid 2013.
- LÓPEZ TEULÓN, JORGE, *Mártires españoles (1934-1939). Juan Pablo II: beatificaciones y canonizaciones*, Edibesa, Madrid 2007.
- MATA, SANTIAGO, *Holocausto católico. Los mártires de la Guerra civil*, La esfera de los libros, Madrid 2013.
- CÁRCEL ORTÍ, VICENTE, *Mártires del siglo XX en España*, 2 t., BAC, Madrid 2013.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
PRÓLOGO	11
1. EL PUEYO DE BARBASTRO	13
Nombre	13
Descripción geográfica	13
Historia	16
¿Qué sucedió luego?	19
Un hecho memorable	21
2. EL PUEYO, CENOBIO RELIGIOSO	25
3. LA COMUNIDAD BENEDICTINA EN 1936	29
4. SEMBLANZAS DE LOS BEATOS MÁRTIRES	37
I. Beato Mauro Palazuelos Maruri	37
II. Beato Honorato Suárez Riu	45
III. Beato Mariano Sierra Almazor	50
IV. Beato Raimundo Lladós Salud	54
V. Beato Leandro Cuesta Andrés	60

VI. Beato Fernando Salinas Romeo	66
VII. Beato Domingo Caballé Bru	70
VIII. Beato Santiago Pardo López	76
IX. Beato Ildefonso Fernández Muñiz	82
X. Beato Anselmo Palau Sin	88
XI. Beato Ramiro Sanz de Galdeano Mañeru	95
XII. Beato Rosendo Donamaría Valencia	107
XIII. Beato Lorenzo Ibáñez Caballero	112
XIV. Beato Aurelio Boix Cosials	119
XV. Beato Lorenzo Santolaria Ester	126
XVI. Beato Lorenzo Sobrevía Cañardo	131
XVII. Beato Ángel Fuertes Boira	133
XVIII. Beato Vicente Burrel Enjuanes	135
5. LOS SUCESOS DE JULIO DE 1936 EN BARBASTRO Y EL PUEYO	141
6. LA ANTESALA TRIUNFAL: PRISIÓN Y VIDA CARCELARIA	153
El espíritu de familia	156
Eucaristía y vida espiritual	158

El testimonio carcelario	161
7. EL TESTIMONIO «ENTERO»	167
8. LA GLORIFICACIÓN	173
9. EL CULTO DE LOS MÁRTIRES	181
EPÍLOGO	199
BIBLIOGRAFÍA	201
ÍNDICE	203

Para todo tipo de consultas, informaciones de gracias concedidas, pedidos de material o de reliquias, visitas, etc., dirigirse a:

ARCHIVO HISTÓRICO
DE LOS MÁRTIRES BENEDICTINOS DEL PUEYO
Monasterio Ntra. Sra. del Pueyo
Carretera N-240, km 164
o bien, Apartado de correos 96
(CP 22300)
Barbastro- HUESCA
monasteriodelpueyo@ive.org

Se terminó de editar en el
MONASTERIO DE
NUESTRA SEÑORA DEL PUEYO,
en Barbastro,
a los pies de la Santísima Virgen
y ante las reliquias de los
beatos mártires benedictinos
el día 7 de octubre de 2015,
conmemoración de
NUESTRA SEÑORA
LA VIRGEN DEL ROSARIO.

- *DEO GRATIAS* -